

# CLEMENCIA

CONTINUACION DE

## LA HUELLA DEL CRÍMEN.

NOVELA JURÍDICA ORIGINAL

POR

RAUL WALEIS

---

BIBLIOTECA ECONÓMICA DE AUTORES NACIONALES

---

BUENOS AIRES

Imprenta y Librerías de MAYO, Moreno 337 y Potosí 180

1877

Es propiedad del Editor



# CLEMENCIA

---

## PARTE PRIMERA

RAFAEL MERIS

### I

Por una preocupacion, semejante á aquella que atribuye al general en jefe todo el mal éxito en una batalla, la humanidad atribuye hoy á la Francia, toda la responsabilidad de la conducta inmoral de la muger europea.

¡Cuanto error hay, sin embargo, en esa apreciacion!

La Francia es Paris y Paris, no es una ciudad.

Paris es un mundo. En sus boulevares, en sus paseos, en sus teatros, en todas partes, en fin, se vé al universo entero, confundiendo sus hombres, sus costumbres, sus artes y sus lenguas.

Aquel globo informe, que un dia hicieron los ángeles del cielo de Brahma, mezclando todas las sustancias y lanzándolo luego al espacio, para que sus propios elementos lo destruyeran; aquella Babel de la leyenda judáica, en que los hombres se envolvian en la confusion mas despreocupada,—eso es Paris.

La Francia geográfica y política, podrá siempre llamar *suya* á la gran ciudad, donde la humanidad amontonó el tesoro de sus artes, el saber de su ciencia, el génio de sus hombres; pero cada pueblo del mundo moderno, tendrá, todos los dias, el derecho de decir que allí, revuelto entre las galas de aquella ciudad bulliciosa, hay una parte de su ser, dando animacion y comunicando vida al conjunto.

En un bosque secular, situado en medio de ese Paris, está Mabile.

Mabile no es un edificio, ni es un jardin. Es algo que participa de ámbos, y que solo se parece á sí mismo. Ocupa un espacio, comparativamente pequeño, casi á un estrecho de los célebres Campos Eliseos.

A poca distancia, y sobre el mismo costado del bosque, se levanta, magestuoso, el magnífico Palacio de la Industria.

¡Cuán bella es la armonía de los contrastes!

En este, se hace la exposición diaria de los productos del arte. En aquel, se exhiben todas las noches la belleza y la fragilidad!

Difícil tarea sería la nuestra, si debiéramos explicar lo que el mundo conoce con el nombre de *Baile de Mabilie*.

Allí no se baila. Media docena de parejas, pagadas para hacerlo, *modifican* las elegantes figuras de las cuadrillas, con saltos y movimientos, más repugnantes que lascivos.

Una ancha alameda rodea el círculo donde se baila.

Allí pasean los concurrentes, oyendo las armonías, que arroja al aire libre, la orquesta, colocada en la glorieta, que se alza en medio de aquel círculo.

Tupidos bosques, cascadas artificiales, kioscos ocultos, tiros de pistola, nigrománti-

cas y mil otros *industriales*, ocupan los contornos.

Millones de luces fantásticas, colocadas entre los árboles y las flores, iluminan ese escenario.

Centenares de mugeres, de esas que hacen de su belleza una mercancía, cubren, todas las noches del verano, las anchas alamedas y jardines de Mabilie.

Los viajeros, por lo general curiosos, que llegan á Paris en esa estacion, van siempre á Mabilie.

Ah! que el pudor no tiña el rostro del lector!

Desde la doncella mas tímida hasta la casada mas honesta, todas las mugeres pueden permanecer en aquel recinto, sin temor de ser ofendidas. . . . . siempre que vengan acompañadas de algun caballero.

Ningun hombre se atreveria á dirijirlas una palabra, si ántes *ellas* no provocaban su audacia con la sonrisa ó con la mirada.

Un baile en Mabilie, recuerda las mascaradas de América.

La careta de seda que cubre la faz de la dama americana, hace que el hombre no se dirija á ella porque ignora quien es. La máscara de impudencia que cubre el rostro de las mugeres de Mabilie, hace que ningun hombre honesto las conozca.

La noche en que comenzamos este relato, entre ese torbellino de creaturas, mas ó ménos bellas, mas ó ménos jóvenes, que concurren á aquella fèria innoble, hay una que se distingue por su porte, por su moderacion y por su espléndida hermosura.

Clemencia,—asi se llama,—es una niña de veinte y dos años llena de gracias y de encantos.

Una ondeada cabellera, negra como el ébano, limita su frente elevada, envolviendo en la noche de su cabello, una cabeza pequeña, admirablemente asentada sobre dos hombros torneados, á los que la une un cuello de marfil pulido.

Dos ojos negros, como aquellos que encendieron en Byron la poesia y el amor, velados por pestañas sedosas, á las que prestan

armonia dos cejas artísticamente dibujadas, adornan y dan vida á un rostro bellísimo, en cuya boca pequeña parece que las hadas depositaron la fuente del deleite.

Aquellos lábios húmedos, frecuentemente desplegados por una sonrisa nerviosa, solo se entreabren para dejar escapar un suspiro, que, al perderse en las ondas de la atmósfera, se lleva consigo el misterio del pensamiento que lo inspira.

Clemencia viste el traje típico de la *cocotte* francesa; ese trage que el mundo estrangero toma, en todos los pueblos latinos, como un modelo del atavío de la muger elegante.

Y es natural. Nadie, como esas creaturas, mas desgraciadas que culpables, ha sabido *imponer* á la moda los encantos del vestido.

En la necesidad de mostrar sus formas, sin ofender al pudor; en la necesidad de inspirar pasiones sin provocarlas,—esas mugeres han ajustado la tela á su cuerpo, dejando que, aquello que los ojos no perciben, la imaginacion lo dibuje. Han hecho como el audaz escultor que cubrió con un velo de piedra, casi

transparente, el rostro de la estatua de mármol que adorna un ángulo de la sala baja del Luxemburgo.

Esa noche,—una de las primeras del verano de 1876,—estaban en Mabilie dos jóvenes americanos

Uno era un médico, lleno de inteligencia y de talento, que habia representado un papel humilde en la última revolucion política de su pais, la República Argentina.

El otro era Rafael Meris.

En el momento en que nuestra narracion comienza, una pareja de damas se acercó á ellos, que ocupaban un banco hácia la entrada del jardin.

Los extremos se tocan, y los contrastes se buscan.

Aquellas dos mujeres eran dos bellezas opuestas.

Una de ellas, á quien ya conocemos, morena y de mediano talle, de fisonomía poética y soñadora, tenia los ojos negros y melancólicos, como las noches de la Arabia Desierta.

Su compañera, de cabellos rubios y suave-

mente ondeados, era blanca y delicada como las flores del Norte. El azul turquí de sus ojos pensativos, recordaba el dulce cielo de Italia, y su esbelto talle la gentil palmera de las soledades de la Judea.

Clemencia,—la morena,—vestía un humilde traje de tafetan claro.—Maria,—la rubia,—arrastraba una falda de riquísima seda.

—Ah! gran embustero! dijo Maria golpeando el hombro del amigo de Rafael.—Conque así me engañas?

—No te engaño, replicó el interpelado. Estoy enfermo. Solo he venido por acompañar á este compatriota que ha llegado á Paris esta mañana.

—Sois vos también americano? preguntó Maria á Rafael.

—Si, señorita; soy argentino.

Rafael no conocía á Clemencia ni á su amiga, pero notó la sorpresa que causó á aquella, el oír llamar *señorita* á su compañera.

El jóven americano no estaba acostumbrado á aquel mundo, que tiene su lenguaje

especial. Clemencia debió comprenderlo al instante.

El amigo de Rafael explicó á aquellas mugeres la conducta de este. Luego dijo á su compatriota que en Francia era costumbre tutear á las mugeres de Mabilie.

Clemencia miraba con cierto temor, mezclado de cariño, á Rafael.

La conversacion fué breve, animada, pero banal.

Aquellas cuatro personas formaban un contraste completo. Maria y el médico eran joviales y alegres. Rafael y Clemencia eran melancólicos y poco expansivos.

No hablaban: se miraban en silencio.

La situacion para ellos era cada vez mas difícil.

Clemencia no quiso prolongarla. Manifestó apuro por alejarse, y consiguió arrastrar á Maria al otro extremo del jardin, no sin que ésta comprometiese ántes al jóven médico á que la esperase á la salida.

Era su querida.

Algunas noches despues, el sábado si-

guiente, Rafael volvía á Mabilie. Tocábale el turno de hacer de *cicerone*. Varios compatriotas habían comido juntos en el *Petit Moulin Rouge*, y, estando cerca de Mabilie, resolvieron ir á pasar allí el resto de su noche, pues quedaban lejos de casi todos los teatros.

Mabilie, por órden de la policia francesa, se cierra á las doce y media de la noche.

A eso de las diez, Clemencia pasó, por centésima vez, delante de Rafael y de sus amigos.

Iba siempre con su inseparable compañera Maria.

Parece que esta vez se decidió á violentarse, pues se detuvo, le miró, se puso colorada, y con una voz en que la emocion se revelaba, le dijo: —

—Ah! El AMERICANO MALO! (*L'Americain méchant!*) no me habeis querido saludar.

—He seguido la costumbre, hija mia,—dijo Rafael sonriendo.

—Pero vos sois habitualmente atento.

—Es verdad, pero me voy *européizando*.

Sin embargo, ¿ como sabes que soy habitualmente atento ?

—Me lo han dicho.

—Luego, tu te has ocupado de mí ?

—Oh ! mas de una vez.

—Te habrán dicho que soy un hombre raro, de ideas extravagantes, inútil completamente para estas fiestas.

—Algo de eso me han dicho, pero no lo creo. Vuestra presencia aquí me lo prueba.

—Hago estudios fisiológicos y psicológicos.

-- Que estudiais ?

—La mercancía de este mercado. Veo tanta muger jóven, hermosa, llena de vida y de talento, y me pregunto á mi mismo ¿por-que están aquí ?

—Oh ! No procureis rasgar el velo !

—Qué ¿ no teneis en vuestra alma sentimientos, que dominen la materia ? No teneis un hogar, una madre, á quien respetar ?

—Misterio ! Misterio ! No interrogueis á los muertos. Aquí no hay mugeres que aman y que buscan el placer ; hay solo má-

quinas, construidas para el vicio ó para el comercio.

—Que quieres decir, infeliz?

—Estais ciego, MI AMERICANO MALO. Creis que no tenemos alma, que no tenemos hogar, y no sois capaz de leer en la mirada.

Las palabras de Clemencia iluminaron á Rafael. Quiso sorprender en sus ojos esa mirada que debia saber leer, y no pudo hacerlo. Dos lágrimas la ocultaban bajo ese velo líquido, opáco, que solo se iguala al que cubre la pupila del moribundo.

—Clemencia! tu lloras? dijo Rafael sorprendido.

—Es una locura! Nubes que pasan. Eh! . . . . Adios! A gozar!

Y, sin que Rafael pudiese retenerla, la niña huyó precipitadamente.

El jóven intentó seguirla. Aquella lágrima aparecida timidamente, en los ojos de una muger de Mabelle, debia tener una historia.

Logró alcanzar á la joven pero todo fué inútil.

Clemencia le huía y no quiso volver á hablarle.

## II

Rafael Meris es un jóven de treinta años.

Su figura distinguida revela en él al hombre de raza.

De gallarda presencia, delgado, elegante, sin pretension y maneras aristocráticas, al verle pasear en Paris, díriase que es el descendiente de alguna noble casa europea.

Sin embargo, Rafael es solo un repúblico sud-americano.

La barba rubia que rodea su rostro, y dos grandes ojos azules, prestan armonía y dulzura á aquella fisonomía simpática.

Su vida, llena de emociones y de desencanto, ha impreso en ella ese dulce tinte con que la melancolía suaviza los colores vivos de la tez morena.

Hombre de pasiones nobles, patriota y demócrata, Rafael ha figurado como actor en los acontecimientos políticos que han

conmovido al Rio de la Plata durante los últimos diez años.

No obstante, la política no es su vocacion.

Amante del estudio, mas por ambicion de llegar á lo desconocido que por deseo de ser sábio; formado en la escuela del trabajo diario, que enseña á ser fuerte; solo, independiente en el mundo, sin vínculos que le esclavicen á un pasado, ligando á él sus procederes actuales,—Rafael ha ilustrado su cabeza con el conocimiento de la ciencia estraña, educando su espíritu con la madurez de las reflexiones propias.

Aunque jóven todavía, y naturalmente amigo de la juventud, los pesares han labrado tanto su existencia, que puede decirse que una vejez anticipada ha invadido su espíritu.

Perdido en él el equilibrio de las organizaciones normales, Rafael lleva por el mundo una alma helada dentro de una cárcel llena de fuego.

Rafael no es escéptico. Es espiritualista. Cuando vé esos libertinos, que se suicidan

lentamente, fatigando su cuerpo con los placeres, y gastando sus fuerzas en la orgia, suele compadecerles exclamando:

—Insensatos! Vosotros no conocéis la dicha. Hablais de vuestras pasiones en medio de carcajadas, y no sabeis que el sentimiento es silencioso!

Un dia, un amigo de Rafael le acusaba de haberse convertido en propagandista de la moral, con mas severidad que los frailes reclusos.

—Esos son rumores que haceis correr vosotros los calaveras, contestó Rafael.—Yo tengo mis ideas: vosotros las vuestras. Gozemos cada uno segun las inclinaciones de su espíritu.

—La diferencia, sin embargo, es muy grande, replicó el amigo. Yo gozo, y tú nó.

—Ahí está tu error.

—Es imposible gozar, sin sentir emociones, y tú no las sientes.

—No sé si las siento, ni lo discuto. Pero, cuando veo que una vejez prematura se aproxima, y se hiela en mi lábio la sonrisa,

y se debilitan en mi alma las pasiones, encuentro que aún puedo ser feliz, porque siento, que la fuente del sentimiento no está agotada. . . . Puedo llorar!!

—Y ¿es ese tu placer?

—Tú me niegas que tenga yo emociones y te contesto á ese respecto. El sabor del dolor se siente todavía, cuando el hombre puede traducir en una lágrima las sensaciones de su espíritu.

El contendor no insistió.

Lo que Rafael decía á su amigo era la verdad. Su carácter, excesivamente sensible, le producía el placer purísimo de las almas grandes:—ese placer que no se traduce en el goce de los sentidos, y que solo comprenden aquellos que tienen un corazón capaz de latir por el dolor ajeno.

Con una instrucción general, y una fortuna sólida, Rafael dejó su país en Enero de 1875, y se trasladó á Europa, con el propósito de completar sus conocimientos, por medio de los viajes.

Otro era, sin embargo, su verdadero intento.

Presa de una mortal melancolía, pedía, en vano, á su voluntad, fuerzas para destruir al pensamiento, que atormentaba á su cabeza.

Su viaje á Europa reconocía como causa un suceso trágico. Era esclavo de su destino, que fatalmente le llevaba á arrastrar esa existencia nómada.

Mil veces habria implorado á la muerte que le diese reposo, si otras tantas no se hubiera convencido de que debia vivir sufriendo.

—Mi arrepentimiento me dá la conciencia de mí mismo! solia decir.

Y la amarga sonrisa del descreído,—esa sonrisa que plegaba eternamente sus labios,—revelaba entónces la satisfaccion de su alma que sufría.

Otras veces, mas melancólico que irritado, cuando peinaba frente al espejo, su sedosa barba, decia á su imájen, reflejada en el cristal:

—Ostenta inútilmente tu espléndida belleza, cadáver que andas movido por el magnetismo que produce el sentimiento del alma.

Nadie conocía las causas que inspiraban en aquel hombre joven estos pensamientos profundamente tétricos.

Y, sin embargo, cuán terribles eran ellas !  
. Cuánta pureza había en el culto que Rafael les tributaba !

Como todos los grandes efectos, ellos tenían una gran causa.

Un golpe había herido de muerte su alma.  
Esa causa era una historia terrible.

Su tremendo desenlace, señalaba, permanentemente, á los ojos de Rafael, dos cadáveres sangrientos y una razón estraviada.

En todas partes, el joven americano se creía perseguido por el estampido fatal de *aquel pistoletazo*, ó por la carcajada estridente de *aquella infeliz* !

Y ambos ruidos, al confundirse, formaban el trueno de aquella borrasca que envolvía abrumadora el alma de Rafael.

A fines del año de 1874, Rafael había abandonado, con otros amigos, la ciudad de Buenos Aires, en la República Argentina.

Un tren del Ferro-Carril del Oeste, les condujo á Chivilcoy, y de allí, siguiendo en carruaje hasta el Nueve de Julio, salieron á caballo para la *estancia* de Mauricio X. . .

Una carta urgente de este les llamaba.

El día había sido caloroso.

Los rayos ardientes de un sol tropical, caían, como lluvia de fuego, sobre una planicie amarillenta.

Estaban en la *pampa*; en la *pampa* sin límites, inmensa como el Océano en calma, y dilatada como su líquida llanura.

Algunas pequeñas nubes, agrupadas aquí y allá, bajo un cielo de purísimo azul, formaban á lo léjos caprichosos mirajes, que engañaban al ojo inesperto de los viajeros.

Mas de una vez, casi exhaustos por el calor y la fatiga que les producía el viaje, intentaron maldecir de Dios, que, en su infinita veleidad, había dotado á Buenos Aires de su *pampa* inhospitalaria.

En vano buscaban una sombra amiga, que los defendiera de aquel terrible sol de Noviembre.

A su alrededor no se divisaba un solo árbol. La vista perdía su fuerza óptica en frente de un horizonte sin obstáculos.

El viento que azotaba sus rostros, era formado por corrientes caldeadas, que, al ajitar los pastos casi secos, remedaban las olas de los mares.

Solo la amistad sincera podia invocar derecho para exigir un sacrificio semejante.

Un viaje, á caballo, en un desierto ardiente, bajo los rayos de un sol de estío, apaga las fuerzas del alma y del cuerpo.

Sin embargo, los cuatro amigos que habían recibido la carta de Mauricio X. . . . . emprendían alegres aquel viaje.

— «Venid»,—les habia escrito,— «Venid todos juntos. El 2 de Noviembre he menester de vosotros para un asunto grave. *Es un caso nuevo.*»

Mauricio tenia entonces cincuenta y dos años, y vivia, hacia ocho meses en un mag-

nífico establecimiento de campo, situado casi en el mismo límite de la frontera.

Su carácter era severo. Su cabeza ilustrada. Su alma sencilla, pero apasionada.

Cuando una persona como él, subrayaba una frase en una de sus cartas, *el caso debía ser verdaderamente nuevo.*

Estudioso por inclinación y por hábito, había tomado la costumbre de los naturalistas y de los médicos.

Un hombre, para él, era *un caso*, digno de estudio.

Ligado á aquellos cuatro amigos por una cadena de acontecimientos, cada uno de cuyos eslabones representaba un acto de amistad purísima, Mauricio sabía que su llamada sería una orden agradablemente cumplida por ellos.

Cuando la tarde empezaba á apagar las luces del día, llegaron á la *estancia*.

Mauricio les esperaba. De pié, bajo el corredor de su modesta casa, casi oculta entre el follage de los árboles que la rodeaban, Mauricio recibió á los viajeros.

A pesar de la efusion con que se estrecharon los unos en los brazos del otro; á pesar de la cordial acogida que se les hizo; á pesar de la alegría no turbada de Mauricio,—habia algo de triste, algo de sombrío en el cuadro que formaban los huéspedes, media hora despues de haber llegado.

Hay presentimientos terribles!

Un frio intenso en el alma, hacia adivinar á Rafael los sucesos próximos á desarrollarse en aquella morada.

El jóven no pudo dominar su ajitacion silenciosa, y la manifestó á sus compañeros.

Mauricio le miró fijamente. Sus lábios se plegaron de una manera especial.

Se plegaron así como los moribundos contraen la boca, cuando quieren conservar sobre el cadáver el último sarcasmo de la vida!

—Tu imaginacion no pierde su vertijiosa actividad, le dijo. Parece que el presente es barrera insuficiente para detenerla, y que trata de vivir en el porvenir.

—Te engañas, Jorge, contestó Rafael. Lo

que siento es ese desconocido malestar que produce el temor de lo ignorado.

—Ah! Cálmate, cálmate, mi soñador eterno. Lo que sientes es la influencia misteriosa de la fecha y de las sombras. Estamos á dos de Noviembre. Hoy es el dia de los difuntos, y este recuerdo ha invadido tu cerebro, en momentos en que las nubes negras, empiezan á poblar de fantasmas los espacios azules.

Mauricio decia la verdad.

El crepúsculo de aquella tarde era mas melancólico que de costumbre.

La lucha entre la última luz que muere y la primera sombra que nace, no tenia esa lenta agonía de la una, mezclada al paulatino triunfo de la otra.

Ese tinte, que la paleta humana no ha podido trasladar al lienzo; esa luz rosada de las tardes de otoño, que envuelve la naturaleza en una aureola de fuego tibio, y el alma en una melancolia deliciosa,—no brillaba sobre la tierra ni bajo el cielo.

Escuadrones de espíritus aéreos, montañas

de nubes oscuras poblaban el espacio, en tanto que el silbido del viento anunciaba la aproximacion de la borrasca.

El espíritu de Rafael, triste por el presentimiento de una desgracia ignorada, se dejó envolver por aquellas sombras misteriosas.

Una noche prematura invadió las soledades de su alma; noche horrorosa de temor y de duda.

Mauricio y sus compañeros, reian de sus supersticiones, cuando el lejano graznido de un buho hirió todos los oídos.

—Ois? preguntó Mauricio sonriendo. El buho ha lanzado su grito de muerte.

Todos habian leído á Ossian con la pasion con que las almas melancólicas, devoran cuanto puede satisfacer su avidez de dulces tristezas.

El buho, que despues de los combates, se cernia sobre los campos de batalla de los antiguos coledonios, debia hacer oir su lúgubre graznido en aquella noche horrorosa!

¿ No es Ossian quien dice que las nubes son los manes de los guerreros, que montados

en caballos aéreos nos guían en el camino de la muerte?

Las verdes colinas de Ullin no se veían sobre la pampa argentina; los gigantes de granito que forman las montañas de Ulster no se mostraban á los ojos de los viajeros; pero, allí estaba la misma noche del Lena, con su ruído silencio y su misterio sombrío.

El día de difuntos había pasado. La noche de las ánimas comenzaba.

La aparición de los espíritus debía venir á la mente. El grito hiriente del buho era su anuncio.

La jovial alegría de los amigos de Rafael y la misma risa nerviosa de Mauricio, se habían ido apagando lentamente. El silencio, dulce compañero de la melancolía, se había sentado en el hogar al rededor de los viajeros.

La mirada de cada uno seguía un grupo de nubes, hundidos los ojos sin vista en las profundidades de las sombras.

La noche tiene la misma fascinación que

el precipicio. Su misterio y su oscuridad atraen el alma, como el fondo del abismo atrae el cuerpo hácia sí.

De pronto, una exclamacion inarticulada escapó de un seno, al mismo tiempo que sobre el llano, á poca distancia, se vió alzar, brillar y extinguirse una luz azulada.

—¿Qué es? preguntó Mauricio.

—Un fuego fátuo, dijo alguno de sus compañeros.

—La llama helada de la muerte! agregó con tristeza Rafael.

—Decididamente, amigos míos, hay un fatalismo que nos persigue, exclamó Mauricio levantándose.

—¿Por qué?

—Estamos á dos de Noviembre. Hoy es el dia de los difuntos. Las nubes han apagado la luz de la luna y de las estrellas. El buho ha gritado. El fuego fátuo se ha encendido. Hoy es, pues, mi dia.

Una detonacion ahogó las palabras del jóven.

La lumbre encendida por la pólvora al

hacer esplosion, dejó ver, por última vez en su vida, el rostro pálido de Mauricio X. . . .

Un minuto despues estaba tendido en el suelo, bañado en sangre, y ajitando convulsivamente la cabeza.

El silencio lloraba en la planicie, cuando él alcanzó á balbucear estas palabras entrecortadas:

— Ama. . . . lia! . . . . Ama. . . . lia! ya. . . . eres. . . . libre. . . .

Otro fuego fátuo se alzó de la tierra, que la lluvia empezaba á humedecer, en tanto que el alma del mas noble, del mas generoso, del mas sombrío de los hombres, volaba á confundirse en el mundo de lo desconocido.

La bala habia taladrado la parietal derecha, penetrando el proyectil un poco atrás de la oreja.

El arma la tenia oculta bajo los pliegues de su ropa, fuertemente oprimida entre los dedos crispados de su mano nerviosa.

Se habia suicidado!

El buho volvió á graznar.

## III

Ah! cuanto puede leerse en el cadáver de un suicida!

Cuando una boca, contraída por el frío de la muerte no puede articular una palabra, los labios de la herida, por donde entró la bala y salió la existencia, hablan con la inerte lucidez del silencio.

Al lado de Mauricio todo era mudo. La lágrima que brotaba de los párpados, corría silenciosa, y se evaporaba tímida.

De los cuatro amigos que rodeaban á Mauricio, solo Rafael creyó comprender la tragedia de aquella alma.

Quizá, . . . y sin quizá! él figuraba en ella como un actor importante.

Nada habia cerca de Mauricio que revelara la causa de su suicidio.

Su última espresion, su despedida, su testamento, puede decirse, fueron solo una sonrisa helada, plegando sarcásticamente los lábios del cadáver, y una mirada, vuelta

hacia Rafael, al apegarse la luz de su pupila.

El jóven comprendió todo lo que aquellos gestos querian decir.

Mauricio lo sabia todo!

Amalia, niña de diez y ocho años, hermosa, llena de pasion y de fantasía, habia sido unida á un hombre viejo pero rico.

La fortuna puede comprar un cuerpo; pero no basta el oro para pagar el precio de una alma.

Ligado Mauricio, su marido, á Rafael, por vínculos estrechos de familia, el trato diario estableció entre este y Amalia una simpática correspondencia.

Una tarde, despues de comer, ámbos paseaban en el jardin.

Las glycinas comenzaban á florecer, y la primavera bordaba de colores la brillante esmeralda de los campos.

La luz rosada del crepúsculo, animaba el paisaje. Todo invitaba el alma á la confianza.

Las flores y los pájaros se comunican á

esa hora sus secretos, en el language misterioso de su perfume y de sus trinos.

Y despues. . . . . despues duermen su dulcísimo sueño!

—Que bella es la naturaleza en esta hora! dijo tristemente Amalia.

—Pronuncia solo tu nombre. Ama! Hélo ahí todo!—contestó Rafael.

La niña no replicó. Sus mejillas se tiñeron de un rubor mas puro que el rosado del cielo de occidente, y sus ojos, fijos en la flor que llevaba entre sus manos, se velaron con una lágrima.

La sombra se hizo cómplice de aquel crimen.

Cuando los últimos destellos de la tarde huian, envueltos por las tinieblas de la noche, la brisa llevó, sobre sus alas, el rumor del primer beso adúltero de Amalia.

La pasion dominó su alma.

Amó con el fuego que se enciende en el espíritu dormido, cuando despierta á la sensacion primera.

Rafael amaba como ella.

El secreto y el misterio, dulces amigos del amor profano, velaron poco tiempo por aquellos jóvenes amantes.

Mauricio sospechó que se le engañaba.

Hombre de mundo, no quiso que la sociedad descubriera su deshonra.

Trató de asegurarse de la verdad, y de preparar su venganza por sí mismo.

Jamás sus ojos se fijaron en los de Rafael con espíritu investigador ó de desconfianza.

La fé mas ilimitada la depositaba en aquel amigo, á quien la diferencia de edades no hacia inferior en el grado del aprecio.

Fué solo Amalia quien le inspiró la sospecha.

La muger amante oculta mal su secreto.

¿Puede acaso la modesta violeta esconder su perfume bajo las verdes hojas de su planta?

—Amalia tiene un amante! se decia Mauricio, pero ignoraba quien fuera.

Buscando creyó hallarlo.

Una noche, en el Club del Progreso se daba un baile de máscaras.

Era el miércoles de Carnaval.

Entre las parejas que pululaban en el gran salón, se distinguía una, que no bailaba.

La formaban una dama, cubierta con un dominó negro, adornado de estrellas doradas.

Una varita *mágica*, colgada del puño derecho, indicaba que aquella mujer desempeñaba el papel de hechicera.

Ah! no siempre el oráculo responde á la voz de la Sibila!

El compañero de esta máscara, era un elegante joven italiano de veintiocho años.

La conversacion que mantenian era animada é interesante.

—Tu sabes que no me casaré jamás, decia el joven.

—Te creo, Eduardo, te creo! contestaba la dama, oprimiendo á su vez el brazo que su compañero aprétaba contra su pecho.

—Soy tuyo por una vida!

—Y yo tuya por una eternidad! ¿Que te im-

porta que sea casada? Mi alma te pertenece.

La pareja arrastrada por el torbellino del salón, siguió su diálogo.

Mauricio, que había oído todo lo que acababan de hablar, se alejó.

Buscó á Rafael Meris, que, en ese momento, fumaba en uno de los corredores, y llevándole hácia una de las portadas le preguntó :

—¿ Conoces aquella muger que pasea con Eduardo M. . . ?

—Cual? La que está vestida de hechicera?

—Sí.

—No la conozco.

—Me alegro.

—Porqué?

—Oyéme. Necesito buscar y encontrar un pretexto para ofender á ese hombre.

—Mauricio! que dices? preguntó Rafael sorprendido.

—Ah! yo me entiendo! dijo friamente Mauricio. Busca la manera de traerle, se-

parándole de su compañera, y. . . yo arreglaré lo demas.

—No ; no lo haré, insistió Rafael.

—Bien; no me faltará otro amigo mas leal que tú, contestó Mauricio, volviéndole la espalda.

—Qué! insistes? agregó Rafael deteniéndole.

—Te he dicho que *necesito ofender á ese hombre*. Debes comprender que, cuando yo digo una cosa semejante, es porque estoy resuelto á hacerlo. Decide, pues, ¿quieres ser mi padrino ó nó?

—¿Un duelo?

—Sí; un duelo á muerte.

—Pero ¿por que causa? . . .

—No me la preguntes. He confiado en tu amistad y en tu discrecion. Hé ahí porque te he preferido á otros amigos.

—Soy tuyo. Dispon de mí.

Y Rafael, sin comprender lo que aquella escena significaba, apretó la mano de su amigo, y se dirigió con paso firme, hácia el grupo formado por la máscara del dominó ne-

gro y el caballero que habian llamado Eduardo M. . . .

Breve :— Mauricio llamó *aventurero* á Eduardo M. . . . , que era extranjero.

Este le provocó á duelo.

Se batieron á pistola el 2-de Noviembre de 1873, y la bala dirigida por Mauricio, penetrando por la parietal derecha, un poco detras de la oreja, tendió muerto al jóven italiano.

Rafael fué uno de los padrinos de Mauricio.

La causa del duelo permaneció, por entonces, en el misterio.

Hoy es conocida.

Cuando Mauricio oyó la conversacion que tenia la dama del dominó negro, con Eduardo M. . . . , reconoció á su muger, bajo aquel traje, único de hechicera que habia en el baile.

—El misterio está disipado! dijo para sí Mauricio. Este hombre es el amante de Amalia. Le mataré!

Y, efectivamente, le mató en combate leal.

Sin embargo, la máscara del dominó negro no era Amalia.

Su traje lo llevaba la compañera de baile de Eduardo; pero Amalia vestía el que aquella había traído al sarao.

Ambas eran amigas; ámbas eran adúlteras; ámbas tenían sus amantes en el baile; ámbas necesitaban engañar á sus maridos.

Estos sabían los trajes que sus mugeres llevaban. Para estraviarlos en sus sospechas, habían efectuado el cambio en el tocador.

Como Mauricio conocía el dominó negro, con estrellas doradas, que Amalia tenía, el marido de la amiga de Amalia, sabía que su muger iba vestida con un dominó de raso blanco.

Pero ¡ay! los disfraces se habían cambiado.

El traje engañó á Mauricio; y la catástrofe se produjo.

La víctima fué el jóven extranjero.

Algun tiempo despues, Mauricio se apercibió de su error. La tranquilidad de su muger fué la prueba irrecusable.

Amalia no cambiaba de conducta. Rafael no dejaba de amarla.

Ambos ignoraban que habian sido ellos la causa de la trájica muerte de Eduardo M. . . .

Una noche, Mauricio anunció á su esposa que se iba á su *estancia*.

Al dia siguiente se ausentaba, y Amalia no volvió á verle jamás.

Fué entónces, á fines de Octubre de 1874, cuando escribió á Rafael y á sus compañeros llamándoles para el 2 de Noviembre.

Los cuatro amigos que acudieron á aquella fúnebre cita, fueron los mismos que, un año ántes,—el 2 de Noviembre de 1873, asistian al duelo como testigos.

La herida con que el marido de Amalia arrancó la vida á Eduardo M. . . , era la misma con que Mauricio destruía su propia existencia.

La fatalidad que le impulsaba, le habia precipitado al fondo del abismo.

Cuando los amigos de aquel volvieron á Buenos Aires, conduciendo su cadáver, otra escena terrible les esperaba.

El 2 de Noviembre—siempre esa fecha fatal—Amalia habia recibido una carta de su marido.

La habia abierto, con la indiferencia habitual con que las abria siempre.

Esa carta decia así :

« Amalia :

« Te he amado. Obedecí á la ley fatal de mi destino, que tuvo la crueldad de buscar tanta belleza como instrumento de tanto martirio.

« Sé que no me amas. No te culpo. Tú no puedes obligar al pensamiento á que renuncie á sus sueños de felicidad truncada.

« Te he creído adúltera. Por eso maté á un hombre inocente. Eduardo M. . . . no era tu amante.

« Si lo hubiera sido, el dolor de su muerte te habria matado !

« Hoy no sé lo que debo pensar de tí. Unas veces creo que me engañas; otras creo que te resignas al suplicio de ser mia sin amarme. Sin embargo, sé que *siempre* te estorbo y te esclavizo.

« Quiero sacarte de ese cautiverio, para que, si amas, puedas ser dichosa sin remordimientos.

« Ah! los remordimientos! Feliz de tí, si consigues el sueño sin que ellos te puncen el alma! Feliz de tí, que, en cada fuego fátuo de esos que pueblan el desierto de nuestra *pampa*, no ves alzarse la sombra sangrienta de un hombre asesinado por tí!!

« Son esos remordimientos los que aumentan mi suplicio.

« Amándote y siendo odiado por tí; asesino, agobiado por el peso del arrepentimiento, —no quiero conservar una existencia que yo no amo, y que á tí te estorba.

« Cuando recibas esta carta, estarás viuda.

« Mi muerte es inevitable, y tendrá por testigos los que lo fueron de mi crimen.

« Si tu alma está pura, podrás ser feliz, porque Dios premia á aquellos que han sabido ser fuertes en medio del infortunio.

« Si eres culpable, si tu cuerpo ha sido mancillado, no esperes encontrar ventura en la tierra, por que mi sombra se alzar  rijida entre tu amor y tu crímen.

« Adios, para siempre! Me alejo de t  sin rencores; pero tambien sin pesares. Ni me acuso, ni te condeno. Tu sabrás si debes recordarme. No olvides que *el olvido es la muerte de los muertos.*

« Adios! Adios!

« *Mauricio.*

Cuando Amalia leyó esta carta, tan cruel como inesperada, lanzó un grito; y cayó de espaldas, sin sentido.

Ni Rafael ni su familia estaban   su lado.

Al volver en sí, en los brazos de sus doncellas, Amalia estaba loca.

La presencia misma del cadáver de su marido, no fué bastante para hacerla recordar la razon.

En su alma la pureza no habia perdido todos sus perfumes.

Las fuentes del sentimiento no estaban todavia cegadas.

Ah! Mauricio tenia razon en su carta.

Los remordimientos se despertaron en el seno de la muger adúltera, y la razon, compasiva, huyó de su cerebro para dejarla tranquila.

Felices los locos! Al ménos, en su incoherente imajinacion, las ideas se producen sin recuerdos.

Entónces el sufrimiento no tiene á los hechos como estímulo del martirio.

Amalia loca, no recordaba, y el olvido produce la dulce paz del espíritu.

Felices! felices los locos!

Pero Rafael no lo estaba. Ante sus ojos apareció todo lo horrible de su propia situacion.

Al presentarse en casa de Amalia, la carcajada histérica de la muger demente, arrojó sobre su rostro, todo el sarcasmo de aque-

lla tragedia, en que figuraban dos cadáveres y una loca.

Luchó con el dolor, y fué vencido.

Ese solo dia pesó sobre su existencia mas que todos los dias de veinte años!

La juventud se agostó en él, como se agostan las rosas tempranas, cuando el vendabal hiere su tallo.

Sin consuelo en su infortunio; dueño único del secreto de aquella locura y de aquel suicidio; impotente para el bien de la mujer querida,—Rafael recurrió á los viajes, como al refugio anhelado de su alma desierta.

Poco tiempo despues se embarcaba para Europa.

La negra melancolía que envolvía su alma, no se ha disipado jamás.

Despues de recorrer la Italia, la España, la Alemania y la Béljica, vino á Francia, y se instaló en Paris.

Ocupaba un modesto departamento en el piso bajo de una casa, situada en la calle del Circo, inmediata al boulevard Haussman

Rafael frecuentó los mejores salones, gracias á sus excelentes cualidades, á su fortuna y á los amigos de su familia.

Sin embargo, no fué en ellos donde pudo encontrar alimento para su alma, profundamente triste.

Clemencia fué la heroina de su poema.

#### IV

Desde el dia en que Rafael habia visto llorar á Clemencia, fué un concurrente asídúo de Mabile.

El dolor tiene su prestigio y su contagio.

El jóven americano se sentia preocupado, por la idea de averiguar el misterio que existia tras aquella lágrima imprudente, que, en una noche de escándalo habia empañado el brillo de la mirada de Clemencia.

No habia vuelto á verla hacia ocho dias.

Una noche buscó la figura melancólica entre las mil mugeres que poblaban las alamedas y los jardines de Mabile.

No pudo encontrarla.

La desesperacion, mezclada al temor, comenzaban á apoderarse de Rafael.

Sin embargo tuvo un consuelo.

Maria, su rubia y elegante compañera estaba allí.

Inclinada voluptuosamente hácia el jóven médico argentino, . . . parecia sostener con él una conversacion animada.

Rafael, sin temor de ser imprudente, llegó hasta la enamorada pareja, y, despues de saludar á ámbos, dijo, á Maria:

—He buscado á Clemencia. No la he hallado, y debo suponer que no está en Mabile cuando no se encuentra á tu lado.

—Teneis razon, amigo mio. Clemencia es una muchacha rara, original, sin parecido; creo que está algo tocada. Dice que no vendrá á Mabile hasta tanto que os hayaís marchado de Paris.

—Hasta que yo haya dejado á Paris? Por qué causa?

—Porque no quiere veros.

—Pero ¿qué he hecho yo á esa pobre niña, para que así me huya?

—Habeis herido su cuerda mas sensible. Clemencia no es feliz—no lo ha sido jamás!—y dice que *vos la habeis compadecido*.

Esta revelacion, hecha inconcientemente por Maria, esplicaba al jóven todo el misterio.

Clemencia sufria. Su alegria habitual no era sino un vano esfuerzo para apagar las voces de su propia conciencia que la condenaba.

Pero ¿por qué estaba entre aquellas mugeres? ¿Qué misterio habia en su vida de pocos años, para que ella, con un rostro de diosa y una mirada de ángel, hubiera podido caer tan abajo?

Rafael se propuso averiguarlo, persuadido de que encontraria, al saberlo, la dulce recompensa que experimentan las almas sensibles como la suya—la de compartir los placeres de la amargura y del dolor agenos.

—Maria,—dijo á la amiga de su amigo,—dí á Clemencia que puede volver á Mabillo cuando quiera. Mañana salgo para Lóndres, y muy pronto el Canal de la Mancha me se-

parará de Francia. De allí solo regresaré al continente para ir á Suiza, de manera que Clemencia no volverá á verme. Dila, sin embargo, que piense alguna vez en mí. Mi maldad no es perversa. Ella lo sabe.

Rafael se alejó de la pareja y salió de Mabile.

Al dia siguiente cumplia su promesa. Estuvo en Lóndres poco tiempo; regresó, y fué á Ginebra; visitó el Mont Blanc, y quince dias despues estaba en Paris.

Clemencia no lo sabia.

Una noche, Rafael entró tarde en Mabile. Medio oculto entre los árboles del jardin, pudo llegar hasta un banco, colocado entre las sombras, á la entrada de una de las avenidas.

Allí estaba Clemencia, negligentemente reclinada sobre el banco.

Se hallaba sola, pensativa, y ese velo de suave melancolía que la hermoseaba, envolvía su rostro en una simpática tristeza.

Ella no debió notar que Rafael se acercaba, porque, al reconocer el timbre de su voz,

se estremeció, como la persona dormida á quien se despierta violentamente.

Cuando la habló, se levantó conmovida.

—Vos! vos aquí? le dijo, y dejando su mano entre las del jóven, bajó castamente los ojos.

—Que te estraña, Clemencia? He regresado esta mañana, y vengo aquí como vienen todos. El mundo elegante de Paris, destierra á veces de sus fiestas, á los espíritus turbulentos, y yo busco aquí el bullicio.

Una sonrisa y una mirada indefinibles, fueron su respuesta.

Rafael debió comprender el poema de aquella mirada y de aquella sonrisa, porque preguntó:

—¿Lo dudas? ¡Me conoces mal, hija mia!

La jóven movió la cabeza á uno y otro lado, y despues de un momento dijo:

—Ah! dejadme partir; no quiero hablar con vos. Me haceis mal.

—Te traigo, acaso, recuerdos desagradables? Tengo yo algun parecido con tu primer amante?

—Oh! no, nada de eso! Pero, hay algo misterioso para mi alma en esa sonrisa eterna de vuestros labios, y, os lo juro, me haceis mal. Os tengo miedo, y yo sé sin embargo, que no sois malo.

—Veamos. Esplicame ese miedo.

—Nó, es imposible. Siento, sufro, comprendo, pero no puedo traducir á palabras lo que experimento.

—¿Tendrás talvez por mi uno de esos caprichos volcánicos de la muger. . . . .

—No prosigais! Vos me lo habeis dicho otra vez. Yo no soy sino una mercancía, cuyo mercado es Mabilie, el Bosque ó los boulevares. Pues bien. Aunque reconozco que estoy en venta, jamás lograreis comprarme, por mas oro que pusierais ante mis ojos.

—Te creo, Clemencia. Cuando el corazon se interesa, el precio de la mercancía humana no es el dinero. Una caricia, una palabra, vale entonces mas que cualquier tesoro.

—Tambien os engañais, caballero. Yo no seré vuestra jamás, ni por dinero ni por amor.

Lo que me inspirais no es cariño; es un sentimiento que me aleja de vos, con temor, con horror tal vez, y sin embargo, vos ejercéis sobre mi espíritu esa atracción fascinadora que la luz ejerce sobre la mariposa.

—No te entiendo, niña.

—Ni yo sé explicarme, señor.

Clemencia se alejó. Rafael la siguió, y ella, volviéndose de repente, le dijo:

—Dejadme! necesito aturdirme. Necesito embriagarme con el licor y con el placer, porque siento que empieza á dominarme el espíritu, y yo quiero que siga gobernándome siempre la cabeza.

—Pues bien: yo he venido también aquí buscando el bullicio. Nos aturdiremos juntos.

—Es mentira,—os lo diré, ya que es preciso,—es mentira, que vos busqueis estos lugares por placer ni por deseo. Vos descendéis á nuestro fango, porque pensais que aún podeis encontrar perlas.

Y Clemencia huyó corriendo. Rafael no

podía seguirla, sin atraer sobre él la mirada curiosa de la multitud.

Una muger joven y bella que corre en las calles de Mabilie, es un hecho demasiado frecuente para llamar la atención de todos.

Un hombre que corriese tras de ella, sería un acontecimiento que merecería los honores del comentario.

El joven americano resolvió esperar.

—Ella volverá, se decía en tanto. Ella ha comprendido esta debilidad instintiva de mi espíritu que me ha hecho compadecerla, y de ahí la dificultad que siente al encontrarse conmigo. Todavía hay en el fondo de su alma un resto de virtud, y el pudor quizá no está sino velado en ella. Esperemos!

Todo fué inútil. Clemencia ya no estaba en Mabilie.

## V

En Saint Cloud se celebraban, por esa época, esas fiestas anuales que atraen tradicionalmente á la multitud de obreros parisienses, que regresan, por la noche, con el

pintado *mirliton*, inseparable compañero del que ha asistido á ellas.

Rafael habia ido á Versalles. Ese dia jugaban las brillantes aguas del famoso palacio de Luis XIV, y, despues de visitar el Museo, donde se admira á la vez el génio, la audacia y la vanidad del hombre, despues de haber atravesado la régia morada de Trianon, donde la mente soñadora creé aún ver cruzar la noble sombra de Maria Antonieta, ó flotar, allá á lo léjos, el blanco velo de la dulce Lamballe, tomó un carruaje que le condujo, á pesar de la lluvia, hasta Saint Cloud.

El agua, que caía á torrentes, obligó á gran parte de los que habian concurrido á la fiesta, á refugiarse bajo los toldos de los *restaurants* que están al lado del gran puente.

Fué allí donde Rafael dejó el carruaje.

Al entrar en uno de ellos, la figura de Clemencia, sentada en medio de un grupo de mugeres y hombres, hirió la vista del jóven.

La niña reía y bebia alegremente, sin que

la melancolía habitual de su rostro, alcanzase á ser disipada por la risa histérica que desplegaba sus lábios, ó por el vino que encendía sus ojos.

El mozo que iba á servir la comida á Rafael le colocó en frente de aquel grupo, y Clemencia le vió al cruzar delante de ella para ocupar su asiento.

—Como! Todavía vos? le dijo al pasar, con un aire mezclado de sorpresa y de inquietud.

—Sí! siempre yó! le contestó Rafael, saludándola con una lijera inclinacion de cabeza.

Clemencia no volvió á reír, ni llevó de nuevo la copa á sus lábios.

Rafael la miraba sonriendo al comprender su turbacion, pero no la hablaba.

En Francia no se toma á bien, aún cuando se trate de esas mugeres, que un hombre las hable estando en compañía de otros.

Cuando el grupo que estaba en frente de Rafael se levantó, Clemencia pasó junto á él.

Una palabra fué su único saludo.

—MALO! (*Mechant!*) le dijo, y se perdió en la oscuridad de la noche, sin volver la cabeza hácia el lado en que Rafael estaba.

El jóven concluyó de comer, y como la lluvia no cesase, fué á la estacion de los ómnibus buscando un asiento para regresar á Paris.

Le entregaron una tarjeta con el número 86 y la última del carruage que acababa de partir era la 23. Tenia, pues, mas de dos horas de espera antes de que su turno llegase.

—Quizá el vapor me lleve mas pronto, se dijo, y se dirigió á la márgen del Sena.

El *bateau-mouche* se separaba en ese momento de la orilla, y cuando ya no creía encontrar otro medio para volverse, y se resolvía á esperar el ómnibus, vió un carruage detenido á pocos pasos de distancia.

El jóven se acercaba para tomarle, cuando una sombra ágil, vivísima y juguetona, con formas de muger, se le anticipó.

—Veinte francos por ir á Paris, dijo al cochero llegando á la portezuela.

Rafael creyó reconocer aquella voz, y se acercó á la dama, en tanto que el auríga contestaba :

—Veinte francos! Mi caballo no hará una hora de viaje, por menos de treinta.

—Si la señora no os ocupa,—dijo entonces el jóven—yo lo haré, y os doy cien sueldos de propina si llegais á la Grande Opera antes de las nueve.

La luz de la linterna del carruage bañaba completamente el rostro de Rafael. La muger, que habia vuelto rápidamente la cabeza al oírle hablar, le miró y dijo :

—Ah! siempre vos! Teneis razon, siempre vos!

—Como! Clemencia!

—Os cedo el carruage. Teneis apuro en llegar á la Grande Opera.

—Mi urgencia es puramente relativa. Quiero llegar antes de las nueve, para oír cantar á la Miolan-Carvalho la romanza del *Fausto*; pero, mi urgencia desaparece, si puedo ser aquí tu compañero. Aceptas?

—Mi compañero? Donde?

—En Saint Cloud ; en las fiestas.

—Pero no veis que llueve ?

—Sí, pero aquí hay teatros. Leotard exhibe sus fieras, y hace sus temerarios prodijios de valor.

—Es verdad, pero yo debo regresar á Paris. Voy á tomar el ferro-carril.

—Antes de llegar á la estacion, te habrás mojado mucho y estarás llena de barro. Sube al carruaje ; iremos junto hasta tu casa.

Clemencia pareció reflexionar.

Como no contestase, Rafael se acercó á la portezuela, la abrió, y, tocando lijeramente su cintura, la indicó que subiese.

Pareció resistir todavia, y Rafael insistió.

—Subid, señorita, dijo el cochero. El agua vá á mojar el carruaje.

—Con una condicion, dijo ella dirijiéndose á Rafael.

—Las que tu quieras, hija mia, pero sube presto.

—Que sereis BUENO.

—Haré cuanto me digas.

—Sin ser *malo* ?

—Bien, bien . . . . pero sube.

Subieron. El carruage partió á buen trote, dejando á la espalda á Saint Cloud, el ruido de cuyas músicas y cohetes fué perdiéndose poco á poco, á medida que los jóvenes se alejaban.

Era esta la primera vez que Rafael y Clemencia estaban solos.

Aquellas dos naturalezas melancólicas, íntimamente ligadas por la semejanza de sus caracteres, iban á comunicarse sus secretos sentimientos!

Fué Clemencia quien rompió el silencio.

—Que estraña casualidad nos acerca! Yo me empeño en huirlos, y el destino os pone siempre en mi camino!

—Lo mismo me decia yo hace un momento, cuando te encontraba en el restaurant del Puente, contestó el jóven.

—Parece que teneis por mision entristecer mis fiestas. Os ví en Mabilie la primera vez, y me heristeis con una frase que me reveló la horrible desnudez de mi situacion:—« Sois solo una mercancía, »—me dijisteis, y hoy,

cuando busco hacer *mi comercio*, llegais, os veo, me contrarío, fastidio á mis amigos y á mis compañeros, é, incapaz de hacer nada mejor, me vuelvo á Paris.

—Tócame, entonces, alegrar tu tristeza, Clemencia, y procuraré hacerlo. Si mi vista apagó tu júbilo, en medio del bullicio de aquella especie de orgía; sirva el estrecho recinto de este *coupé*, de teatro á una alegría mas íntima: á la alegría del sentimiento.

—No os entiendo.

—Tú lo has dicho. Entre nosotros es imposible que pueda existir el *comercio*, que produce el placer efímero de un momento. Yo no lo busco y tú no lo aceptas. El amor, es un sentimiento demasiado puro para que pueda mezclarse en nuestras situaciones respectivas. ¿Para qué engañarnos? Yo no te amo, ni podría amarte. Tú no me amas ni puedes pensar en hacerlo. Y, sin embargo, ambos reconocemos que hay algo de común entre nosotros. ¿Qué es ello? ¿Cómo se llama? Qué clase de sentimiento es este?

—Y vos me lo preguntais? Puedo yo saberlo acaso, si vos lo ignoras? Yo solo sé que vuestra presencia, siempre y en cualquiera parte, me produce turbacion, mal estar, dificultad de pensar y de hacer. Si hablais os tengo miedo, y si no hablais, y estais á mi lado, necesito oiros, para temblar oyéndooos.

—Escúchame, Clemencia, y no te sorprenda mi lenguaje. Tú ves que mi rostro aún conserva restos de la lozanía de la fresca juventud. La mano del tiempo todavía no ha destruido la obra de una naturaleza viril. Sin embargo, si tú pudieras penetrar en el fondo de mi alma, verias allí un espíritu cansado, que ha envejecido tanto, que ya no tiene sensaciones.

—¿Sois acaso desgraciado?

—No lo creo. Estoy desencantado de los hombres, y soy egoista. He ahí todo. Veo una humanidad que rebulle á mi rededor, y, cuando busco en su fisonomía un sentimiento puro, adivino siempre trás la palabra del amigo la traicion del envidioso; trás la mi-

rada dulce de la muger amante, la especulacion indigna de la mercenaria; trás el beso apasionado de la esposa, la máscara hipócrita de la infiel adúltera.

—Si el mundo fuera como vos lo pintais. . . . .

—Es tal como yo te lo presento. Hay solo una cosa que hace que todos no lo miren como yo. Los hombres son locos ó monomaniacos, que, habituados á mentirse entre sí, concluyen por engañarse ellos mismos. Se creen felices, y son simplemente comediantes. Confunden la verdad con la ilusion, y gozan viviendo de su mentira eterna.

—¿De manera que para vos no hay ninguna verdad?

—Sí, Clemencia, hay una: la verdad del dolor. Este tiene su perfume, como las flores de la primavera. El dolor se adivina en los que lo sienten, aunque una sonrisa forzada procure ocultarlo, como se adivinan las flores bajo el lienzo que las cubre, impotente para impedir que su perfume se exhale. Tu

sufres. Lo he comprendido desde el momento en que te he visto. . . .

—¿ Lo habeis comprendido ?

—Y tú sabias que yo lo habia adivinado. De ahí ha nacido esta inocente intimidad de nuestras almas, que experimentan un sentimiento que ninguno de los dos se habia atrevido á definir. Es la intimidad del dolor.

—Creo que teneis razon!

—Oh! yo estoy seguro de ello. Nuestra situacion está perfectamente definida. Tu tienes pesares, que yo comprendo. Sabes que los compadezco sin conocerlos, y mi compasion se confunde con tu gratitud, y, unidas ámbas, forman una sola llama.

—Una llama? preguntó vivamente la enamorada Clemencia:

—Sí, pero una llama helada; fuego frio, que no quema ni vive. El amor, encendido en el pecho de los seres humanos, es un fuego devorador que todo lo abrasa y lo consume. Su campo de devastacion es la sociedad, el salon, el teatro, el bullicio. La compasion y la gratitud encienden una luz muy distinta.

Es el fuego fátuo de los cementerios, llama fria que se apaga apenas encendida, y que nunca podria quemar ni el cuerpo ni el alma.

—Pero, con esas ideas, vos no podeis ser feliz!

—Te engañas, pobre niña. Si la felicidad puede encontrarse en la tierra, es mas fácil que yo la encuentre y no tú. Yo la busco en los goces del espíritu. La materia se fatiga en la lucha por el placer, y el alma es incansable. Yo gozo sufriendo, y tengo la inmensa alegría de sentir el dolor.

—Gozais sufriendo? No os comprendo.

La fisonomía de Clemencia manifestaba una verdadera sorpresa.

—Nunca me han hablado así! repetia instintivamente á cada momento.

## VI

La desgraciada niña habia dicho la verdad.

Nunca habian sonado á su oido palabras

como las que pronunciaba el descreído viajero americano.

Ella, acostumbrada á verse tratar como simple instrumento de placeres materiales, empezaba á vislumbrar una remota esperanza de dichas desconocidas.

Rafael le habia revelado que existian en su alma fuentes de sentimiento purísimo, todavía inexploradas.

—Ah! no me habéis así! dijo por fin tímidamente la pobre niña.

—Porqué? Acaso te hago mal?

—Sí! os lo confieso! Me habláis del dolor, pero me habláis sonriendo. Acaso os burláis de mí con sarcasmo?

—Clemencia, eres injusta. Esta sonrisa eterna de mis labios, es la contracción nerviosa que ha impreso en mi boca el espíritu combatido por una lucha incesante.

—Lucháis?...

—Si lucho! Viagero de dos mundos, mi elemento es el combate. Busco la tempestad por el placer de vencerla, y mi gozo lo encuentro dominándola. Me retemplo cuando

las grandes pasiones agitan mi espíritu, y no siento debilitada el alma cuando fatigo el cuerpo. Amo el crimen. . . . .

—Amais el crimen? preguntó asustada la jóven.

—Sí, sí, amo el delito que inspiran las pasiones nobles. Desprecio el crimen dormido en el cerebro del delincuente, por que lo considero indigno de la grandeza del hombre.

—No os entiendo, por Dios!

—Vosotras, pobres creaturas ignorantes, no comprendéis que haya nobleza en el delito, porque solo conoceis el mundo quo os rodea.

—Pero cuales son esos crímenes nobles? y si existen, por qué los llamis crímenes?

—Ah! porque la sociedad asi los llama, en la necesidad de defenderse de si misma. Lo que el hombre llama *crimen*, con frecuencia es *virtud*. La sociedad no ha querido comprender que hay momentos en que es necesario violar una ley social, para poder cumplir una ley del destino. Ah! cuantas veces el destino es solo la naturaleza!

—Pero esplicadme alguno de esos crímenes. Yo me creo tan culpable, que quizá vuestras palabras me consuelen!

—No te hablaré de delitos en que la sangre y la vida se derraman y se pierden. Eres muger, débil, fantástica, y esos cuadros te causarían espanto. Pero la sociedad condena otros actos en que no se juega la existencia ni la fortuna. La pasión amorosa. . . .

—Sí, sí, habládme de esos delitos del amor purísimo. . . . Mi sola falta es haber amado!

—Pues bien. Para el mundo en que vivimos, si tu amor no se ha ajustado á las leyes que el hombre ha escrito, tu amor es un crimen.

—Ah! teneis razon! Lo sé por esperiencia propia.

—El hijo nacido de esos amores íntimos, en que el alma desempeña el papel principal, es el fruto de un *delito*, que la ley no pena, pero sobre quien se ceba la maldad humana.

—Un hijo!

—Sí, un hijo del amor y de la ternura; un

hijo de la pasión sincera, encarnación de los sentimientos de dos almas, á quien la sociedad niega hasta el derecho de tener el nombre de sus padres!

—Ah! contais una historia terrible! exclamó Clemencia llorando.

La pobre niña ignoraba que Rafael se habia educado en una escuela de dolor acerbo.

Necesitaba disculparse él mismo ante sus propios ojos, y su filosofía descreída era su propia defensa.

Él, por quien Amalia estaba loca; él por quien habia sido muerto el jóven italiano; él, en fin, por quien Mauricio X. . . se habia suicidado,—no podia condenar el amor adúltero, si ese amor era una noble emanación del espíritu.

¿Que importaba, para él, que la sociedad hubiera pretendido tener por base la familia?

Él no reconocia al mundo el derecho de ahogar en el alma el amor; él no reconocia á los padres de Amalia, el derecho para *man-*

*darla* que amase á Mauricio, con quien la habian casado sin su cariño.

Cuando Clemencia le observaba que sus doctrinas iban contra la ley social, él reclamaba el divorcio, la disolucion del vínculo matrimonial, y la libertad de los cónyuges, como remedio para tantos males.

—Esos son los errores de las leyes sociales, exclamaba entónces. Audaz en sus pretenciones, el hombre ha llegado á persuadirse de que todo está bajo su imperio. En su soberbia, no ha querido comprender que hay una diferencia inmensa entre las imposiciones que se decretan para la materia, y las leyes con que se pretende esclavizar el alma. ¿Como obtener, Clemencia, que el espíritu, sujeto solo á las emociones y á los sentimientos, obedezca á los decretos de una ley escrita?

—Y no obstante, el hombre todo lo puede.

—Mentira! El hombre cree poderlo todo, pero se engaña. Su soberbia ha enjendra-  
do su audacia, y esta le ha producido la fiebre y el delirio. El éxito que ha obtenido en sus

empresas materiales, le ha hecho pretender igualarse á Dios, y gobernar el mundo moral. Pero se engaña. En un dia de fortuna, encontrára como ligar los mares que separaba unas tierras de otras tierras; podrá vencer la distancia, dominando al rayo, y haciendo que su electricidad sirva para llevar su palabra de un mundo al otro; podrá oradar la montaña que se opone á su paso, y tender sobre un tunel los brazos de hierro que sostienen la locomotora; podrá descender á las entrañas de la tierra y arrancarle, con sus metales y sus piedras preciosas, el tesoro de sus secretos; podrá pescar del fondo de los mares el coral y las perlas, que satisfagan su lujo; podrá, en fin, fatigado de conocer el mundo que habita, descubrir los misterios de los mundos celestes que le rodean; pero, á pesar de todo eso, jamás sus leyes lograrán matar el pensamiento, ni sofocar las pasiones del alma.

—Y ¿porque legisla entónces el hombre sobre los sentimientos?

—Porque la humanidad es demente, y su

locura la arrastra al desvarío. ¿Podría ley alguna impedirte que derrames tus lágrimas, como acabas de hacerlo? ¿Podría mandarle al dolor que no te lacere? ¿Podría jamás el hombre decirle á tu corazón que no ames al ser querido, porque ese hombre está unido á otra muger por una ley social, ó porque tú estás ligada á otro hombre por el matrimonio?

—Pero eso seria cometer un crimen! exclamó la niña asustada.

—Ante los ojos del vulgo, tendrás siempre razon: ante los ojos despreocupados de la conciencia, tendrás que reconocer que allí no hay delito. El amor no es creacion del hombre. El amor, es una ley divina. Es imposicion del espíritu, que es la esencia de Dios, y, por tanto, sus leyes están arriba de todo decreto humano. Ya ves, Clemencia, que, aún cuando en tu vida misteriosa hubiesen faltas de ese género, yo no tendré necesidad de apelar á la indulgencia para disculparlas. . . .

—Pero proceder como vos decís, es destruir la familia, es arruinar el hogar.

—Te engañas, Clemencia. La familia y el hogar sociales, no son ni la familia ni el hogar del espíritu. La sociedad no le exige á la esposa sino que guarde su cuerpo, en tanto que suplica al marido que sea fiel á la fé jurada. Si no lo hacen, la sociedad les pide entónces que sean hipócritas, no produciendo escándalo. Pero en cuanto al alma ¿sabe acaso la muger cuando y por quien sentirá ella amor? ¿Sabe el hombre porque le enamora una mirada ó una sonrisa de dos ojos negros ó de una boca hermosa?

—De manera que ese amor que disculpáis, son los crímenes á que os referiais?

—Sí, son esos. Vosotras, ignorantes de lo que pasa en el gran escenario del mundo, creís que vivís y cometéis delitos en ese perpetuo libertinage que os agita y os destruye.

—Por eso la sociedad nos rechaza.

—Y sin embargo, velado por el misterio, la sociedad comete vuestros mismos crímenes. La diferencia la constituye el escán-

dalo. Y, no obstante, esa misma sociedad que os condena, reconoce que hay belleza en su delito.

—Como!

—Sí, porque es bello el crimen que produce sensaciones como el dolor. Es el acto heroico que dá al hombre la conciencia de si mismo. El remordimiento que la falta produce, es la mas hermosa de las mortificaciones, porque es la conciencia propia juzgándose á sí misma. Vosotras quizás no sintais ese remordimiento.....

—Ah! Os engañais! Si supierais cuanto sufro yo cuando pienso en mi pasado, y, sin embargo, os juro que mi alma está pura. La fatalidad, el destino, Dios, no se qué, me ha arrastrado en el torbellino.

—La fatalidad! Que dices?

—Ah! No me preguntéis. Vos que me hablais así, decidme, quien sois? ¿Como os llamais? Porque me haceis sufrir con vuestras palabras, y me obligais, sin embargo, á amar mi sufrimiento?

—Ah! que importa mi nombre! Soy un

ave de paso que no anidará en Paris. Poco te durará mi recuerdo, pero si algun dia. . . .

—Oh! no! no! Yo no podré olvidaros jamás! Me habeis hablado de la conciencia, del arrepentimiento, del dolor! A mí, que solo me habian hablado del placer, de la orgía, del escándalo.

—Infeliz!

—Como quereis que os olvide si me habeis herido el alma! Ah! aun cuando la herida cierre, quedará la cicatriz imperecedera para recordaros.

—Sí, Clemencia, piensa así. Ama, siente, sufre. Si alguna vez necesitas auxilio en tus creencias, acuérdate de mí, pero recuérdame sin nombre, vago, incorpóreo. Piensa en el *americano malo*, como me has llamado.

—Malo! no, no sois malo! Sois cruel, es verdad; pero vuestra crueldad es la del cirujano, que abre heridas en la carne sana para curar los males invisibles del cuerpo enfermo. Vos me tratais así, porque me tenéis compasion, y quereis hacerme bien.

—Hacerte bien? Y ¿como lo conseguiria yò? ¿Tengo acaso influencia ni medios para arrancarte al torbellino que te arrastra?

—Teneis razon! Una muger como yo, solo merece desprecio.

—Desprecio? porqué...? Yo no injurio jamás á la muger caída. El evangelio me ha enseñado á compadecerla. ¿No puede acaso levantarse alguna vez? Sé yo acaso porqué y como ha caido?

—Ah! vos sois bueno! Sois el primero que, hallándome tan abajo, no me ha despreciado.

—Te olvidas de lo que ha dicho Victor Hugo. « Ah! no insulteis á la muger que cae! La gota de agua pura que derraman las nubes con las lluvias, cuando pende de la rama de un árbol, tiembla y lucha ántes de caer. Luego se mezcla con el polvo y se convierte en fango. Para purificarla, basta solo un rayo de sol que vuelva á levantarla pura en la nube de vapor. Lo mismo para purificar á cualquiera de voso-

tras, basta un rayo de amor, que eleve los sentimientos de nuestra alma.»

—De amor? ¿Quién lo sentirá jamás por una muger como yo? dijo tímidamente Clemencia.

—Cualquiera que pudiera comprenderte.

—Ah! solo mi hija.....

—Tu hija! Tú tienes una hija? Clemencia: tienes una hija y llevas, sin embargo, esta vida de escándalo y de vergüenza? Infeliz! ¿que porvenir, qué herencia le preparas á esa desgraciada creatura?

Rafael dijo esto con una agitacion violenta que asustó á la jóven.

—Ah! lo sabia! me despreciareis vos tambien! No merezco, ni siquiera compasion!

Clemencia se cubrió el rostro con sus manos, blancas como las azucenas.

La oscuridad de la noche impedía á Rafael verla, pero el comprendió que lloraba. Las lágrimas tienen el privilegio íntimo de revelarse siempre aunque no se las vea correr.

—Clemencia! dijo por fin el jóven con voz

conmovida. Perdóname. He sido imprudente, lo reconozco, lo confieso, y si soy feliz es porque me arrepiento de ello.

—Habeis sido justo: esto es todo! exclamó la niña suspirando.

—Nó, he sido muy acerbo. Yo he debido comprender que no llevas esa vida que te consume, por el placer de hacerte mal. Ya me lo dijiste un dia. Hay un misterio en tu existencia, y yo he debido respetarlo. Fuí torpe, y yo, que me empeño en alejarme de los errores de la multitud, he sido hoy tan necio como ella. Perdóname.

—Perdonaros! ¿porqué?

—Porque he debido comprender que la mirada ó la lágrima que se sorprende, encierra un poema que solo puede leer el alma generosa, y la mia no lo ha sido bastante para comprenderte. La oscuridad de la noche, la profundidad de los mares y el silencio de los bosques, esconden los misterios del amor, de la naturaleza y del crimen. Lo mismo sucede con tus lágrimas! Ellas tienen su lenguaje!—¿qué misterio velan? Sé

noble, Clemencia; comprende el interes compasivo que me inspiras, y rasga el velo que oculta tu pasado ante mis ojos.

—Es imposible! Tendriais horror, si lo hiciese!

—Ah! Ya no puede nada horrorizarme, pobre niña. He vivido treinta años entre los hombres, y, como á Otelo, ellos me han enseñado á sufrir. Los he estudiado, y hoy, que los conozco, no tengo compasion..... tengo justicia para los errores del amor.

—Pero, los hechos de que está rodeada mi cuna, son únicos. Hay una série de delitos espantosos. Yo soy *la herencia del crimen*, y la sangre y la muerte rodean mi origen!!

Estas palabras encendieron mas en la imaginacion de Rafael, el deseo de conocer los misterios de aquella vida, en la que, al parecer, se mezclaban el escándalo con la tragedia terrible. Suplicó con instancia á Clemencia que se la contase

Ella resistia, sin embargo.

●El carruaje rodaba ya sobre el Puente Nuevo, y muy luego atravesaría la Plaza del

Carouseil. Clemencia vivía en la calle d'Alger, que quedaba á pocos pasos de allí. No habia tiempo que perder.

De pronto el carruage se detuvo violentamente, se esperimentó un fuerte sacudimiento, y, luego, cayó de costado, volcándose del lado que ocupaba Clemencia.

## VII

A pesar de la frecuencia de estos, ú otros acontecimientos semejantes, la ávida curiosidad de los parisienses, siempre reúne gente al rededor de un carruage roto ó de un caballo caído.

Dos minutos despues de volcado el coche, veinte personas se agrupaban á su derredor.

Con grande dificultad pudieron sacarse del interior á Rafael y á Clemencia, especialmente á esta, cuyo brazo, habia quedado debajo de la caja del *coupé*, fracturándose el húmero, pocas pulgadas abajo de la articulación.

La niña sequejaba por los dolores que sufría, llamaba á Rafael ansiosamente.

Este no pudo auxiliarla en el primer momento, pues, arrastrado por la rudeza del golpe, cayó oprimiéndola al volcarse el coche.

Hé aquí lo que había pasado.

Cuando el carruage entraba en el Puente Nuevo, un carro ocupaba el costado derecho de la vía.

El vehículo estaba parado, y su conductor arreglaba algunos barriles que se habían caído.

Uno de ellos, en el que no reparó el cochero que conducía á Rafael y á Clemencia, quizás á causa de la oscuridad de aquella noche lluviosa, se hallaba en medio del camino.

El caballo tropezó en él, se asustó, se encabritó, y rodó por el suelo, rompiendo las varas, y arrastrando al *coupé* en su brusca caída.

Cuando sacaron del coche á los jóvenes, Rafael fué la primera persona que estuvo al lado de Clemencia, que estaba desmayada.

El jóven americano hizo detener otro carruage que pasaba.

Puso en él á la jóven, ayudado de algunos curiosos, y, en tanto que los demas se ocupaban en arreglar el vehículo volcado, él se acercó al cochero, le entregó dos piezas de veinte francos, y, volviendo al que ocupaba Clemencia, dió la direccion de la casa de esta.

Cuando la jóven volvió en sí, y se encontró con Rafael á su lado, dentro de un carruage, como venian antes de la catástrofe, le pareció despertar de un sueño.

El dolor de la fractura, la hizo, bien pronto, comprender toda la realidad.

—¿Que ha pasado? preguntó. ¿Porqué siento tanto dolor en el brazo?

—Un lijero accidente. El dolor de tu brazo es resultado de un golpe.

—Ah! ya recuerdo. El carruage en que veniamos cayó. Despues no sé lo que ha sucedido. Pero ¿porqué no puedo mover este brazo?

—Porque aún estás bajo la presion del

dolor producido por el golpe. Ya hemos llegado á tu casa. Vendrá ahora el médico y pronto estarás buena.

Efectivamente; el carruaje acababa de detenerse en la calle D'Alger, número 5 bis.

Rafael descendió rápidamente, y ofreció su mano á la jóven, para que se apoyase.

—No, no puedo! gritó ella. Ah! sufro mucho. Mi brazo está roto. No puedo alzar-me, pero siento aquí, arriba del codo, que se mueve como si tuviese articulacion.

Rafael trataba de calmar á la jóven herida, en tanto que, con dificultad, y en medio de sus lamentos, la hacia descender del carruaje.

Dió orden al cochero para que le esperase, y subió con ella.

El departamento en que Clemencia vivia, estaba situado en el segundo piso de una casa que tenia cuatro.

—Llamad á esa puerta,—dijo la jóven, cuando se hallaron en el descanso, é indicándole la que estaba á la derecha.

Rafael lo hizo.

Un minuto despues la puerta se abria, y los jóvenes entraban en un pequeño salon modestamente amueblado.

Una sierviente llevaba una niña de dos años mas ó menos, que al ver á Clemencia, comenzó á llorar por ir con ella.

—No puedo, hija mia, no puedo tomarte en brazos! dijo la infeliz madre llorando, en tanto que se acercaba, para besar á su hija.

La escena que se produjo fué tierna y dolorosa.

Clemencia, con su brazo derecho roto é inmóvil, no podia defenderse de las manecitas de la hija, que, como si comprendiera lo que pasaba, pugnaba por colgarse del cuello de su madre.

En sus movimientos, muchas veces la niña golpeó la parte del brazo fracturada, que inflamada ya, y á causa del tiempo que habia trascurrido, desde que tuvo lugar el accidente, hacia sufrir dolores agudísimos á la joven.

—Tranquilízate, Clemencia! dijo por fin

Rafael. Procura ponerte en cama, en tanto que voy corriendo por un médico.

—¿La señorita ha sufrido alguna caída? preguntó la sirvienta.

—Sí; tu ama está herida en un brazo. Deja la niña en el suelo, ayúdala á desnudarse y que se ponga en cama.

—Ah! que bueno sois, caballero, dijo Clemencia, tendiendo su mano izquierda á Rafael.

Este la tomó, y, aprovechándose del movimiento la dijo:

—Apóyate en mí; yo te conduciré á tu cuarto. Antes que te hayas desnudado estaré de vuelta.

Clemencia se dejó conducir hasta la pieza vecina, elegante dormitorio de una muger de mundo.

Sentóse en un sofá, quejándose lastimosamente por los dolores que la producía su herida.

La sirvienta se acercó á ella, en tanto que Rafael, con la solicitud de un hermano, ar-

reglaba una almohada bajo la hermosa cabeza de aquella muger.

—Así estoy bien, dijo Clemencia. Os esperaré aquí, si os parece.

—Nó, contestó Rafael, el doctor necesitará hacerte un vendaje que requiere la mas completa inmovilidad. Esto seria imposible conseguirlo, sí, despues de vendada, fuese necesario trasladarte de ese sofá á tu cama.

—Es que sufro tanto ahora!

—Peor será si perdemos mas tiempo. Adios. Vuelvo al instante.

Rafael salió precipitadamente, y un cuarto de hora despues regresaba con un facultativo.

Cuando entraron en el dormitorio de Clemencia, la jóven estaba tendida en su lecho.

Rafael jamás la habia visto mas bella.

La fiebre daba á su rostro un ligero tinte rosado, aumentado el brillo húmedo de sus ojos negros, en tanto que su cabellera de ébano, caida sobre la espalda, formaba espléndido marco á su bellísima cabeza.

—Ah! sois vos? gracias á Dios que habeis llegado! Si supierais cuanto he sufrido! exclamó Clemencia al ver á Rafael.

—Ahora vais á mejorar, señorita, dijo el médico acercándose al lecho.

—El doctor es mi amigo; sabe el interes que tengo en que estés buena, y vá á asistirte con cuidado, murmuró cariñosamente Rafael al oido de la jóven.

El facultativo tomó el brazo de Clemencia, colocando una mano sobre la parte inflamada, é imprimiéndole con la otra un ligero movimiento.

Clemencia conocia á aquel médico. Era el amante de Maria, su compañera de Mabelle.

Aunque no tenia confianza con él, bastábale que fuese amigo de Rafael.

Este, por su parte, se creía obligado para con Clemencia, como si ella hubiese sido su hermana.

Quizá quien no conociese al jóven americano, habria dicho, en vez de *hermana*,

AMANTE.

Nosotros, que le conocemos, no podemos decir eso.

Cuando el médico tomó el brazo de la enferma, un grito terrible se escapó de los labios de la niña.

—Ah! no puedo! no puedo! Doc...tor! Es...to es ho...rri...ble dijo! y, apagándose poco á poco la voz en su garganta, volvió á desmayarse.

—Lo temia! dijo el médico. Es una fractura conminuta. El húmero está completamente deshecho en el tercio inferior. Esta niña no podrá resistir los dolores que produce la coaptacion de los huesos.

—Y ¿que haremos?

—Lo primero, procurar que vuelva en sí. Luego la administraremos el cloroformo, y, entónces podré hacer la operacion.

El médico se aproximó á un elegante secretaire, escribió una receta, la dió á la sirvienta, y volvió al lado de Clemencia.

Rafael, en tanto, procuraba distraer á la hija de esta infeliz.

Ocho dias despues Clemencia estaba mejor.

Sentada en un sillón hecho esprofeso, tenia su brazo colocado en un aparato inamovible.

Su hija,—Lucía,—jugaba sobre las rodillas de Rafael, con quien parecia tener ya mucha confianza. Bastaria saber esto, para comprender que le habia visto allí con mucha frecuencia, durante ese tiempo.

—Señor Rafael, díjole Clemencia, os dejais hacer con Lucía cuanto á ella se le ocurre.

—Te he prohibido que me llames *Señor Rafael*. Cuando consentí en decirte mi nombre, fué á condicion de que me llamas *Rafael* simplemente.

—Pero ya sabeis que no puedo hacerlo, agregó tímidamente la enferma.

—¿Porque nó? ¿Te párezco un hombre tan sério, tan grave, que debas tratarme con tanto respeto?

—No; pero.....hay tanta distancia entre vos y yó!

—Distancia?...Pues, si no es mas que

eso, me acercaré mas ;—dijo Rafael sonriendo, y haciendo correr su silla hasta quedar junto á Clemencia.

—Siempre con vuestras bromas, Señor Rafael! No os hablo de la distancia material que nos separa. Os hablo de la distancia moral que me aleja de vos.

—¿ Vuelves á tu tema favorito ?

—Mi historia es. . . . .

—Pues bien, yo deseo saber esa historia. Desde hace ocho dias, me he instalado en tu casa. Vivo aquí; cómo aquí; duermo aquí. Mis amigos me creen tu querido, y paso ante todo el mundo por tu amante oficial. Tu sabes, sin embargo, que no es cierto.

—Sé que sois el mas generoso de los hombres, Señor Rafael!

—En ese caso debes tú serlo conmigo. Yo no te pido sino que me digas porque sientes tanto horror al recordar tu historia?

—Porque sé que el dia que la supierais, me despreciarais.

—Clemencia!

La manera como Rafael pronunció este nombre, hizo estremecer á la jóven.

Habia tal acento de verdad, tal emociion en la voz del viajero americano, que la niña se apresuró á tomarle las manos, con la única que ella tenia útil, diciéndole:

—Perdonadme! soy injusta, pero es por que tengo miedo!

—Miedo! de qué?

—No lo sé....no quiero saberlo! Soy tan feliz ahora.

—Y bien ¿ si eres feliz, porqué.....

—Temo dejar de serlo, el dia en que vos conozcais mi origen.

—Si tu felicidad la produce el verme inocentemente á tu lado,.....

—Y lo dudais?... Sois injusto!

—Tienes razon, pobre niña. Estoy jugando contigo, porque gozo al ver tu turbacion. Yo sé mas de lo que tú piensas respecto á tí.

—Sabeis?...

—Sé que estás enamorada, y que tú misma no te das cuenta de ello; sé que el objeto de

ese amor soy yó, y no debo ocultarte por mas tiempo que conozco tu secreto.

Clemencia se tiñó de rubor, pero se apresuró á decir:

—Estais equivocado, Señor Rafael. Yo os aprecio mucho, pero, yo no estoy enamorada....

La niña no pudo seguir hablando. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y tuvieron que ceder humillados ante el fuego de la mirada de Rafael.

Este tomó la mano de Clemencia y la dijo:

—La compasion es el sentimiento mas peligroso cuando ella la inspira una muger bonita. La gratitud es una amenaza grave, cuando ella se siente hácia un hombre jóven. Tu gratitud y mi compasion, van perdiendo sus caractéres primitivos.

—¿Por qué? dijo Clemencia asustada.

—Porque hoy..... tu tienes miedos inexplicables, que ayer no tenias, y yo.... yo siento emociones que ayer no sentia.

—Y vos creis.....?

—Que ese *tu miedo*, es el . . . miedo de perderme; que éstas, *mis emociones*, son ahora de cariño, y no de compasion.

Los jóvenes se miraron en silencio. La fisonomía de ambos cambiaba visiblemente, al contacto magnético de aquellas dos miradas.

Por fin, Rafael logró sustraerse á aquella situacion peligrosa, y, sacudiendo la cabeza, como el hombre que quiere alejar de ella algun pensamiento tenaz, dijo:

—Basta! Seamos capaces de dominar las pasiones!

—¿ Temeis vos tambien ?

—Sí; temo, y no quiero prolongar esta actitud difícil en que jamás me he encontrado. Necesito . . . . conocerte, Clemencia. Sé tu nombre, y esto no basta. Tienes una hija, quién es su padre? Te he hallado en Mabilly y en Saint Cloud, ¿ como has llegado tan abajo ?

Clemencia resistia.

Amaba á Rafael, sin sospecharlo tal vez, y temia que este la maldijera, como indigna,

el día en que conociese la historia borrascosa que se vinculaba á su vida.

Por su parte, Rafael se sentía dominado por una emoción que no se explicaba, y su curiosidad de ayer, era una necesidad de hoy.

Ya no quería; *necesitaba* ahora saber quien era aquella mujer.

La lucha no podía ser larga.

La convalecencia de Clemencia debía aún durar mucho tiempo, y los dos jóvenes tenían que verse en todas las horas de todos esos días.

Los cuidados del mejor de los hermanos, no habrían reemplazado, al lado de Clemencia, los cuidados que Rafael la prodigaba.

Era natural que la niña cediese, y . . . .  
la niña cedió.

## VIII

—Preguntáis ¿quién es el padre de esa niña? dijo por fin Clemencia.

—Sí, ¿cómo se llama?

—Su nombre. . . . . nó; no me atrevo. Es un asesino!

—Un asesino!

Rafael palideció. Miró fijamente á Clemencia, y un temblor nervioso ajitó su cuerpo.

—Ah! no me juzgueis sin oirme! exclamó la jóven, aterrada ante la mirada terrible de aquel hombre.

—Clemencia, —la dijo, —temo haberme equivocado al juzgarte. Te he creído una de esas infelices, mas desgraciadas que culpables, que han caído en el abismo el día en que se ha roto la rama que las sostenía, al borde del precipicio. Hoy. . . .

—Hoy creéis que soy una infame, ¿verdad? murmuró la niña llorando.

—No lo sé. Los antiguos llevaban sus víctimas sangrientas, al altar de sus dioses. Coronas de pámpano y de acanto ceñían sus frentes, y las víctimas espiraban contentas en medio del regocijo popular. Nosotros tenemos, en el seno de las sociedades modernas, millares de mugeres que cruzan

la vida alegremente, que como esas víctimas antiguas, van, siempre coronadas de flores. . . . . pero van tambien al sacrificio. . . . .

Te he creído una de esas mugeres. . . . .

—Y lo soy, Rafael, lo soy! sollozó Clemencia desesperada.

Era la primera vez que la enamorada joven llamaba así á su amado. El efecto que ese nombre,—*Rafael*—salido espontáneamente de los labios de Clemencia, produjo en él, fué terrible.

El joven americano miró fijamente á la enferma, y en sus ojos apareció ese relámpago misterioso, que revela con tanta elocuencia las emociones del alma.

—Sí, dijo Clemencia. Yo soy una de esas víctimas que estamos siempre sobre el ara del sacrificio; yo soy una de esas mugeres que tienen la sonrisa en el lábio, la corona de flores marchitas en la sien, pero la muerte en el alma.

—Basta! dijo el joven. . . . Acabemos de apurar la copa. El nombre del padre de tu hija. Lo quiero! . . . lo exijo!

Clemencia bajó los ojos, y murmuró con voz apenas perceptible.

—El baron Gustavo de Campumil.

—Campumil?... yo conozco este nombre?... donde lo he oido? No recuerdo.....

—Gustavo fué el asesino de Alicia.....

—Ah! sí, sí, ya lo recuerdo. Una jóven asesinada en el Bosque de Boulogne hace tres años!.. su marido....

—Eso, eso es!

—Tu eras su querida?

—Sí, yo era su querida! murmuró abatida la niña.

—La muger que huia en el carruage, y que no se pudo encontrar.....

—Era yó!

—Tú! tú la causa de ese asesinato.....

—Oh! mentira! mil veces mentira!

—Se dijo entonces que aquella muger, aquella Mlle. Garat, habia inducido al baron....

—Es una calumnia! Yo no supe que

Campumil tuviese sospechas. . . . Yo no sabia siquiera que el baron fuese casado.

—Clemencia! tu mientes!

—Lo juro. . . . por la vida de mi hijal exclamó Clemencia con solemnidad.

Rafael la contempló estasiado.

Quería creer cuanto aquella muger decia, y su espíritu, mas fuerte que la voluntad, rechazaba la creencia.

Desgraciada situacion aquella en que la pobre muger impura obliga á colocarse al hombre mas generoso!

Vedla llorar, y sus lágrimas, dolor derramado en una forma líquida, no os inspiraran compasion alguna!

—Es la hipocresía lo que las produce! di-  
reis.

Vedla reir, y su risa os parecerá un sarcasmo!

Vedla velar á la cabecera de su amante, con la abnegacion que la virtud inspira, y traducireis sus actos como la inspiracion del egoismo especulativo.

Vedla amamantar á su hijo, rodeándose

del pudoroso escenario con que las madres honestas se rodean, y no tendreis para ella sino una mirada de desprecio, y para la criatura una mirada de compasion!

Seres desterrados del mundo de los vivos; cadáveres que andan y se ajitan, movidos por un galvanismo artificial, la sociedad les niega hasta el derecho de ser sensibles.

En ellas, ningun sentimiento puede ser puro. En ellas ninguna pasion tiene disculpa.

Y, sin embargo, si abriéramos las cortinas del tálamo, donde reposa en sueño tranquilo la esposa respetada!.....

Si buscáramos en los glóbulos y en el color de la sangre de sus hijos, el gérmen que les engendró en el seno materno!....

Si siguiéramos los pasos de las mugeres del gran mundo, cuando van al templo, al paseo, á un barrio lejano á llevar el óbolo de su caridad á un moribundo!....

Cuanto desencanto! Cuanta infamia desconocida! Cuanta familia adulterada! Cuantas caricias robadas!

Estas reflexiones invadían el cerebro de

Rafael al contemplar á Clemencia, muda, sollozante, con los ojos fijos en sus ojos, y la fiebre en el cuerpo y en el espíritu.

La profunda melancolía del jóven americano, parecia disiparse bajo la influencia magnética de aquella mirada tímida, pero sencilla y purísima.

La reflexion triunfó.

—Ah! te creo, Clemencia, te creo! la dijo, y, por primera vez en su vida, tomó entre sus manos aquella cabeza hermosísima, é imprimió sobre la frente de la niña un beso eterno.

¡Era el beso con que los padres purifican á sus hijos de las faltas cometidas!

Era el beso de perdon con que en el hogar se redimen las culpas!

Clemencia se estremeció convulsivamente. Alzó su mano temblorosa, y tomando una de las del jóven, la llevó á sus labios con profunda emocion.

Sus ojos derramaron lágrimas abundantes, y su boca apenas balbuceó una palabra:

— Gracias, Rafael, gracias!!

Pasó un momento, durante el cual los jóvenes callaron.

En aquella escena muda, en aquel grupo formado por dos naturalezas llenas de vigor y de juventud, el pensamiento y el alma solo obraban como actores.

La materia y el deseo se habian ocultado con vergüenza.

Rafael acusaba á la belleza de haber perdido á Clemencia. Esta la maldecia, por no haberse sabido conservar pura.

—Antes he dudado, y temia hacerlo, dijo por fin la niña. Ahora, . . . . os ruego me oigais, amigo mio.

—¿Qué quieres decir?

—Por primera vez en mi existencia, hoy necesito derramar en una alma estraña el peso que hay en la mia. Voy á contaros una historia larga. Es la vida de dos generaciones perseguida por un fatalismo cruel.

—Sí, sí, habla Clemencia.

—Será muy largo mi relato, porque empezaré desde muy léjos. Cuando esteis fati-

gado, lo interrumpiremos para seguirle despues. . . . .

Con la candidez de un niño, y la simplicidad de una alma pura, Clemencia comenzó aquella noche á contar al jóven cuanto recordaba de su propia vida, y cuanto la tradicion ó el acaso le habia hecho conocer de su origen.

Muchas veces, el oyente interrumpió á la narradora para que reposara, ó para arrancarla de un cuadro sombrío y llevarla á otro menos lúgubre.

Nosotros debemos ser mas metódicos, porque el lector nos exige que no confundamos su imaginacion atropellando fechas y sucesos.

La cronología es una base ineludible en la historia; y la lógica preside todos los hechos y pensamientos humanos.

Seamos, pues, lógicos, al saber quien es Clemencia.

Su historia son las páginas que siguen.

---

## PARTE SEGUNDA

---

### E L E N A

#### I

Una noche del mes de Enero de 1853, el silencioso barrio de la calle de Visconti, inmediata á la de Bonaparte, estaba profundamente conmovido.

Tratábase de una de esas noticias que producen sensacion en todas partes, y mas que en otras en Paris, y mas que en ninguna, en el B arrio Latino y sus adyacencias.

La calle Visconti, situada en la márgen izquierda del Sena, es una de aquellas cuya existencia no es perfectamente conocida, ni aun por los mismos cocheros, que rinden exámen antes de tomar las riendas.

Esto no es de estra nar. Cuando las edades han amontonado, en un solo punto, dos

millones de habitantes, como sucede en Paris, muchos parajes tienen que ser poco conocidos y ménos frecuentados.

Sumamente corta y estrecha, un carruage apenas podria penetrar en esa calle, sin que fuese menester que rodase sobre las aceras, ó que se estrellase contra alguna de las ventanas salientes de los edificios.

En ella estan hoy situados algunos de los principales editores de Paris.

En el número 186 *bis*, vivia en la época á que nos referimos, Mr. Charles Sure, rico impresor, cuyo principal mérito consistia en descubrir los tesoros intelectuales, de esa multitud de jóvenes que, sin una influencia que les elevase, no se atrevian á desplegar las álas y volar al cielo de la gloria.

Mr. Sure logró poner en voga, entónces, muchos nombres que hoy ocupan un lugar distinguido en la literatura francesa.

Servía, como principal dependiente de la casa de Mr. Sure, y habitaba en ella con su esposa, Enrique Latouret, joven de treinta y

dos años, de figura distinguida, y en quien Mr. Sure depositaba toda su confianza.

Las habitaciones de Latouret estaban situadas en el piso bajo de la casa, ocupando el principal las oficinas y el despacho del propietario.

Aunque, por lo general, somos enemigos de largas descripciones, que el lector, habitualmente suprime en la lectura de una novela, necesitamos, por razones que mas tarde se comprenderán, detenernos á hacer un ligero exámen de las habitaciones donde vivia el matrimonio Latouret.

El dependiente de Mr. Sure, en otro tiempo ocupaba toda el ala izquierda del edificio, formada por cinco cuartos seguidos, que comunicaban entre sí por puertas, colocadas en el centro de las paredes divisorias.

Mas tarde, necesidades del negocio fueron reduciendo el hogar de Mr. Latouret, hasta quedar limitado á solo tres habitaciones en el piso bajo, y una en el entresuelo para su sirviente.

Estas tres habitaciones se componian de

un pequeño salon, cuya puerta daba al zaguán; de un dormitorio, que comunicaba con el salon y con el patio, y de otro aposento, á la vez comedor y cuarto de descanso.

El moviliario de todas estas piezas era de lo mas sencillo.

No nos detendremos á detallar el de la modesta sala, que poco figurará en nuestro relato.

El cuarto que servia de dormitorio al matrimonio Latouret, era sumamente pequeño. En una estension de cuatro metros cuadrados, estaba hacinada tal multitud de muebles, que el paso se hacia difícil en aquella pieza.

Una cama de fierro ocupaba el lienzo de pared que quedaba frente á la sala, cerrando la comunicacion entre el dormitorio y el comedor vecino, delante de cuya puerta estaba colocado ese lecho.

En el otro lado, inmediato á la cabecera, estaba situada una cama, donde dormia una niña pequeña, y junto á ella, otro lecho ocupado por un niño.

Una cómoda, un ropero, varias sillas y una percha, de la que pendían algunas ropas, completaban el ajuar de esta pieza.

Para penetrar al cuarto vecino, era menester hacerlo por la puerta que daba al patio, estando cerrada la comunicacion interior por el lecho matrimonial, colocado delante de la puerta de la pared divisoria.

En el comedor solo habia una mesa en el centro; un sofá forrado en reps, frente á la puerta del patio; un aparador en el costado opuesto á la pared que dividia esa pieza del dormitorio, y algunas sillas ordinarias colocadas aquí y allá.

La noche en que comienza esta narracion, era fria y húmeda. La nieve caía en menudos copos, y la calle Visconti, habitualmente poco frecuentada, estaba completamente desierta.

Serian como las diez y media, cuando la voz estrepitosa de Enrique Latouret, pidiendo socorro, hizo abrir las puertas ya cerradas de las casas inmediatas y obligó á los tran-

seúntes y guardianes del órden público á correr hácia la morada de Mr. Charles Sure.

Cuando los primeros vecinos llegaron, Latouret, horriblemente descompuesto el rostro, y presa de la mayor agitacion, gritaba:

—Al asesino ! al asesino !

—Que hay ? preguntó el primero que llegó.

—No le dejéis huir !—gritaba Latouret;—  
Ha tomado hácia la derecha; vá en direccion al Luxemburgo. Seguidle ! seguidle !

Algunas personas, sin esperar mas detalles, corrieron en la direccion que se les indicaba, y, á medida que avanzaban, iban esparciendo la alarma en todo aquel barrio.

No es menester haber estado en Paris, para comprender la emocion que un hecho semejante produce.

La electricidad trasmitiendo instantaneamente el pensamiento humano á traves de distancias inmensas, no obra mas rápidamente.

Diez minutos despues de oirse la primeras voces dadas por Latouret, mas de cincuen-

ta personas estaban agrupadas á las puertas de la casa de Mr. Charles Sure, custodiadas por la autoridad que ya estaba dentro.

—Han querido asesinar al propietario,—decía uno, contestando al eterno — *¿qué ocurre?*—del último que se unía á uno de esos grupos.

—No,—replicaba otro,— es un dependiente de la casa, que ha querido matar á Mr. Latouret.

—Están Vds. equivocados, dijo por fin un guardian del orden público. Lo que ocurre, es que sin duda han querido robar la caja de la casa, y para conseguirlo el ladron ha cometido un asesinato.

—Un asesinato! repitieron cien voces, y, despues de esta exclamacion, se oyeron un millar de preguntas.

—Quién ha sido muerto?

—Dónde es la herida?

—Cómo le han matado?

—Es con cuchillo, porque no he oido ninguna detonacion, y vivo al lado.

—Quién es el asesino ?

—Han tomado al matador ?

—El ladron está preso ?

Cada una de estas preguntas recibia una ó muchas respuestas, mas ó menos ciertas, mas ó ménos estúpidas, y aquella multitud de curiosos se contentaban con oirlas y comentarlas.

La nieve, cuyos blancos copos cain sobre ella, aumentando la intensidad del frio; no fué bastante poderosa para disipar aquel grupo que, por momentos, se estrechaba, como si quisiese, con la opresion de un cuerpo humano contra otro, satisfacer la doble necesidad de calor y de noticias.

Por fin la puerta del número 186 *bis* se abrió, y la ávida muchedumbre calló un momento, como sucede en los teatros cuando la cortina se alza, para esperar nuevas emociones.

Dos agentes de la autoridad salieron, y, tras de ellos, volvió á cerrarse la puerta.

Algunos preguntaron lo que ocurría, y uno contestó secamente:

—Madama Elena Latouret ha sido asesinada!!

Y abriéndose paso por entre la multitud, tomaron en distintas direcciones, uno hácia la calle Bonaparte, para luego doblar en direccion al Sena; el otro, camino del Luxemburgo.

El agente de policía habia dicho la verdad

Madama Elena Latouret acababa de ser asesinada.

La noticia era de gran sensacion, y la multitud, que la esperaba, la recibió con todo el ávido entusiasmo que tienen los buscadores de emociones.

Oigamos algunos de los diálogos que se producen en los grupos que se han formado en la calle, y sabremos algo que nos interesa.

—Pobrecita! decia una muger como de cuarenta años, en cuya fisonomía se reconocia un verdadero sufrimiento.

—La habeis conocido? preguntó un jóven.

—Si la he conocido! Yo soy su lavan-

dera, y siempre que vengo por la ropa me trata muy amablemente.

—Ya no os hablará mas!

—Ah! es verdad! era tan buena; todos la querian tanto, que no puedo comprender quien la ha podido hacer mal.

—¿Qué edad tenia?

—No lo sé á punto fijo, pero, por su aspecto, no podria tener mas de veintidos años.

—¿Tan jóven?

—Hace cuatro años que se habia casado. Pobre Mr. Latouret! Él que la adoraba cada dia mas! Y Matilde! pobrecita Matilde!—y la buena muger se echó á llorar como quien siente una profunda pena.

—¿Quién es Matilde? preguntó uno de los que la rodeaban.

—Su hija; tiene tambien un niño. Pero Matilde es un ángel, una verdadera belleza. Tiene solo dos años, y es inteligente, buena, é igual á su madre.

Aquella muger tenia razon respecto á la niña.

En cuanto á Elena, era la hija única de

un encuadernador, Mr. Jouvert. Su padre no era rico, pero gozaba de una reputacion intachable.

Honrado y trabajador, habia logrado dar á su hija una educacion muy superior á su posicion social.

Elena, dotada de una belleza extraordinaria, y adornada de todos los atractivos que hacen interesante á una muger, tenia la doble vanidad de su talento y de su hermosura.

Orgullosa por carácter, las puerilidades de las gentes entre quienes habia vivido, sirvieron para aumentar su orgullo, fomentando su pasion, la repeticion constante de los que la decian que era bella.

Elena pensaba que ningun hombre era capaz de resistir el atractivo de su mirada, ó la seduccion de su sonrisa.

Quizá no se equivocaba.

Mujer mas preparada para sentir y provocar las pasiones materiales, que el amor del espíritu, el tipo de la belleza física era el ideal de Elena. Para ella, un hombre que hubiera tenido las formas del Moyses de Mi-

guel Angel ó del Apolo de Belvedere, habria sido el primero, el mas digno, el mas amado de los séres creados.

Su marido no llenaba por completo las condiciones de ese ideal de Elena.

Enrique Latouret no era un hombre feo. Su figura era elegante; sus modales distinguidos; sus facciones regulares.

Sin embargo. no habia en él nada extraordinario, que pudiese herir la imaginacion de Elena.

Le faltaba ese sello que distingue á la belleza típica.

Su mérito especial consistia en su gran talento para el comercio, y en su honradez acrisolada.

Estas condiciones morales, Elena no era capaz de apreciarlas ni valorarlas.

## II

Enrique, con motivo de los negocios propios de la casa de Mr. Charles Sure, habia tenido necesidad de ir frecuentemente á casa del padre de Elena.

Allí habia visto por primera vez á la jóven, y admiró entusiasmado su hermosura.

Jouvert era uno de los encuadernadores preferidos por Mr. Sure, y, Latouret, por su parte, protegía cuanto podia á aquel honrado trabajador. . . . . Era el padre de aquella muger tan hermosa!

Un dia, despues de muy repetidas visitas á casa de Jouvert, Enrique llamó aparte á este y le dijo:

—Maestro Jouvert, necesito hablaros de asuntos sérios.

—Como? Hay algo grave en casa de Mr. Sure? preguntó el encuadernador sorprendido.

—No; no se trata de asuntos mercantiles, y no hablo en nombre de mi principal. Esta vez obro por cuenta propia.

—Ah! dejais la casa. . . . .

—No hay nada de eso. Pero necesito hablar con vos á solas un momento.

—Cuando gustéis, señor Latouret. Subid: iremos á mis habitaciones.

Los dos hombres subieron silenciosos.

Uno pensaba en la forma que debía emplear para manifestar lo que tenía que decir. El otro, trataba de adivinar lo que iban á decirle en aquella conferencia, iniciada con tanto misterio.

En el extremo de una escalera estrecha, habia una pequeña puerta, á cuyo costado colgaba el cordon de una campanilla. Jouvvert llamó. Un minuto despues, la puerta se abria y la figura de Elena, iluminada por la luz que entraba por la ventana abierta á su espalda, apareció radiosa como una divinidad pagana.

Enrique Latouret tembló al mirarla. Su rostro, encendido por la fatiga que le habia producido la ascencion, se puso pálido.

Ah! cuanto contrastaba su palidez con la de la hija del encuadernador.

Elena Jouvvert era una muger esbelta, de formas admirablemente proporcionadas.

Su color moreno, estaba velado de continuo por esa palidez mate del marfil antiguo.

La alta frente, limitada por las ondas de su cabellera de ébano, revelaba orgullosa al

genio que se encerraba dentro de aquel cerebro bullicioso.

Como las aguas del Océano cambian de color, á medida que aumenta ó disminuye la profundidad del abismo que ocultan,—los verdes ojos de Elena cambiaban el tinte de su pupila, segun fuese la intensidad de la pasión que los animaba.

Sin embargo, el rasgo típico de su fisonomía era su boca, aquella hermosa boca siempre contraída por ese gesto de desden, casi de despecho, que revela el desconsuelo de una alma eternamente sola.

Cuando el dependiente de Mr. Sure se encontró frente á la hija del encuadernador, apenas se atrevió á inclinarse profundamente, sin proferir una palabra.

La mirada de sus ojos habria bastado para revelar sus emociones.

Elena debió comprenderlo. Aquella mujer poseia, unidas á toda la perspicacia de su sexo, todas las delicadezas de la ambicion mal disfrazada.

Sin sorpresa, al encontrarse enfrente de

Latouret, cuando abrió la puerta, se sonrió dulcemente, dejando ver una blanquísima dentadura, y dijo con humildad:

—Ah! sois vos, señor Latouret? Sed bien venido! y, haciéndose á un lado de la puerta, franqueó el paso á Enrique, á quien Jouvett indicaba con la mano que pasase el primero.

Latouret intentó una respuesta, pero la voz no se produjo en su garganta, contentándose apenas con saludar á la bella encuadernadora envolviéndola en el fuego de su mirada.

La sala en que acababan de entrar era pequeña. El mas esmerado aseo y el orden mas prolijo en todos los muebles y cuadros, acusaban en aquella honrada gente un gusto exquisito, y un completo *savoir vivre*.

Latouret ocupó el sofá, á indicacion del dueño de casa, que se sentó en un sillón inmediato, en tanto que Elena, de pié y coquetamente apoyada en la consola del centro, preguntaba:

—¿Incomodo, padre mio?

—Lo ignoro, *mignone*; el señor Latouret

me ha pedido una conferencia á solas, y no sé si el secreto debe tambien ocultársete.

—Perdonad, señorita; necesito hablar pocas palabras con vuestro padre, y muy luego sabreis de lo que hemos tratado.

Elena se ruborizó, y, sin contestar, se dirigió á las habitaciones interiores.

¿Presentia la hermosa niña que, de aquella conversacion, dependia su porvenir?

Asi debió ser. Un observador, ménos preocupado que su padre y Latouret, hubiera podido oír el roce de su vestido de seda tras de la puerta por donde habia salido.

Ella espiaba y oía desde allí.

—Maestro Jouvert,—dijo Enrique cuando estuvieron solos,—hace muchos años que me tratais, y no tengo, por tanto, necesidad de deciros quien soy. Conoceis mi posicion, mis medios de subsistencia, mi familia y cuanto á mi persona se refiere.

—Todo ello es verdad; pero no comprendo.....

—A eso voy. La frecuencia de mis visitas á vuestra casa, aún que aparentemente

justificadas por los asuntos mercantiles que á ella me traian, ha tenido un objeto que creo debeis haber sospechado.

—Yo....

—Maestro Jouvert: yo amo á Elena y os la pido por esposa.

Jouvert dió un salto en el sillón.

Miró fijamente á Latouret, que resistió sin emocion la investigacion de aquella mirada, y, luego, sin contestar á Enrique, se levantó, fué hasta la puerta por donde su hija habia partido, la abrió y llamó en voz alta

—Elena!

—Que haceis, maestro Jouvert? preguntó el jóven sorprendido.

—Lo vais á ver... Yo no he aprendido á engañar á la gente.

La niña entró en el salón.

—Me llamis, padre mio? dijo algo turbada, temiendo sin duda haber sido descubierta en su escondite.

Jouvert tomó la mano de su hija, hízola sentar en el sofá entre él y Enrique, y, con

una voz que disimulaba mal la turbación de aquel hombre honrado, le dijo:

—Elena: el Sr. Latouret, es una persona muy recomendable, joven bien parecido, y hombre de grandes esperanzas.

—Señor..... interrumpió Latouret.

—.... Pues bien, él acaba de hacerme un pedido que nos honra á entrambos. Creé amarte y me pide tu mano.....

—Yo no merezco, señor,.... balbuceó Elena, bajando tímidamente los ojos, en tanto que sus mejillas se teñían de rubor.

—Ah! vos mereceis.....

—Dejadme continuar, os ruego, dijo Jouvvert. Antes de dar una respuesta á este caballero he necesitado consultarte, Elena. Quiero que tu voluntad sea la que obre, pues que de tu porvenir se trata. Dime francamente ¿hay en tu corazón algún afecto, desconocido para mí, que te haga rechazar la alianza que se nos propone?

—Ninguno, señor; ninguno, os lo juro, dijo tímidamente la joven.

—En ese caso, señor Enrique Latouret,

mi hija será vuestra esposa. Esto se arregla así.

La escena que siguió á estas palabras no es menester describirla.

Es el cuadro mas ó ménos vivo que generalmente sigue, á resoluciones de esta especie.

Las lágrimas se mezclaron á las alegrías; las promesas á las esperanzas, y, como complemento de aquella escena, inesperada para los Jouvert padre é hija, un mes despues se celebraba, en la iglesia de San Sulpicio, el matrimonio de la señorita Elena Jouvert con el señor Enrique Latouret, despues de haber llenado las formalidades civiles del contrato ante la *Mairie*.

Fué uno de los padrinos de la boda Mr. Charles Sure, quien, con sus regalos, probó una vez mas á su dependiente, el alto aprecio que de él hacia.

Elena no se habia casado enamorada.

Un pensamiento indefinido la hizo no oponer resistencia al mandato de su padre.

Ella tomó el matrimonio, como lo toman la mayor parte de las mugeres.

Unas se casan por curiosidad; otras por salir del poder de sus genitores; otras por tener el derecho de emanciparse de los deberes que impone el pudor virginal; y la generalidad, por adquirir mayor libertad.

En el carácter de Elena, el matrimonio no podia producir la felicidad.

Los primeros meses, cuando aun la duraba esa especie de vértigo halagüeño que experimenta la vírgen al transformarse en esposa; cuando todavia se sorprendia, cada mañana, al mirarse al espejo y notar en su rostro ó en su cuerpo, un nuevo signo que revelaba el desarrollo rápido de su naturaleza física; cuando, en fin, el estudio de su marido,—esa ciencia á que se entregan todas las mugeres recién casadas,—absorvia todas sus facultades intelectuales, Elena dejaba correr las horas de su vida, sin detenerse á averiguar si era ó nó feliz en su nuevo estado.

Diez meses despues de ser esposa, ya era

madre de un hermoso niño, de manera que, apenas pasadas las primeras impresiones que el matrimonio la produjera, la idea de la maternidad llenó completamente su existencia.

La muger al ser madre, ama, al ménos en ese momento, al padre de su hijo, aunque este sea el fruto del crimen ó del engaño.

Elena fué feliz. Su vida entera la consagró á aquel ser querido.

Su esposo la rodeaba de cuidados y de caricias. Aquel hogar recién constituido, parecia el templo de la felicidad lejítima, levantado sobre la noble base de la familia honrada y laboriosa.

Cuando Eujenio,—el hijo de Enrique y de Elena,—solo tenia un año, ésta conoció que iba á volver á ser madre.

Una niña,—Matilde,—vino á aumentar las dichas del amoroso padre.

—Yá soy completamente feliz, decia Latouret á su esposa. Dios nos ha dado dos hijos. Tendremos quien vele por nuestra vejez.

Elena sin embargo, no era dichosa entonces.

Una nube de tristeza comenzó á envolver aquel rostro bellissimo; una melancolía inesplicable empezó á apoderarse de ella.

Enrique lo notó.

Trató de averiguar las causas de este repentino cambio, y no pudo alcanzarlo.

El esposo conocia mal á su muger. La creía una niña cándida, y solo era una muger insaciable.

La ilusion se habia desvanecido. El encanto de lo desconocido se habia evaporado. Vivía en la pacífica realidad del hogar, y su monotonía igualdad la fatigaba.

—En el matrimonio hay un *deber*, decia Elena. Yo no he nacido para estar sujeta á él.

Muchas veces Elena hablaba con sus amigas del matrimonio, en términos tan avanzados, que aquellas quedaban sorprendidas.

Un dia, una compañera de colegio fué á anunciarle su próximo casamiento. Madame Latouret tenia en sus faldas su hija pe-

queña, y, mirándola, dijo á su condiscípula:

—Si Matilde escucha mis consejos, jamás se casará.

—Como? Reniegas del matrimonio?

—No; no es eso; no hablo por mí. Soy moralista, y creo que el matrimonio es la tumba del amor.

—No te entiendo.

—Pues es fácil explicarme. El matrimonio es la union de dos seres, por medio de un lazo indisoluble. Esa union, una vez constituida, produce *deberes* recíprocos entre los dos esposos, y, como todos los *deberes*, los del matrimonio se convierten en cargas, que al fin se hacen odiosas.

—Sí; es verdad que en el matrimonio hay deberes, pero son dulces de cumplirse, porque se trata de personas amadas.

—Ese es tu error. Confundes esa ilusion poética de la vírgen, con la realidad prosáica de la esposa. El amor todo lo idealiza; el matrimonio todo lo materializa.

—Pero si las personas son las mismas ¿porque ha de existir esa diferencia?

—Por las condiciones en que el matrimonio las coloca. Mientras tú eres soltera, una flor, una palabra suave, una caricia del amado pretendiente, te llena de placer y te halaga, por que al recibirla ó al escucharla te dices: — « lo hace porque *me ama.* » Pero, te casas y todo cambia. Esa misma palabra, esa flor ó esa caricia, cuando es el esposo quien te la dice, la dá ó la prodiga, te arranca esta otra exclamacion, muy diferente: — « lo hace porque es *su deber.* »

—De manera que *el deber.* . . . .

—Reemplaza *al amor.* En el matrimonio no hay virtud, no hay heroismo, no hay sacrificio. Cuanto tu haces, es *tu obligacion* hacerlo, viniendo así el sentimiento purísimo del amor, á ocultarse tras la ruda corteza del deber cumplido. Tu llenas de caricias á tu esposo; tu huyes la tentacion á que te arrastra el lábio de un seductor audaz; tu sacrificas hasta tus propios pensamientos, ahogando en el cerebro los sueños culpables, y, si el esposo lo sabe, todo su aprecio, se encierra en esta frase egoista:—

«¿Crees acaso merecer elogios porque has cumplido con tu *deber*?» . . . . .

Estos sentimientos estaban profundamente arraigados en Elena. Indómita por naturaleza, la idea de tener que cumplir un deber cualquiera, sublevaba su espíritu.

Quería que todo fuera la obra de su voluntad ó de su capricho.

Quería que si su esposo llegaba hasta ella, no fuera en nombre *del derecho del marido*, sino á mérito de la concesion voluntaria que la muger amada hacía al amante anhelado.

Y, no pudiendo hacer esto; no pudiendo emanciparse de los deberes que su condicion imponía, madama Latouret no era feliz, y la melancolía invadía su espíritu.

Poco duró, sin embargo, esa tristeza.

Estos caracteres veleidosos, son inconstantes hasta con el sufrimiento mismo!

## III

Tal era la muger que acababa de ser asesinada, según lo había dicho un agente de policía, á los curiosos parisienses reunidos á la puerta de la calle Visconti número 186 *bis*.

Algunos momentos después de haberse ausentado los dos guardianes que hemos visto salir, en medio de la sorpresa de la multitud, un carruaje se detenía en la esquina de la calle Bonaparte.

Dos hombres bajaron de él, y se dirigieron á la casa donde el crimen se había cometido.

—Es Mr. Chaval, el juez de instrucción criminal, dijo uno, al ver acercarse al mas anciano de aquellos nuevos personajes.

—Le acompaña Mr. L'Archiduc, agregó otro. Es un lince al servicio de la Policía. Tendremos el asunto arreglado, desde que él interviene.

Aquellos dos hombres eran el uno el tipo opuesto del otro.

El que habia sido designado con el nombre de Mr. Chaval, era efectivamente un juez de instruccion criminal.

Su andar lento y mesurado, descubrian en él al hombre reposado.

Tenia cuarenta y cinco años, mas ó menos, y su fisonomía franca y abierta, parecia naturalmente inclinada á la bondad.

Una cuidada barba redonda, de color gris; dos grandes ojos, cuya mirada era dulce y suave, sombreados por espesas cejas del color de la barba; una nariz aguileña y una boca de labios gruesos, completaban el rostro de aquel funcionario.

Vestia traje negro, y llevaba un baston de ballena, con puño de oro, en la mano derecha.

El compañero de Mr. Chaval, que acababa de ser calificado como el *lince* de la policia francesa, era un hombre jóven. Su edad, sin embargo, era difícil de precisarse. Lo mismo podrian suponérsele treinta y cinco años, que veintidos.

Su figura,—cambiado el traje rojo, por un

paletó oscuro, pantalon claro, y sombrero redondo de copa alta,—podria tomarse por la del Mefistófeles creado por Goëthe.

Su cara era verdaderamente diabólica. El esceso de su espresion, por la movilidad de todas las facciones, hacia imposible descubrir la emocion que dominaba á su dueño.

Para que nada faltara en la perfecta semejanza, entre este Mefistófeles de la policia francesa, y el demonio tentador de Fausto y Margarita, Mr. L'Archiduc era ligeramemente cojo de la pierna derecha, defecto que se le notaba solo porque arrastraba un poco el pié á caminar.

En tanto que se dirijian desde la esquina de la calle Bonaparte, hasta el número 186 bis de la de Visconti, pues ya hemos dicho que lo estrecho de esta última hacia imposible que el carruage penetrase en ella, nuestros dos personajes sostuvieron este diálogo:

—¿Qué móvil se atribuye al crimen? preguntó el juez.

—Lo ignoro hasta este momento, pues nada se ha hecho esperando que vos llegarais.

—¿ Han preso al matador ?

—No han llegado todavía los agentes que fueron en su persecucion. Sin embargo, no podrá escapar.

—¿ Se ha llamado ya al médico ?

—Conjuntamente con lo que se envió á nuestra casa y á la del procurador, se mandó por el doctor. Deberá llegar de un momento al otro.

Efectivamente: en ese momento venia, del lado opuesto, una persona en quien L'Archiduc conoció al doctor Baumont, médico lejista adjunto á los Tribunales.

El juez de instruccion esperó al doctor, y los tres funcionarios llamaron á la puerta del número 186 *bis*.

Esta se abrió; penetraron todos ellos, y la puerta volvió á cerrarse.

Penetremos tambien nosotros en el teatro del crimen, en tanto que la muchedumbre curiosa, algo disminuida yá, se dispersa completamente, obligada por la nieve que cae en copos, cada vez mas espesos.

Elena Latouret habia sido asesinada en su propia habitacion.

Cuando el juez de instruccion entró en el dormitorio, todo estaba conforme lo habia encontrado el comisario de policia, primer representante de la autoridad que penetró en la casa.

El cadáver de Elena estaba tendido sobre el pavimento. Tenia el traje algo desarreglado. La bata de seda negra, desprendida, haria creer que estaba desnudándose en el momento en que su matador la sorprendió.

Sus ropas estaban teñidas en la sangre que brotaba de una herida, abierta á la derecha del cuello y que, al derramarse empapaba la alfombra del dormitorio.

Sobre la blanca colcha de algodón, que cubria el lecho, se veia, en el centro, y en el borde que daba hácia la puerta que comunicaba con el comedor vecino, una gran mancha de sangre, coagulada y espesa en su mayor parte.

El cuerpo exánime de la señora de Latouret, tenia una posicion violenta.

La cabeza, ligeramente inclinada hacia la izquierda, estaba debajo de la parte posterior de la cama, apoyándose el occipucio sobre la alfombra.

Las piernas recojidas, dobladas las rodillas, una mano sobre el pecho, como si quisiese cerrar la bata abierta que dejaba entrever el nacimiento de un seno mórbido y blanco. La mano izquierda, crispada y como si, en las convulsiones de la muerte horrible, hubiese querido arrancar el tapiz que cubría el piso.

La espresion del rostro, era la que dejan impreso el espanto mezclado á la sorpresa. Los ojos desmesuradamente abiertos, conservaban, á pesar de estar apagado el brillo de la pupila, toda la rudeza de la mirada postrera que les animó en la vida. La boca, nerviosamente contraída, plegada hacia un lado, mostraba por entre los labios pálidos, los dientes convulsivamente apretados.

El aspecto del cuarto donde se hallaba el cadáver, teatro de aquella escena, era lúgubre. La lámpara, puesta sobre la cómoda,

era la única luz que iluminaba el cuarto.

Arrodillado junto al cuerpo de Elena, estaba Mr. Latouret, que lloraba desesperado, teniendo en sus brazos á la pequeña Matilde.

Eugenio, su hijo mayor, miraba asustado al comisario de policia que, sentado junto al lecho, de cuando en cuando le dirigia algunas palabras de cariño.

Cuando el juez de instruccion, el médico y el agente de policia penetraron, el comisario y Latoaret se pusieron de pié, tratando este último de sofocar sus sollozos.

—Conozco y comprendo vuestra desgracia, caballero,—le dijo el juez al saludarle.— Es menester, sin embargo, ser fuerte y tener energía para sufrir estos golpes, tanto mas terribles, cuanto mas inesperados.

—Señor juez, es tan grande mi infortunio... balbuceó Latouret.

—Muy grande, es verdad, pero vos necesitais tener toda vuestra sangre fria, y el completo dominio de vuestra razon, para cumplir con vuestro deber.

—Mi deber ? qué deber ? preguntó Latouret sorprendido.

—El de ayudar á la justicia á descubrir y castigar al matador de vuestra esposa.

—Ah! sí, teneis razon, señor juez. Estoy á vuestras órdenes. . . . Lo veis. . . . ya estoy tranquilo. Podeis interrogarme. . . . Yo sé todo.

La actitud que Enrique Latouret tomó des de este momento, fué completamente distinta de la que hasta entonces habia mantenido.

Sus ojos, brillantes por la fiebre y por el llanto, adquirieron una espresion severa, mas semejante á la que produce la ira, que á la que causa el dolor.

—Sí, yo debo buscar empeñosamente la venganza, dijo.

—No, la justicia! rectificó el juez.

—Una y otra producen el castigo. Me es lo mismo que una ú otra me vengue.

Habia algo de feroz en la manera con que Latouret dijo estas palabras.

L'Archiduc debió notarlo, porque en su

rostro se reflejó el choque que aquellas frases produjeron en su espíritu.

—¿Qué habeis averiguado, señor comisario? preguntó el juez de instruccion á este funcionario.

—La única persona que habia en la casa en momentos en que el crimen se ha cometido, es Mr. Latouret. Él suponía que su esposa estaba sola aquí, en tanto que él trabajaba en el despacho de Mr. Sure, situado en el piso principal. Dice que, habiéndole parecido oír ruido en estas habitaciones, se asomó á aquella ventana que dá al patio, desde donde percibió, dibujarse detras de las cortinas la silueta de un hombre. Corrió entonces hácia la escalera, y, en momentos en que llegaba al zaguan, una persona cruzó delante de él, corriendo en direccion á la calle.

—Y esa persona? . . . .

—Mr. Latouret pretende que es Mr. Emilio Comin, otro dependiente de Mr. Charles Sure, y que á las nueve de esta noche se habia retirado del despacho.

—Casi podria afirmar que era él, dijo La-

touret, pero despues que tuve conocimiento de lo que ocurría, no me he atrevido á acusarle. Comin es un escelente compañero, y siempre ha mostrado mucho afecto por Elena y los niños.

—¿Que habeis hecho al encontraros con ese hombre?

—No pude perseguirle, porque oía en esta habitacion un ruido extraño, estertóreo, como el que hace una persona que se ahoga. A ese ruido siguió un golpe, como el de un cuerpo que cae sobre el pavimento. Creí que fuese Elena, á quien se hubiese hecho mal, y corrí hácia esta pieza. Era efectivamente ella. . . . Elena estaba en el suelo. Quise levantarla, y ví que su sangre corria abundante de una herida pequeña que tenia en el cuello. Llamé en mi auxilio, en tanto que la sostenia. Nadie ocurrió. Los niños, que dormian en sus cunas, se despertaron sobresaltados y comenzaron á llorar. Matilde, la mas pequeña, se incorporó en la cama y, tomándose de la barandilla, quiso lanzarse fuera del lecho. Entónces yo dejé

el cuerpo ya exánime de Elena, y fui á tomar la niña. Con ella en brazos, corrí á la calle dando voces. Llegaron algunos vecinos. Díles la direccion que habia tomado el asesino, y regresé al lado de mi muger, cuando entró el señor comisario y los agentes de policía.

—Inmediatamente de llegar, yo os mandé llamar, agregó el comisario.

—Está bien. Yo instalo el juzgado en esta misma habitacion. Haced que llamen á mi secretario, y, en su defecto, que entren dos vecinos que escriban correctamente. Colocad esa mesa que está en el salon, en el centro de esta pieza.

El comisario salió á cumplir las órdenes que acababan de dársele.

En tanto Mr. Chaval se aproximó á Mr. L'Archiduc, y le dijo al oido:

—Y bien ? que piensa el *lince*?

- No lo entiendo hasta ahora.

—¿Qué móvil puede haber producido el crimen?

—Si lo supiéramos; podríamos determinar quien es su autor.

Latouret habia tomado á sus dos hijos en brazos, y, acercándose al juez de instruccion le dijo :

—Señor juez, en tanto que vos procedeis aquí á las primeras averiguaciones, voy á conducir mis hijos á casa de su abuelo. El pobre Mr. Jouvert, ignora hasta ahora lo que pasa, pero yo no tengo aquí quien pueda cuidar de los niños.

—Id, id á cumplir con vuestro deber, Mr. Latouret. Yo, en tanto, cumpliré el mio.

—Abrigad esos niños, dijo L'Archiduc. La noche está muy fria.

—Iba á hacerlo, señor, respondió humildemente el marido de Elena.

Latouret se dirigió á la percha de la que colgaban algunas ropas, tomó de ella un pañolon de lana, envolvió con él á la niña, y, luego, comenzó á jirar por la pieza, como si buscase algo con la vista.

—Qué buscáis? preguntó el juez.

—Mi paletó, contestó Latouret.

—Aquí está, dijo L'Archiduc yendo á levantar de sobre una silla un sobretodo gris.

—Ese paletó no es el mio, dijo tranquilamente Latouret.

—¿No es el vuestro?

—No señor.

—¿Será quizá de alguno de vosotros? agregó el juez dirigiéndose á las demas personas que ocupaban la pieza.

—No es mio, dijeron á la vez el médico y el agente de policia.

—Es del matador! Lo ha dejado olvidado! gritó Latouret con salvage alegria.

L'Archiduc se estremeció al oir la voz de Enrique Latouret. La ferocidad que, un momento ántes, le habia parecido encontrar en aquel hombre, al hablar de la necesidad de vengarse, volvió á encontrarla ahora, al creer hallar una pieza de conviccion contra el matador.

—Ved que hay en los bolsillos de ese paletó, dijo á Mr. L'Archiduc el juez de instruccion.

Aquel tomó la pieza de ropa que se le en-

tregaba, y, al levantarla, cayeron de sus bolsillos varios objetos.

—¿Que es eso? preguntó Mr. Chaval.

—Papeles, un retrato de hombre y una vaina de cuchillo.

—¿Una vaina de cuchillo? Veamos.

El médico, que durante todo el tiempo invertido en el interrogatorio por el juez de instrucción, había estado examinando el cadáver de Elena y las manchas del lecho, se acercó en ese momento al grupo diciendo:

—Esa vaina será sin duda de este puñal. Estaba sobre la cama, entre las almohadas.

—Un puñal! dijeron á la vez el juez y Latouret.

L'Archiduc tomó el cuchillo que el médico le presentaba, y, probándolo en la vaina que acaba de levantar del suelo, se vió que, indudablemente, ella había servido de forro á aquella arma.

—Es exacto! No hay duda alguna al respecto, dijo el juez examinando la facilidad con que el cuchillo entraba y salía de la vaina.

L'Archiduc hacía, en tanto, el exámen de los papeles que habian caído del bolsillo.

—Conoceis esta persona? preguntó este á Latouret, mostrándole el retrato, encerrado en un marco de terciopelo.

—Mi sospecha! mi sospecha! Ese es Mr. Emilio Comin, el otro dependiente de la casa, y á quien me pareció reconocer en la persona que corria hácia la calle en los momentos que yo bajé!!

La fisonomía de Latouret tenia una espresion siniestra al decir esto.

—Estas cartas son dirigidas á él, dijo L'Archiduc, dando al juez de instruccion los papeles que acababa de examinar.

El funcionario judicial tomó los papeles, el retrato y el cuchillo que le entregaba L'Archiduc, y, poniendo todo sobre la mesa, se sentó diciendo:

—Ya tenemos los elementos necesarios para proceder á la captura de Emilio Comin. Voy á estender la órden, y vos, Mr. L'Archiduc, os encargareis de cumplirla.

—Es menester impedir que salga de Francia, agregó Latouret.

—Dirigiré telégramas á todos los puntos de la frontera, dijo el juez, poniéndose á escribir.

—En tanto que el secretario del señor juez llega,—dijo L'Archiduc á Latouret,—podriais ir á llevar los niños á casa de Mr. Jouvert, y regresar, para prestar de nuevo la declaracion.

—Sí; me parece bien: agregó Mr. Chaval.

Latouret descolgó de la percha otro abrigo, cojió á Matilde en brazos, y tomó de la mano á Eujenio.

Cuando iba á salir, Mr. Chaval le dijo:

—Podeis ocupar mi carruage que está en la esquina de la calle Bonaparte. Id y volved pronto.

Latouret se marchó, y, tras de él, L'Archiduc cerró la puerta del salon que comunicaba con el patio.

## IV

—Ahora que estamos solos, quiero pedirlos permiso, Mr. Chaval, para contraerme á descubrir el misterio de ciertos detalles que no he podido esplicarme todavia, dijo el agente de policia al juez de instruccion.

—Misterios?... Ciertos detalles?... Cuales?

—No he oido todavia al doctor su opinion sobre la herida que ha producido la muerte de la señora Elena; pero, he notado que ella está colocada en el costado lateral derecho del cuello, y, á juzgar por sus pequeñas dimensiones exteriores, ella es penetrante.

—Efectivamente, es asi, dijo el médico; pero no puedo decirlos todavia cuales son los órganos comprometidos. No he querido hacer el exámen, sin tener el mandato para proceder y prestar el juramento legal.

—Luego no sabeis.....

—Nada, sino lo que puede verse exteriormente. Me he limitado á asegurarme si esta

señora estaba verdaderamente muerta, ó si solo era una muerte aparente, producida por un síncope. Sé que ha muerto por la hemorragia producida por la seccion completa de la carótida.

—Tendriais inconveniente, Mr. Chaval, en que, cuando el doctor Boumont haga su exámen pericial, yo conozca el resultado de sus investigaciones?

—Inconviniente?... porqué?... La justicia necesita encontrar la verdad por todos los medios á su alcance. Vos sois un escelente agente de policía, y ésta debe ayudar al juez.

—En ese caso... ¿cuando procederéis doctor....?

—Inmediatamente que el señor juez, me dé el mandato....

—Ahora mismo. Os hareis acompañar de aquel de nuestros colegas que os.....

—¿Aceptariais á Mr. Carhué? preguntó L'Archiduc.

—Con el mayor placer.

El juez se sentó á escribir el mandato para los médicos, en tanto que el doctor Bou-

mont pedia permiso para retirarse en busca de su compañero, y de los instrumentos necesarios para hacer la diseccion del cuello.

—Donde procedereis á vuestro exámen? preguntó L'Archiduc.

—Nuestras primeras investigaciones las haremos aquí, y las demas en el anfiteatro.

—Está bien.

—Podeis retiraros, Doctor, dijo el Juez. Cuando Mr. L'Archiduc lo solicite, dadle las noticias que os pida.

—Así lo haré; llevo ya mis apuntes sobre lo que he visto. Sin embargo, os ruego no hagais levantar el cadáver, ni tocar los objetos de esta pieza, hasta que volvamos con mi colega.

—Así lo haré.

El médico salió.

Quedaron solos en la habitacion Mr. Chaval y Mr. L'Archiduc, el Juez de instruccion criminal, y el agente de policia.

Este último se disponia á salir, cuando el primero se lo impidió diciendo:

—Sabeis, Mr. L'Archiduc, cual es mi celo

en el desempeño de mis deberes. Tenemos ya algunos elementos de convicción, que hacen presumir fuertemente que Mr. Emilio Comin es el matador. Es menester reunir otras pruebas que conviertan esa presunción en una evidencia tan irrefutable, que, una vez preso Mr. Comin, tenga que renunciar á toda negativa ante la verdad de nuestros datos.

L'Archiduc miró al Juez de una manera estraña. Aquella cara diabólica cambió la espresion de sus facciones con una rapidez asombrosa, manifestando alternativamente la burla, la compasión, la sorpresa, el desprecio y, por fin, la resignacion.

—Me colocais en una posicion difícil, Sr. Juez, dijo L'Archiduc con voz apagada. Yo no creo que será posible reunir esas pruebas.

—¿Por qué nó?

—Porque. . . no sé si debo decirlo.

—Decidlo! que temeis?

—Temo produciros un desencanto.

—Un desencanto!

—Sí, señor. Vos creis haber encontrado al matador de madama Latouret, y yo creo que estais equivocado.

—¿Qué decis?... pretendereis acaso que Mr. Comin no es el asesino?

—No podria afirmarlo, señor.

—Y todas estas pruebas que tengo sobre esta mesa, dejadas por él en su fuga.

—Pueden no serlo, señor Juez.

—Quien creis, pues, que sea el matador?

—¿Lo sé yó acaso?

—¿Pero de quién sospechais?

—De nadie.

—Y entónces?

—No hay crimen *sin* móvil, á no ser un loco quien lo ejecute. ¿Cuál es el móvil de este crimen? Decídmelo y yo os diré quien es su autor.

Mr. Chaval guardó un momento de silencio, mirando con sorpresa á aquel hombre extraordinario.

La reputacion de L'Archiduc, como hombre perspicaz, inteligente y activo, le habian grangeado el renombre de *Linco de la poli-*

*cía.* El Juez de instruccion no podia, pues, despreciar las observaciones de aquel.

Sin embargo, él tenia la conviccion moral de que Comin era el matador de Elena Latouret.

Para él, como hombre, era una prueba irrefutable de ello, aquel paletó, en cuyo bolsillo se encontraba la vaina del arma que habia servido de instrumento para el crimen.

¿ Como aceptar, pues, las dudas del *Lince*?

Su conviccion fué mas fuerte que el respeto que le inspiraban la perspicacia y el talento de Mr. L'Archiduc.

—El móvil, aún no lo conozco, dijo, pero . . . ya le descubriremos muy luego. Lo que es indudable, es que Mr. Comin es el matador, y hareis mal si no os formais una conviccion tal, al respecto, que os ausilie en vuestras investigaciones.

—Procuraré hacerlo, señor, si las pruebas me ayudan á ello.

—Sois porfiado, Mr. L'Archiduc! dijo el Juez

impaciente. Cualesquiera que sean vuestras opiniones, cumplid lo que se os ha mandado. Arrestad á Mr. Comin, y, para evitar su fuga al extranjero, envidad esos telégramas á la frontera.

Mr. Chaval dijo esto de una manera grave. Su fisíonomía, habitualmente bondadosa, habia adquirido tal espresion de dureza, que L'Archiduc creyó deber disculparse.

—Siento haberos producido disgusto, señor, dijo.—Os ruego me disculpeis, en mérito del móvil que me ha inspirado.

—Vuestro celo os pierde, Mr. L'Archiduc. Vais mucho mas léjos de lo que debiérais, y de ahí resulta esta ofuscacion que os arrastra al error.

—Quizá tengais razon, señor; pero, mi proceder es siempre dictado por mi conciencia.

—No lo dudo; pero, en vuestro empeño de no equivocaros, no reparais en los hechos evidentes, para buscar el misterio de los detalles. Si Mr. Comin no es el matador de madama Latouret ¿quereis decirme como

se encuentra su sobretodo en esta habitación?

—Ese sobretodo, que no prueba siquiera que Mr. Comin haya estado en esta pieza, ménos probará, que él sea el asesino.

—Que quereis decir, Mr. L'Archiduc?

—Yo os diré, señor. Tengo por sistema desconfiar de las apariencias y aún creer improbable lo verosimil. Este sobretodo, dejado en una silla, en el teatro del crimen, y en cuyo bolsillo se encuentra la vaina del arma con que aquel se ha cometido y el retrato del dueño, es un hecho demasiado verosimil para que sea cierto.

—Pero ese paletó prueba....

—Sí; prueba demasiado. Por eso pienso que no prueba nada.

—Vuestras sospechas no se fundan.....

—Es verdad, pero, os lo repito:—tengo por hábito despreciar las grandes apariencias, para buscar la verdad en los detalles.

—¿Cuáles son los detalles que buscáis?

—Por ejemplo este: ¿cuando y por quien

ha sido dejado este sobretodo en esta habitacion?

—Pero ello es sencillamente claro: por su dueño.

—Admitiéndoos como indudable, que esta pieza de ropa pertenece á Mr. Comin, y que él lo ha dejado, ello no probará sino que Mr. Comin ha estado aquí, pero no que él sea el asesino.

—Entónces á que ha venido?

—Mr. Latouret ha dicho, si mal no recuerdo, que Mr. Emilio Comin aprecia mucho á Madama Elena y á sus hijos. Él es dependiente de la casa, y nada de sorprendente tendria que, habiendo estado de visita en estas habitaciones, haya dejado olvidado su sobretodo.

—La disculpa seria admisible, si el paletó se hubiese encontrado en el salon, donde se reciben siempre las visitas. Pero no sucede así, en este caso. La pieza de conviccion se encuentra al lado del cadáver, en la habitacion de madama Latouret, cuya bata abierta, casi totalmente desprendida, prue-

ba que ha sido asesinada en momentos en que se desvestía para acostarse.

—Puede ello ser exacto; pero no hay nada que pruebe que Mr Comin haya estado en estas habitaciones en el momento en que se cometió el crimen. Lo único que consta, es que su paletó estaba sobre esa silla, y bien puede haber sido madama Latouret quien lo haya traído del salon.

—¿Y la vaina del puñal, encontrada en el bolsillo? ¿Que decis de ella? ¿No prueba, suficientemente que Mr. Comin es el asesino, y que estaba aquí en el momento en que el arma era sacada de su forro, para abrir la herida por donde entró la hoja y salió la vida de esta infeliz?

—Es, precisamente ese, uno de los misteriosos detalles de que os he hablado. . . .

—¿Qué misterio hay en ello?

—Voy á decíroslo, Señor.

L'Archiduc tomó de sobre la mesa el cuchillo, y, acercándose á la lámpara, dijo:

—Aproximaos aquí, Mr. Chaval, y podreis notar en la vaina de este puñal manchas

de sangre que no creo sean viejas. Esto me hace sospechar que la vaina ha estado en manos del matador cuando el crimen se ha cometido, y ella ha sido introducida en el bolsillo de ese paletó, despues del asesinato.

Mr. Chaval examinó, á su vez, el objeto que le entregaban, en tanto que L'Archiduc tomaba el sobretodo de Comin y volvia con él al lado de la luz. Buscó el bolsillo interior de donde habia caido la vaina del puñal, y, derepente, exclamó:

—No me he equivocado. Mr. Comin no es el asesino!!

—¿Qué decis?

—Tengo de ello la evidencia. Mirad, mirad! El interior del bolsillo del paletó está manchado con sangre, y la mancha es tan reciente, que aun tiñe el dedo si sobre ella se hace presion.

—Y bien?

—Es claro. El bolsillo se ha manchado al introducir en él la vaina ensangrentada.

—¿Creeis?.....

—La vaina ha sido colocada aquí despues

de cometido el asesinato! . . . Permitidme los papeles que estaban en este mismo bolsillo.

Mr. Chaval, entregó los papeles que le pedía el agente de policía, sin darse cuenta de lo que hacía, tanta era la sorpresa que le dominaba.

L'Archiduc los abrió y les acercó á la lámpara. Después de un momento de examen, dijo con calma:

—Si alguna duda existiera, . . . . si aún no tuviese la profunda convicción de la verdad de cuanto he dicho, me bastaría esta nueva prueba para convencerme.

—¿Cuál? . . .

—¡Mirad! esta carta: esta manchada también con sangre. La vaina del puñal ha sido colocada sin duda entre ella y el forro del bolsillo, y de allí resulta que ambas piezas están manchadas.

—Tal vez teneis razon!! dijo el Juez sorprendido.

—Voy á procurar colocar los objetos en el

mismo estado en que han debido hallarse en el momento en que levantó el paletó.

L'Archiduc dobló las cartas, segun los pliegues del papel indicaban que habian estado dobladas; luego las colocó en el bolsillo del pecho del sobretodo, cuidando poner la que estaba teñida con sangre, de manera que quedara exáctamente sobre la mancha que tenia el forro del bolsillo.

Agarró fuertemente, por encima de la tela, los papeles y el bolsillo, é introdujo con cuidado en este, la vaina del instrumento del crimen.

El rostro de Mefistófeles, al ver á Margarita seducida en los brazos de Fausto, debió tomar la espresion misma, que tomó la cara de L'Archiduc en ese momento.

Si Arquímedes hubiera tenido la movilidad en las facciones, que tenia este agente de policía, le habria sido inútil pronunciar su *Eureka*.

La mirada y la espresion, hablan con mas elocuencia que las palabras.

— Estaba seguro de ello! exclamó L'Archiduc.

duc, sin soltar aquella pieza de ropa, que asía con una mano febril:—*Lo encontré!*

—Qué?

—Acercaos, señor Juez, agregó. Reparad bien: las manchas de la vaina, coinciden perfectamente con las del forro del bolsillo y las de la carta.

—Es verdad! es verdad! dijo sorprendido Mr. Chaval.

—Y bien? que decis ahora? Insistis en creer que es Mr. Comin el matador.

—Aún no comprendo lo que vos deducis de.....

—No comprendéis, señor? Pues es bien sencillo. Este sobretodo ha estado aquí, en el momento en que el asesinato se ha cometido. El matador lo ha visto, y, queriendo estraviar á la justicia, ha tratado de que las sospechas recaigan sobre otra persona, alejándose de él. Entonces, probablemente, sin saber siquiera á quien pertenecía esta pieza de ropa, ha introducido en el bolsillo la vaina del puñal, que sus manos ensangrentadas tiñeron durante el crimen. Pues

bien! Esa sangre ha servido para justificar la inocencia del dueño del paletó!

—¿Qué decis? . . .

—El asesino ha pretendido hacer creer, que Mr. Comin, á quien pertenece el sobretodo, lo ha dejado aquí olvidado al tiempo de huir. La sospecha habria sido vehemente sin estas manchas de sangre. ¿Quién sino Mr. Comin podia ser el asesino, desde que en su bolsillo se encontraba la vaina del instrumento del crimen? Pero, la sangre que ha teñido el paletó y una de las cartas, prueban que este es completamente inocente.

—¿Como? Os repito que os espliqueis!

—La vaina no estaba en el bolsillo ántes del asesinato, puesto que la sangre que la ha manchado es la de Madama Latouret. Luego, si Mr. Comin hubiera cometido el crimen, él no hubiera puesto esa vaina en su ropa, dejándola aquí.

—Pero ¿quién puede asegurar que la sangre del sobretodo, de la carta y de la vaina, sea la misma de la víctima?

—Es sangre fresca. . . .

—Eso no prueba. . . .

—He pensado en ello, y este es uno de los motivos porque os pedí que el médico me ayudase en mis investigaciones. Haremos el análisis químico de ambas sangres, y puedo aseguraros, desde luego, que el resultado será satisfactorio.

—Si no es Mr. Comin ¿quién es pues el asesino?

—Lo ignoro, pero yo lo sabré.

## V

Mr. L'Archiduc salió de la casa calle de Visconti, en momentos en que llegaban el Secretario del Juzgado de instrucción y Mr. Latouret.

Este había dejado sus hijos en casa del maestro Jouvert.

—¿Sabeis algo mas? preguntó Latouret á L'Archiduc al encontrarle.

—Nó; nada; contestó este, y, luego, dirigiéndose al secretario, le dijo: tengo algo que deciros, Mr. Albret.

Latouret iba á entrar, pero L'Archiduc le detuvo diciéndole que esperase al secretario. Habló algunas palabras al oído de éste, y luego se dirigió hácia la calle Bonaparte, en tanto que las otras personas penetraban en la casa.

Eran las dos de la mañana, y el grupo que habia permanecido á la puerta, ya se habia disuelto completamente.

El Juez de instruccion estaba en el salon cuando llegaron su secretario Mr. Albret, y Latouret.

—Disculpádme si he tardado, Mr. Chaval; estaba ya acostado cuándo he recibido vuestro aviso, dijo al entrar el hombre de la curia.

Este era un perfecto escribano.

Tenia todo el tipo de esa clase de personajes, tan hábilmente retratados por Moliere.

Luego que hubo saludado á su superior, se acercó á éste y le dijo:

—Mr. L'Archiduc me ha encargado algo para vos. Con vuestro permiso, Mr. Latouret.

Y aproximó sus labios al oído del Juez, diciéndole algunas palabras en voz sumamente baja.

—Está bien, dijo el Juez. Estended el acta de instalacion del Juzgado, y procederemos á tomar la correspondiente declaracion á Mr. Latouret.

El secretario del Juez ocupó la silla, que estaba delante de la mesa, colocada en el centro de la pieza; sacó del bolsillo un pequeño tintero, forrado en marroquí y cerrado por medio de un resorte de bomba; estendió delante de sí un rollo de papeles que llevaba en la mano, y entre los que se hallaban algunos lapiceros; se caló unos grandes anteojos, y comenzó á escribir.

Llenadas todas las formalidades legales, Mr. Chaval hizo estender la declaracion que Latouret habia prestado cuando entró el Juez, y luego siguió su interrogatorio.

—Habeis visto algunas veces este sobreto-do á Mr. Comin?

—Sí, señor, muchas. Esta misma noche, al salir de la oficina le llevaba puesto.

—Estais seguro de ello?

—Completamente seguro. Le he visto cuando se lo ponía para salir.

—Qué hora seria entónces?

—Poco mas de las nueve.

—Qué clase de relaciones mantiene Mr. Comin con vos?

—Las mas francas y amistosas.

—Y con vuestra esposa?

Latouret palideció.

—No entiendo la pregunta, dijo, velado su rostro de una espresion siniestra.

—Deseo me digais que relaciones existian entre Madama Latouret y Mr. Comin?

—Relaciones?... Ningunas! que relaciones quereis que existieran?

—Habeis dicho ántes que apreciaba mucho á vuestra esposa y á vuestros hijos.....

—Ah! sí, eso sí!.... Perdonad, señor Juez, habia creido..... La palabra *relaciones*, empleada en vuestra pregunta.....

—No!... no he querido decir eso.

—Mr. Comin trataba con mucho respeto á Elena, y siempre la demostró cariño.

—Qué móvil podría haber inducido á Mr. Comin á cometer el crimen?

—Móvil?... No sé... no puedo suponerlo...

—La presencia de este sobretodo en esta pieza, no basta para acusar á Mr. Comin... Puede....

—No basta?... No basta?....

El chacal á quien la presa escapa, no habría ruidido de otro modo. Latouret creyó ver absuelto á Comin, y agregó:

—Así es la justicia!.... Eh! haced lo que gustéis;... no responderé mas á vuestras preguntas!

Mr. Chaval no era el hombre de la situación.

Dulce por carácter; sumamente compasivo, y persuadido de la criminalidad de Comin, casi justificó la actitud de Latouret.

—No digo que Comin es inocente, Sr. Latouret... Os he querido manifestar que el sobretodo encontrado aquí, no basta como prueba....

—Y la vaina del puñal hallada en su bolsillo?...

—Hay algo que indica que ella puede haber sido puesta allí por otra persona.

—Puesta....por otra persona!.... que quereis decir?..... á quien acusais?..

—A nadie. Busco solo conocer el móvil del crimen, para entónces encontrar á su autor....

—El móvil.....

—Sí. ¿No conoceis alguna persona que quisiese mal á vuestra esposa?

—Nó;... nadie...

—Sin dudar de su virtud, ¿no sabeis de alguien que la persiguiera?...

—A ella?... que quereis decir? Perseguir á Elena!... jamás salia de casa, sino conmigo.

—Sin embargo, ahí está ella muerta. ¿Qué sentimiento ha armado el brazo de su matador?

Latouret calló un momento, como si tratase de buscar la palabra del enigma.

De pronto, golpeóse la frente y dijo:

—Ah! tal vez lo tengo....

—Cómo?... qué?

—Elena tiene en su bolsillo las llaves de la gran caja de hierro....

—Ella? Las llaves? para qué?

—Un día las perdí en la calle, y habiéndome reprendido por ello Mr. Sure, se las entregaba siempre á mi esposa. Mr. Comin sabia esto, y....

—Sí, sí, tal vez el robo....

—¿Quereis que vea si están las llaves en el bolsillo?

Mr. Chaval dudó un momento. No queria tocar el cadáver ántes de que los médicos hicieran su exámen.

Por fin dijo:

—Ved vos, Mr. Albret, si están esas llaves en el bolsillo de la señora.

Mr. Albret buscó el bolsillo, y no pudo encontrarlo.

—Tendré que mover el cadáver, dijo.

—No importa, dijo el Juez. El doctor Boumont ha tomado apantes sobre la posi-

cion del cadáver, y, en este caso, ella no tiene mayor importancia.

Mr. Albret volvió el cuerpo inanimado de Elena, hasta poder sacar de bajo de él la parte del vestido en que el bolsillo estaba abierto.

—Las llaves no están aquí, dijo. El vestido está todo roto en esta parte.

—Roto?... Roto?... preguntó el juez.

—Ahí está el móvil! dijo Latouret satisfecho.

—¿Quienes sabian que Madama Elena tenia las llaves de la gran caja? preguntó el Juez.

—Solo Mr. Sure y Mr. Comin.

—Donde está colocada esa gran caja?

—En el piso principal. Está en el despacho en que yo trabajaba.

—De manera que no era posible que Mr. Comin abriese la caja sin que vos le vieseis?

—Al ménos esta noche era imposible.

—Mañana, las llaves le serian inútiles. Su crimen estaria descubierto.

—El crimen, si, pero no el criminal.

—El sobretodo. . . .

—Vos habeis dicho que no es prueba.

—Quizá tenga algun cómplice.

—Tal vez! . . . Mientras uno asesinaba, el otro huia con las llaves.

—Ahora seria imposible saberlo. Han entrado y salido tantas personas, que deben haberse borrado las huellas dejadas en la nieve. . . .

Latouret guardó silencio.

—Vos no sospechais quien? . . .

—No señor.... No conozco las intimidades de Mr. Comin.

El Juez recorrió lo que el escribano habia escrito, leyó á Latouret su declaracion y este la firmó.

—Por el momento, hemos concluido, dijo el Juez á Mr. Albret. Haced entrar al Comisario, para que haga guardar estas habitaciones.

—Puedo yo permanecer aquí?

—Siento tener que deciros que nó. Podeis, sin embargo, permanecer en la casa. Ocupad las piezas altas del edificio.

—Bien, señor. Allí esperaré vuestras órdenes.

La puerta de calle volvió á abrirse, y L'Archiduc entró.

—Mis pesquisas han sido inútiles, dijo al entrar.

—¿Como así?

—Mr. Comin no ha parecido por su casa esta noche.

—No?....

—No, señor. Los agentes y las personas que le siguieron cuando huía, no le han visto.

—Y, sin embargo, es preciso prenderle, Mr. L'Archiduc. Ahora tengo la seguridad de que él es el asesino.

—Como? Teneis nuevas pruebas?

—Sí.

Y Mr. Chaval refirió al agente de policia cuanto acababa de decirle Latouret sobre las llaves de la gran caja, que habian desaparecido del bolsillo de Elena.

—Ah! dijo el agente. El móvil es el robo?

—Teneis la prueba de ello.

—Sin embargo, Mr. Chaval, hay algo de misterioso en ese mismo móvil.

—Como así?

—Si Comin es el matador, su crimen no puede haber sido inspirado por el robo. El sabe que la caja está en el despacho, y el despacho no queda jamás solo, sino de noche.

—Y bien?

—Las llaves le serian inútiles, dijo L'Archiduc, si no se hubiese ocultado en la casa. Por otra parte, no es posible que, para obtener las llaves, se haya asesinado á la persona que las tenia.

—Oh! yo no creo eso. Yo supongo que Comin ha sacado las llaves del bolsillo de la señora Latouret sin que esta se apercibiera de ello, y luego, al ser descubierto por ella, la ha muerto para no ser denunciado.

—Sin embargo, el bolsillo roto prueba que ha habido lucha entre la víctima y su matador.

—El bolsillo roto. . . .

—Sí. Probablemente la señora Elena que

ria impedir que le sustrajeran las llaves. Ella asía fuertemente la boca del bolsillo, y el ladrón tiraba de la ropa para poder meter en él la mano. Entónces debió romperse.

—Tal vez! . . . . teneis razon. Dejadme examinar ese bolsillo.

L'Archiduc llevó la lámpara al lado del cadáver de *Madama Latouret*, y comenzó á hacer un prolijo exámen de la ropa, en la parté en que estaba abierto el bolsillo.

El Juez seguia con avidéz todos los movimientos del agente de policia.

Hemos dicho que el vestido de Elena era de seda. La tela era lo que generalmente se llama *moire*.

L'Archiduc estuvo mas de cinco minutos inclinado, haciendo aquella minuciosa investigación.

Por fin se levantó, dejando la lámpara en el suelo al lado del cadáver, y entonces Mr. Chaval y Albret, pudieron ver en sus lábios esa sonrisa diabólica, que mas de una vez habia plegado el cútis de su cara, en este proceso verbal.

La ceja derecha pareció recojerse mas hácia la frente, y el ojo brilló con un fulgor siniestro.

—Sois cazador, Mr. Chaval? preguntó L'Archiduc.

—Porque me lo preguntais?

—La liebre, cuando los galgos la acosan, llega al borde de un abismo, y, para despistar á sus perseguidores, vuelve sobre sus propios pasos algunos metros. Allí dá un salto elevado, y va á caer á alguno de los costados del camino, para ocultarse entre las malezas.

—Y bien?

—Cuando los sabuesos no son de buena casta, la pista está entónces perdida. El perro sigue hasta el borde del abismo, y allí se detiene. Cuando el galgo es fino, llega al abismo, y luego retrocede como la liebre lo hizo ántes que él, y se detiene allí mismo donde la presa ha dado su salto.

—¿Qué aplicacion? . . . .

—Como la liebre ha pasado por allí dos veces, el olfato del perro conoce que es mas

fuerte el olor que allí ha dejado, y, entonces, corre á uno ú otro lado hasta que vuelve á hallar la pista estraviada, y coje á la taimada liebre oculta entre el césped.

—De manera que vos creéis que. . . .

—Soy perro de buena casta, señor Juez. Este bolsillo no ha sido roto como vos creéis.

—Que decis? . . . .

—Vais á convenceros de ello.

L'Archiduc se inclinó de nuevo, y, en medio de la sorpresa del majistrado y de su escribano, hizo la esplicacion de lo que habia notado al hacer su exámen precedente.

—El vestido es de seda, y la tela, dura y tupída, habria quedado arrugada si se hubiese producido la lucha que hemos supuesto. Ved: no hay arruga alguna, sin embargo.

El Juez examinaba, á su vez, cuanto L'Archiduc decia.

—Fijaos bien. Si se esceptúan los dos bordes del bolsillo, rozados muchas veces por la mano que ha entrado en él, el resto de

la tela, en esa parte, diríase que ha sido planchada recientemente.

—Es verdad ! murmuró el Juez.

—Parece nueva esa tela, agregó el escribano.

—Reparad ahora en la manera como la rotura está hecha. El vestido no está propiamente roto. Está solo descosido. Podría creerse que ha sido intencionalmente hecho, tomando los dos lados del bolsillo y abriéndolo con fuerza.

—¿Porqué suponeis eso ?

—Porqué aquí hay un dedo perfectamente señalado en uno de los bordes.

—Donde ?

—Fijaos en esta mancha de sangre. Es un dedo que se ha impreso, probablemente al romper el bolsillo.

—Ha habido herida, y de ella ha brotado sangre, dijo el Juez.

—No, no, replicó L'Archiduc. Mirad el interior del bolsillo. El *foulard* blanco de que está hecho, está todo manchado con san-

gre. Esta es la mano del matador que ha dejado aquí su huella.

—Es verdad, pero...

—Comprendo. No os dais cuenta de como ha podido esa mano estar ensangrentada, ¿verdad?

—Sí, eso es....

—Pues bien. Aunque no conozco la opinion de los médicos respecto á esta muerte, tengo para mí que ella debe haber sido instantánea.

—Creo lo mismo.

—En ese caso, todo este asunto de las llaves, es una indigna farsa!

—Que quereis decir, Mr. L'Archiduc? preguntó el Juez sorprendido.

—Què la tela del vestido ha sido rota, despues de asesinada Madama Latouret, y las llaves sacadas del bolsillo sin resistencia alguna. Los muertos no se defienden.

—No veo porqué deduzcais....

—Porque la mano que ha manchado este foulard, y el dedo que ha quedado aquí estãmpado, han estado empapados en la san-

gre de la víctima. Ella ya habia muerto, cuando esta indigna farsa se ha hecho. . . .

—Pero ¿ con que objeto ?

—Ah! es la liebre acosada, que trata de despistar á los galgos!

—Creeis que? . . . .

—Creo que el matador de Madama Latouret ha preparado mucho su golpe. Ah! empiezo á ver claro. . . .

—Que cosa veis? . . .

—Veo una mano habilísima dirigiendo todo esto. Pronto sabremos si me equivoco.

Y L'Archiduc se inclinó de nuevo, tomó la mano de la jóven muerta, y, levantándola, para que el Juez la viese, dijo:

— Examinad esta mano y, no encontrareis en ella ninguna equímosis.

—Que quereis decir?

—Si hubiera habido lucha, en las manos del cadáver se verian manchas amoratadas, dejadas por la presion que el matador hubiera hecho sobre ellas.

—Teneis razon, Mr. L'Archiduc pero. . . .

La palabra del Juez fué interrumpida por un ruido exterior.

Era la puerta de calle que se abria, dando paso á los dos facultativos.

El lector conoce ya uno de ellos, el Doctor Boumont; en cuanto al otro, necesitamos decir de él algunas palabras.

## VI

El médico que acompañaba al Doctor Boumont, y á quien L'Archiduc habia llamado Carhué, era un hombre de treinta años.

Carhué era un verdadero génio. No debe sorprender esta clasificacion, hablándose de un hombre jóven, cuando se trata de un compatriota de Bichat.

Su pasion favorita era el estudio de la medicina, en todas sus distintas aplicaciones al derecho.

La toxicolojia, las lesiones traumáticas, los fenómenos de la demencia y de la manía, absorbían por completo las ricas facultades intelectuales de aquel hombre.

L'Archiduc debia á las consideraciones personales del doctor Carhué, una gran parte de sus propios conocimientos.

Nacidos en el mismo país, y descendientes de dos antiguas familias, íntimamente ligadas entre sí, los dos jóvenes habian estado juntos en el colejio, y juntos habian ingresado en las aulas de la Escuela de Medicina.

Posteriormente, L'Archiduc habia sufrido golpes violentos en su familia y sus bienes.

La desgracia. . . . ó la fortuna, le llevó un dia á la Prefectura de Policía, despues de un sangriento altercado, en el que hirió á un gendarme, y arrojó á otro al Sena.

Se trataba de una muger que acababa de ser injuriada torpemente por un pisaverde, de esos que pululan en el Bosque y en los boulevares.

L'Archiduc no la conocia, pero tenia toda la hidalguía de los corazones nobles.

Sin mirar quien era el ofensor, se acercó al oido y le dijo:

—Sois un miserable!

El otro no movió sus labios para contestarle.

En cambio, levantó el brazo, y una mano pesada y enérgicamente dirigida, vino á azotar la mejilla del jóven estudiante.

La respuesta fué inmediata.

El mejor *boxeador* de los alrededores de Londres, no habria esgrimido con mas éxito esta arma moderna, de origen primitivo:— los puños.

El insolente que habia ofendido á una muger, rodó por el suelo en un minuto.

Al caer, un silvato se dejó oír, y pocos momentos despues, seis agentes de la policia de seguridad rodeaban aquel grupo.

L'Archiduc se dispuso á defenderse.

La escena tenia por teatro la entrada de uno de los puentes que atraviesan el Sena, y L'Archiduc se aprovechó hábilmente de la colocacion de las figuras.

Haciendo espalda de la muralla que defiende la poblacion del río, esperó el ataque.

El primer agente que se acercó á él, era un jóven. L'Archiduc le tomó por debajo de

los brazos, y levantándole en peso, le arrojó al Sena.

El atleta ejercia su primera proeza.

El acto fué tan rápido que nadie pudo impedirlo.

Tres de los agentes, corrieron hácia la primera escalera, por donde se baja hasta el agua, para prestar auxilio á su compañero.

Los otros dos se precipitaron sobre L'Archiduc.

Este se defendió heroicamente, sin mas arma que sus puños.

Un golpe, dado en el rostro de uno de ellos, le abrió la cara, cerca del ojo.

El policiano que lo recibió, sacó furioso el machete.

Un nuevo golpe, dado por L'Archiduc en medio del pecho, le derribó de espaldas, arrojando sangre por la boca.

—En nombre de la ley, entregaos! gritó el único agente que quedaba.

—Prendedme si podeis! replicó L'Archiduc furioso.

El hombre que habia dado lugar á aquella escena, estaba ya de pié.

Despues de pedir auxilio, llamando á los agentes del órden público con la señal de pito, se habia levantado, sin que L'Archiduc lo advirtiera.

Colocado detras de este, en los incidentes de la lucha, aprovechó el primer momento propicio, y, tomándole por los brazos, dijo:

—Estais preso! No hagais resistencia.

—Miserable! gritó L'Archiduc.

Todo era ya en vano.

Estaba verdaderamente preso. Un hombre le sujetaba de cada brazo.

Despues de ser conducido al puesto inmediato, el comisario le remitió á la Prefectura, con su correspondiente proceso-verbal.

Durante la lucha, la jóven defendida habia tomado la fuga, amedrentada.

Uno de esos sucesos frecuentes y vulgares, habia producido aquella escena tremenda.

Confundida la pobre niña con una de esas *mujeres del boulevard*; habia sido perseguida por un *galan de calle*.

L'Archiduc se interpuso, y su noble conducta mereció una pena severa.

Juzgado por el Tribunal Correccional, fué condenado á presidio por dos años.

Solo, allí, al cumplir su condena, conoció á la mujer por quien fué preso.

Era una niña honesta, obrera virtuosa, que, conociendo la desgracia en que su protector habia caido, quiso verle, y obtuvo permiso para hacerlo.

L'Archiduc recibia con frecuencia dos visitas gratas.

Su amigo Carhué, que estudiaba entonces medicina.

Graziela, la nueva amiga que habia encontrado en la jóven protegida.

Durante su prision, la conducta de L'Archiduc fué ejemplar.

Jamás se le veia entre los presidiarios, sino para aconsejarles.

Ejercia sobre ellos la influencia misteriosa que el talento ejerce sobre la ignorancia, y la virtud sobre el crimen.

El Director de la prision le apreciaba, por que estimaba sus buenas cualidades.

Mas que un presidiario, diríase que L'Archiduc estaba allí como un empleado de la prision.

Haciendo aquella vida difícil, á la que le habia arrastrado un rasgo de nobleza y virilidad, L'Archiduc se hizo filósofo.

Su espíritu, naturalmente inclinado al estudio, adquirió la prodijiosa sagacidad que despiertan en ciertas almas la investigacion y el aislamiento.

Para él todo lo que veia, era solo una *consecuencia*.

No satisfecho con saberlo, procuraba encontrar las *causas*.

Newton, descubriendo las leyes de la gravedad, era su modelo.

—Porque sucede esto? era la pregunta constante de L'Archiduc.

Y la respuesta se la daba él mismo, investigando las *causas* de aquella *consecuencia*.

Carhué le proporcionaba libros, en que

L'Archiduc estudiaba lo que su talento no alcanzaba á esplicarle.

La fisiología, completó su ciencia filosófica.

Los hombres, para él no eran sino distintos ejemplares de una sola é idéntica obra.

El molde que habia servido al Creador para fundir estas estátuas animadas, no era único.

Cada creatura humana, fué para L'Archiduc objeto de un estudio especial.

Cada hombre, fué para él una edicion distinta de la misma obra de Dios, correjida por su propio autor.

Con estas ideas, comprendió que no podian deducirse las inclinaciones de uno por las manifestaciones de otro.

El estudio de la medicina-legal le llevó á persuadirse de que estaba en buen camino.

Asociados, en su cerebro privilegiado, sus conocimientos de la ciencia entraña con las reflexiones de la ciencia propia, comenzó sus esperiencias en sus compañeros de prision.

Un dia hablaba con un presidiario, y, juzgando á este segun los detalles del delito que le habia llevado al presidio, veia que su ciencia no le engañaba.

Otro dia, llamaba á otro compañero, y encontraba en las revelaciones de aquel hombre, nuevos elementos de estudio, y nuevas causas de investigacion.

Cuando Mr. Carhué le visitaba, y veia los progresos de su amigo, le estimulaba á que siguiese, proporcionándole libros.

A Graziela, siempre que venia á verle, la pedia que le contase historias de sus amigas.

—Conozco mucho á los hombres, la decia, pero necesito conocer á las mugeres.

Y Graziela condescendía con placer, porque hallaba en esa inocente distraccion un medio de satisfacer á aquel jóven que ella admiraba.

Cuando L'Archiduc salió de presidio, Carhué era médico adscripto á los tribunales.

Su talento habia comenzado á revelarse,

y su nombre empezaba á gozar de prestigio.

El mismo dia en que L'Archiduc volvia á la libertad, su amigo le condujo á la Prefectura de Policía.

—Es este vuestro recomendado? preguntó el Prefecto.

—Este, contestó el jóven médico.

—Vuestra plaza os esperaba hace largo tiempo, dijo el alto funcionario dirigiéndose á L'Archiduc.

—Mi plaza? preguntó este sorprendido.

—Sí. Vuestro amigo el Doctor Carhué, pretende que sereis un excelente agente de la policía judiciaria.

L'Archiduc se volvió á su amigo sin decir una palabra.

Sus ojos, llenos de lágrimas, dieron tierna respuesta á los esfuerzos que el médico hacia por esplicar su conducta.

En tanto que el noble defensor de Graziela luchaba con la amargura del presidio, el Doctor Carhué le preparaba elementos para su porvenir

—¿ Me has dicho muchas veces que amas lo desconocido ?

—Es verdad.

—Pues bien: ocúpate de resolver el problema mas interesante para tí. . . .

—Cuál ?

—Tienes un empleo y una mision. Eres agente de policia y debes ayudar á la justicia: resuelve, pues, el desconocido problema de tu porvenir.

—Acepto, dijo entusiasmado L'Archiduc; y te lo agradezco. Una sola cosa pido. Que se me permita ejercitar mis fuerzas.

—Cómo ? preguntó el Prefecto.

—Dejándome libertad de accion para encontrar la verdad, en el primer crimen misterioso que se cometa.

—Os lo prometo, L'Archiduc, agregó su jefe.

Desde entonces L'Archiduc empezó á descollar.

Tomando cada crimen como si se tratase de un problema algebráico, él sentaba siempre la proposicion en esta fórmula:

--Dadme dos términos conocidos:—el *móvil* y la *víctima*,—y yo os diré quien es *X*, igual al *autor*.

En todos los asuntos en que él tomaba parte, procuraba que interviniera también el doctor Carhué, y mutuamente se ayudaban estos dos hombres excepcionales, con sus conocimientos respectivos.

Comprendiendo L'Archiduc que, para ser buen agente de policía, necesitaba el completo dominio de su corazón y de su cabeza, un día se presentó en casa de Graziela y la dijo:

—Señorita Graziela ¿quereis casaros conmigo?

—Mr. L'Archiduc! gritó la niña sorprendida.

—Os sorprende la forma de mi demanda, verdad? . . . .

—Os juro que . . . . .

—Vais á mentir, Graziela. Vais á jurarme que nunca habiais pensado en semejante cosa . . . .

—Y es la verdad.

—No, no es la verdad. Vuestros ojos me han hablado muchas cosas que vuestros labios no se animaban á decirme.

—Mis ojos! . . . .

—Sí. Esos brillantes espejos del alma, son tan traidores como las lunas azogadas que adornan los salones. Ellos muestran lo que uno quisiera ocultar.

—Pero yo no os he dicho, . . . . murmuró la jóven tiñéndose de rubor, y bajando la mirada, como para ocultarla á los ojos de L'Archiduc.

—Sí, me habeis dicho que me amais. Mal ajente de policia seria si no lo hubiese conocido.

—Amaros yo! . . . .

—Vuestros ojos lo han dicho.

—Mr. L'Archiduc! . . .

Breye, Graziela y L'Archiduc se casaron.

## VII

Graziela era la antigua *grisette*, tipo perdido en la moderna Paris.

Jóven, llena de belleza, dueña de uno de los rostros mas dulce que puedan pintarse, en cualquier momento, Graziela habria sido amada por un hombre capaz de comprenderla.

Pocas veces la perspicacia del agente de Policía, ha encontrado mejor lo que busca, que L'Archiduc en Graziela.

Él necesitaba una muger *suya*, capaz de cuidarle y de cuidarse á sí misma, y... es tan raro esto último en la muger actual!

Pero, el futuro Comisario de Policía, comprendió que, en aquellos ojos tranquilos, como las mansas aguas de los lagos azules, no podian esconderse pasiones diabólicas.

Aquella tez nacarada,—comparable á esos jacintos que toman al color rosado solo lo necesario para hacer comprender que no son blancos,—no se teñía jamás de cólera ó de vergüenza.

El mas casto de los pudores, era lo único que se atrevia á turbar la dulce paz de las mejillas de Graziela.

Formados el uno para el otro, L'Archiduc

y su linda esposa, construyeron uno de esos hogares en que la armonía jamás se pierde.

Allí el *deber* desaparecía, ante la presencia del *amor*.

Mas que esposos, eran amantes.

Graziela fué madre un año despues de casarse.

Un precioso niño, apareció en aquel hogar, como la encarnacion de dos naturalezas y de dos almas que se confundian y se buscaban.

El tiempo corre tan rápidamente, que apenas habia ascendido L'Archiduc á inspector, cuando su hijo ya tenia tres años.

Nada era comparable á la dicha de aquellos dos seres, al ver á su hijo en medio de juguetes, que todos los días le llevaba el amoroso padre.

Pero, . . . los juguetes comenzaron á desaparecer.

Cada vez que una nueva remesa les aumentaba, una mano misteriosa les disminuía.

L'Archiduc lo notó.

—El niño rompe muchos juguetes ? preguntó un día á su muger.

—¿Porque me lo preguntas? dijo cariñosamente Graziela.

—Porque noto que desaparecen, sin que vea sus restos en casa.

—Hace tiempo que yo me he apercibido de eso mismo, dijo la niña.

—Es menester averiguar quien los lleva, agregó L'Archiduc.

El agente de policia estaba en su terreno.

Era necesario hacer una pesquisa, y una pesquisa misteriosa.

—Como se pierden los juguetes? se habia preguntado L'Archiduc.

Y encontrando difícil la respuesta agregaba:

—És indispensable que yo lo averigüe. . . .  
¿Que dirian mis superiores, si supieran que, en mi casa, bajo mi propio techo, se cometen robos que la ley castiga, y yo no los descubro ?

Y despues de nuevas reflexiones, agregaba:

—Ah! desaparezcan el padre y el esposo, ante el agente de polieía, y busquemos al ladron.

L'Archiduc comenzó á hacerlo con empeño. Como él estaba poco tiempo en su casa, le era menester contar con auxiliares.

El ama de llaves era una exelente muger, de treinta y cinco años, llena de juventud y de encantos.

El matrimonio L'Archiduc, ocupado de amarse y de velar por su hijo, dejaba en manos de la buena Clarette,—el aya—todo el cuidado de la casa.

Clarette tenia el dinero para el gasto; las llaves de los roperos, las alhajas, y la plateria de Graziela,—todo, en una palabra, estaba al cuidado de aquella buena muger, que adoraba á ambos esposos.

L'Archiduc pensó en ella para que le ayudase. Se habia propuesto encontrar al ladron de los juguetes, y sus propósitos eran inquebrantables.

Llamó, pues, á Clarette, y la dijo:

—Creo que habreis notado, Madama Clarette, que los juguetes del niño desaparecen?

—Señor! contestó el ama de llaves, tiñéndose del color mas rojo, y palideciendo luego inmediatamente.

—No, no es eso, Madama Clarette, se apresuró á decir L'Archiduc. No debeis preocuparos, pues no os acuso de descuido. Lo que quiero, es que me ayudeis á descubrir al ladron.

—Quizá el niño rompe los juguetes, dijo Clarette.

—No puede ser, pues quedarian los pedazos. No hay muerto sin cadáver.

—Que debo hacer, pues?

—Espiar á todas las personas que entren en casa, y procurar sorprender al que nos roba esos juguetes. Yo traeré hoy algunos que provoquen su deseo de robarlos, mas que los demas.

Efectivamente: esa tarde L'Archiduc llevó á su hijo una caja de juguetes, que eran una verdadera obra de arte.

Era un rebaño de corderos, admirablemente hechos. Finísima seda blanca rizada envolvía los cuerpecitos, imitando la piel lavada del cordero. Una cinta azul, puesta como collar, ceñía el cuello de cada animalito.

El agente de policía, había comprendido todo el deseo de poseerlos que aquellos juguetes inspiraban.

Para el ladrón, verlos, debía ser una tentación á robarlos.

Y lo fué! Desde el mismo día que los juguetes llegaron á casa de L'Archiduc, el rebaño comenzó á disminuir en el número de sus corderos.

Cada día desaparecía uno ó dos.

Y, sin embargo, cuando el agente de policía recorría la lista de las personas que habían entrado en su casa, notaba que, cada día, eran distintos los nombres de los que componían la lista.

—El ladrón está en casa! exclamó L'Archiduc. Los juguetes se pierden diariamente.

te: luego el que los roba, está diariamente aquí!

¡Confió su sospecha á Graziela y á Clarette, y recomendó á esta hiciese un registro general en los muebles de los sirvientes.

El resultado fué negativo. Los corderos descarriados, no volvieron al redil.

Cada vez mas contrariado con el mal éxito de su empresa, L'Archiduc, desesperado, refirió á su superior lo que sucedia, y le pidió permiso para faltar un dia á su servicio.

Le fué concedido, y L'Archiduc le empleó en satisfacer aquella terrible exigencia de su espíritu:—encontrar al ladron de los juguetes.

Para conseguirlo, él mismo hizo el registro general de la casa.

Los juguetes no parecieron.

Sin embargo, L'Archiduc encontró un billete del *omnibus*, que, por esa época, iba desde la Magdalena hasta Cluny.

—Este billete no puede haberse usado por persona de la casa, se decia L'Archiduc.

Ninguna tiene que hacer en esas direcciones.

Y el agente, en cuyo rostro apareció la sonrisa diabólica que le iluminaba siempre que estaba satisfecho; recogiendo el billete, salió á la calle.

—¿Si será esta una prueba de convicción? se preguntaba L'Archiduc viendo aquella pequeña tira de papel impreso.

El lector que haya viajado en América, y, hoy, en algunos puntos de la Europa, sabe que la invencion norte-americana llamada *Tramway*, ha reemplazado los antiguos *omnibus*.

Los billetes que en los *tramway* se usan, son los mismos que, en la época de nuestro relato, usaban las empresas de los *omnibus*.

El mayoral lleva un libreto, en que están encuadrados los billetes, que entrega al viagero como prueba de que ha pagado su pasage.

Esos billetes tienen una doble numeracion impresa, que responde á una doble contabilidad que se lleva en la administracion.

La una, generalmente estampada en cifras de color, responde á la série á que el libreto de donde se arrancó el billete pertenece. Todos los de ese mismo libro, tienen esa misma cifra impresa.

La otra, responde al número del billete, que está marcado con una numeracion sucesiva.

El billete encontrado por L'Archiduc tenia, en tinta punzó, la cifra 3002, y en tinta negra 6161.

Con él en la mano, se trasladó á la administracion de los *omnibus*.

Hízose reconocer allí, y, luego, le dijo al dependiente que le atendía:

—¿Seria posible saber, que mayoral ha vendido este billete?

El empleado tomó el papel que L'Archiduc le entregaba, y examinándolo le contestó:

—Es bien fácil. Voy á decíroslo inmediatamente.

Abrió un gran libro, recorrió algunas páginas, y luego dijo:

—Juan Alberto, mayoral del ómnibus número 31, ha recibido las séries número 3000 á 3010. Luego es él quien ha vendido ese billete que pertenece á la série 3002.

—¿Está en este momento aquí ese mayoral?

—No lo sé, pero, os lo voy á decir.

El empleado hizo sonar un timbre, y otro dependiente apareció.

—El mayoral Juan Alberto? preguntó.

—No está en la administracion. No entrará hasta las doce y veinte minutos, contestó el interpelado.

—Aún falta un cuarto de hora, dijo L'Archiduc mirando su reloj. Esperaré.

Y se sentó en un extremo del gran salon.

Cuando el mayoral llegó, el agente de policia le dijo:

—Este billete ha sido vendido por vos. ¿Podeis decirme que dia?

—Inmediatamente, caballero, contestó el mayoral, sacando de su cartera un pequeño libro de apuntes.

Después de examinar cuidadosamente algunas páginas contestó:

—El lunes pasado.

—Es decir, hace tres días, puesto que hoy es jueves?

—Precisamente. Ese día empecé mis viajes con la serie 3000, cuyo primer billete era el 6000. He vendido durante todo el día lunes hasta el billete 6434 de la serie 3005.

—¿Luego habéis conducido 434 pasajeros durante ese día?

—Sí, señor.

—¿Os sería posible decirme en cual de los viajes que habéis hecho, fué vendido este billete?

—Oh! puedo hacerlo con toda exactitud! Mirad. El ómnibus que partió de la Magdalena el lunes á la una y cuarto de la tarde, empezó el servicio con el billete número 6114 y lo terminó con el 6183; luego este billete, que tiene el número 6161, ha sido vendido en ese viaje.

—¿Cuántos pasajeros caben en el carriage?

—Veinticuatro.

—Estonces este billete no puede ser de los primeros vendidos.

—Claro está que nó. Antes que él, se han vendido cuarenta y siete.

—Cuarenta y siete! pensó L'Archiduc. En todo ese viage solo habeis vendido sesenta y nueve.

—Restad 6114, número del primer billete vendido, de 6183, número del último, y tendreis exactamente esa cifra.

—Es todo lo que necesitaba saber. Os doy las gracias por vuestros informes.

Y L'Archiduc se retiró haciendo estas reflexiones:

—El ómnibus ha salido de la Magdalena á la una y cuarto. Este billete ha sido vendido despues de la mitad del camino, pues que ántes de que entrase en el carruage el pasajero que le ha comprado, han subido en él otros cuarenta y siete, en un vehículo que no puede conducir mas de veinticuatro. Mi casa queda inmediata á la Avenida del Ejército Grande, que es el camino que lleva el

omnibus que vá á Cluny. El pasagero que ha comprado este billete ha salido, pues, de mi casa y ha tenido algo que hacer en la direccion en que el ómnibus iba. Procuraré saber quien es ese pasagero, y á donde iba.

L'Archiduc fué á su casa, y preguntó á su muger cual de los sirvientes habia salido el lúnes.

—Ninguno, contestó Graziela.

—Es imposible! Piénsalo bien. El lúnes, despues de la una de la tarde, ha salido de aquí una persona que ha tomado el ómnibus en la Avenida del Ejército Grande.

—No recuerdo!... Espera!... Clarette salió el lúnes, pero fué en direccìon opuesta. Iba al Louvre.

—Clarette?.... Si fuera ella.... pensó L'Archiduc.

—Ella?.... que?....

—La ladrona de los juguetes.

—Clarette?.... Es imposible! Ella tiene las llaves de todo en casa,—alhajas, dinero, ropas,—todo está al cuidado de ella, y jamás ha faltado nada.

—¿Dónde vive la familia de Clarette? preguntó L'Archiduc.

—En Cluny, dijo ingenuamente Graziela.

—En Cluny? exclamó el agente de policia. Ah! es ella! Es ella! El ómnibus ha vendido este billete á una persona que ha encontrado en el camino, despues de la una, yendo en direccion á Cluny.

—Pero Clarette habrá ido á ver á su hijo, sin que por eso haya robado los juguetes.

—No! no! es ella. Si no lo fuera ¿porqué ocultar que este billete lo habia comprado?

—L'Archiduc! dijo dulcemente la tierna Graziela.

—Llama á Madama Clarette, dijo el agente.

Graziela lo hizo.

Madame Clarette entró en la sala, donde L'Archiduc la esperaba, pálida y temblorosa.

—Señora, le dijo el inspector de policia, se sospecha de que sois vos la que ha robado los juguetes.

—Yo! exclamó la pobre muger, y comenzó á llorar.

—Sí, vos. El lunes, cuando dijisteis á Madame L'Archiduc que ibais al Louvre, fuisteis á Cluny á ver á vuestro hijo....

—Como?... Sabeis?... preguntó Clarette asustada.

—Sé que tomasteis el ómnibus que parte de la Magdalena á la una y cuarto....

—Ah! es verdad! Es verdad! gritó desesperada el aya. Perdonadme! amo tanto á mi hijo!

—Habeis abusado indignamente de nuestra confianza, Clarette! dijo la esposa de L'Archiduc.

—Ah! no, no me acuseis de eso. Yo no soy ladrona. Poneos en mi caso, vos, Madama Graziela, vos que sois madre. Yo tengo un hijo, á quien no puedo conservar á mi lado. Para que él pueda comer y vestirse, yo trabajo. Mi hijo, es mi única pasion. Ah! vos que tanto amais el vuestro, sabeis cómo queremos las madres á esos pedazos de nuestra alma y de nuestro cuerpo!

La infeliz Clarette dijo todo esto con febril emoci3n. Sus lágrimas conmovieron á la dulce Graziela, que la preguntó conmovida:

—Y bien? El amor de vuestro hijo. . . .

—Sí, señora! El amor de mi hijo me ha hecho culpable. Cuando yo veía al vuestro alegre, porque tenía juguetes que le distraían, yo pensaba en el mio que estaba privado de esos mimos á causa de mi pobreza. Cuando, para que no llorase el vuestro, le consolaban llamando su atencion con el ruido de un tambor, ó el balido artificial de un cordero de seda,—yo pensaba en el mio, que lloraba, léjos de mí, sin las caricias de la madre y sin los consuelos del juguete. Entónces, una fuerza superior á mi voluntad, un impulso irresistible me dominaba, y . . . he robado vuestros juguetes, para dárselos á mi hijo! Soy culpable! Lo sé! Despedidme! Castigadme!

—Ah! nó! No sois culpable! dijo L'Archiduc, conmovido.

—Cómo? que decis? preguntó asustada Clarette.

—Que vuestra accion es punible ante la ley escrita, pero no ante la conciencia honrada.

—Ah! si! teneis razon, Mr. L'Archiduc! Si yo fuera ladrona, si mi inclinacion fuese criminal, ¿no comprendeis que he podido robaros el dinero, las alhajas, las ropas que confiais á mi cuidado? Y, sin embargo, ya lo veis, solo os he robado juguetes para mi hijo.

—Y los ángeles han debido sonreir en el cielo, al mirar vuestro robo, dijo conmovida Graziela.

—Verdad que sí, señora? Verdad que vos tambien habriais robado para vuestro hijo? Ah! cuantas veces, en frente de uno de esos escaparates donde se ostenta el lujo y la riqueza de la infancia, representados por los valiosos juguetes que la fortuna puede proporcionar á los niños, he sentido en mi cabeza una especie de vértigo que me arrastraba á robar.

—Habeis sentido esos vértigos? preguntó L'Archiduc sorprendido.

—Oh! sí! si, señor, muchas veces. Algo

como si la fiebre devorara mi frente. La locura....

—Si, eso, eso es, infeliz! La locura! la locura, que la ciencia médica se empeña en demostrar á la justicia, y que la justicia, como es ciega, no quiere ver.

—Que dices, L'Archiduc? preguntó Graziela sorprendida.

—Que esta muger no es culpable. Basta ver en ella la pasion con que habla cuando recuerda á su hijo, para que se comprenda que su encéfalo sufre los efectos de la excitacion fatal que su cariño la produce. Y esas erecciones nerviosas de las células cerebrales, matan el libre albedrio, y arrastran al individuo, fatalmente, á cometer actos que la voluntad y la razon habrian rechazado.

—Ah! sí, Mr. L'Archiduc, dijo llorando Clarette. Yo sé que soy mala; sé que no debo robar los juguetes,.... despues que los he llevado á mi hijo, siempre me arrepiento.... Es algo superior á mi que....

—Los nervios! los nervios! exclamó L'Ar-

chiduc entusiasmado. Esos tiranos que dominan y gobiernan al organismo y hasta á la misma razon. Dios ha tenido la crueldad de envolver nuestro cuerpo en esa red de hilos blancos, que obran como los alambres de la pila eléctrica. El mismo choque se reproduce en todas partes, y como el cerebro es la oficina central, es allí donde los estragos son mayores. Yo os absuelvo, buena muger, porque sé que sois inocente; yo sé que vuestro acto ha sido fatal. . . . Hay hasta nobleza en vuestro robo. . . .

—Sí, sí, exclamó Graziela. Es una madre que roba para su hijo!

—Que roba juguetes, señora! dijo Clarette entusiasmada.

Y volviéndose luego al agente de policía, le dijo con pasion:

—Sabeis, Mr. L'Archiduc, que muchas madres á quienes haceis caridad, os agradecerian mas una muñeca para su hija enferma, que el pedazo de pan que les dais para que maten su hambre? Sabeis que la envidia, que no se despierta en nuestro seno al ver

vuestro dinero y vuestro lujo, ruge en nuestra alma cuando vemos á vuestros hijos con juguetes, y los nuestros llorando porque no los tienen ?

—Sublime abnegacion! dijo L'Archiduc conmovido Ah! buena, exelente madre! Ya no penareis mas, ni tendreis remordimientos. Vuestro hijo tendrá juguetes como el mio. . .

—Señor!. . . .

—Sí, porque sino os los diera yo, vos los seguirias robando. Vuestra monomanía es una inclinacion fatal, vinculada á vuestro organismo. El vértigo que en vos produce la vista de los juguetes, es el mismo que produce el precipicio. El abismo fascina, y el hombre que perece atraido hasta su fondo por aquella fascinacion, no es un suicida. El amor de vuestro hijo os arrastra fascinada á robar los juguetes que él desea, y vos no sois una ladrona.

—Ah! gracias, gracias, señor!

Una escena tiernísima siguió á estas palabras de L'Archiduc.

La muger culpada, habia sido absuelta.

Aquel agente de policía excepcional, aquel antiguo estudiante de medicina; aquel profundo fisiólogo,—había adivinado en Clarette una de esas monomanías que conducen *fatalmente* al individuo á cometer actos ilícitos.

—La responsabilidad penal, decia L'Archiduc, debe estar en relacion directa con la voluntad culpable del actor. En Clarette no hay *voluntad*, sino *fatalidad*, cuando roba juguetes para su hijo. Luego no es culpable.

Y con estas ideas, él y su amigo el Doctor Carhué, se habian lanzado á buscar como resolver, en cada caso, esos problemas tremendos que, con frecuencia, ofrece el ejercicio de la ciencia penal.

Ah! Feliz del pueblo que logre realizar, como aplicacion de la ley, esa máxima que formaba la base de las investigaciones de L'Archiduc.

## VIII

Los Doctores Boumont y Carhué, iban á proceder al exámen medico-legal del cadáver de Elena Latouret.

Estendido sobre la mesa del comedor, que, como se recordará, era la pieza vecina á aquella en que se cometió el crimen, el cuerpo de Elena estaba completamente desnudo.

L'Archiduc y el Juez de Instruccion se hallaban allí.

—Ni una sola equimosis! dijo L'Archiduc, despues de haber exáminado todo el cuerpo.

—No hay señal alguna de violencia, agregó el Dr. Boumont.

—Observaba la espesion del rostro, dijo Carhué. Pocas veces he visto tan señalada en la fisonomía, la última emocion que se experimentó en la vida.

—El espanto está pintado en su semblante, murmuró el juez.

—El espanto y la sorpresa, dijo el Doctor

Carhué; porque, si reparais en la manera como se han abierto los ojos, observareis que las pupilas miran para arriba, en tanto que la boca entreabierta parece haber dejado escapar un grito de susto. Esto me hace creer que el golpe ha venido de lo alto. . . .

—Como de lo alto? preguntó el juez.

—¿Cuál creis que fuera la posición del cuerpo, en el momento en que ha sido herido? dijo L'Archiduc.

—A juzgar por la herida, contestó el Doctor Boumont, que es penetrante, de atrás á delante y de derecha á izquierda, puedo suponer que esta dama ha estado sentada, habiendo recibido el golpe en esa actitud, y sin esperarlo.

—¿Sentada? ¿Donde?

—Quizá en el borde de la cama, á los piés de ella, donde se vé la gran mancha de sangre.

El Doctor Carhué reflexionaba en silencio, contemplando el cuello herido de Elena.

Después de un momento, dijo, dirigiéndose al Doctor Boumont:

—¿Que os parece, Doctor, sí, ante todo, examinamos la herida, precisando exactamente su direccion? Esto nos facilitaria para conocer en que posicion ha sido matada Madama Latouret.

—Creo que seria lo mas conveniente, contestó el otro médico.

Los dos facultativos comenzaron el exámen, sondando primero la direccion de la herida por medio de un estileto romo, y diseccionando luego todo el cuello, á fin de dejar descubiertos los órganos comprometidos.

La herida estaba colocada sobre la carótida derecha, que habia sido tronchada, penetrando oblicuamente de atrás á delante, y de derecha á izquierda, como se habia dicho. La parte anterior estaba desgarrada, probando así que el lomo del cuchillo habia roto allí los tejidos.

El exámen minucioso hecho por los facultativos, vino á probar que Elena Latouret habia sido asesinada, en momentos en que no estaba sola.

Todas aquellas huellas que la medicina

legal sabe encontrar, en esos casos, en el cadáver, estaban allí patentes á la vista de los espertos.

En tanto que el exámen pericial se hacia, L'Archiduc observaba. . . .y callaba.

De pronto se le vió salir del comedor, dirigirse al patio y entrar en la pieza en que se habia cometido el crimen.

Se acercó al lecho, y púsose á reconocer los muebles y tapices manchados con sangre.

Hablaba solo, diciendo palabras sueltas é incoherentes, como el hombre que, absorto por una preocupacion especial, no se cuida de lo que le rodea.

Hacia largo tiempo que se le veia ir y venir, arrugar el entrecejo, y dar muestras de impacencia ó desesperacion, cuando, de repente, abrió desmesuradamente los ojos, se iluminó su rostro, golpeó la frente con la palma de su mano derecha, y exclamó:

—Bendita sea la ciencia, que todo lo ilumina!

Y, como si un éxtasis divino dominára á

aquel hombre jóven, su fisonomía tomó esa melancólica belleza que sirve de sello al génio.

Dobló las rodillas sobre el lecho, examinó la gran mancha de sangre que se veía en el centro de la cama, junto á la puerta que dividia aquella pieza del comedor vecino, y luego, satisfecho de su inspeccion, descendió del lecho, colocó la lámpara sobre la consola, y volvió á reunirse á los facultativos.

Estos acababan de terminar su obra, tan hábil como prolijamente hecha.

L'Archiduc, sin hablar á nadie, se acercó á la puerta de aquel comedor que comunicaba con el dormitorio, sacó la silla que estaba delante ella, quitó el único pasador que la cerraba y la abrió.

Todos volvieron entónces la cabeza.

El lecho quedaba delante de aquella puerta, y la gran mancha de sangre en el centro del cuadro formado por el marco.

—Que haceis, Mr. L'Archiduc? preguntó el Juez de instruccion.

—No lo estais viendo, señor? Abro esta puerta, como lo ha hecho el asesino.

—¿Qué decis? exclamó el Doctor Carhué.

—Que el matador de Madama Latouret no es el hombre que estaba con ella en el dormitorio.

—No os entiendo. . . .

—Es bien sencillo. La colocacion de la herida, abierta en el costado derecho del cuello, de atrás á delante, y de arriba abajo, me prueba que esta jóven no ha podido ser muerta por una persona que estuviese á su frente.

—A no ser por un zurdo, dijo el Doctor Boumont.

—¿Pero que deducis de vuestro argumento? preguntó el juez.

—Que la herida ha sido hecha por la espalda, dijo L'Archiduc.

—Y aunque asi fuera, agregó Carhué, ¿porque no habria podido ser el matador el hombre que *consta* se hallaba con ella? ¿Sabemos acaso la posicion en que la señora ha sido herida?

—Sí, sí, la sé! exclamó L'Archiduc.

—Como? Cuál era?

—Sabeis?....

—Venid, señores, aproximad esa luz, y examinad, como yo lo he hecho, esta gran mancha de sangre que está frente de esta puerta.

Y L'Archiduc, victorioso, indicaba con el dedo la que se veía en el centro del lecho, junto á la pared divisoria, entre el comedor y el dormitorio.

Es sangre arterial, dijo secamente el Doctor Boumont.

—Este inmenso coágulo así lo prueba, agregó Carhué, levantando la masa compacta de sangre arterial allí detenida.

—La carótida ha sido cortada, dijo L'Archiduc, y la primera hemorragia ha sido esta. Luego es aquí donde la cabeza estaba cuando la arteria fué tronchada. Examinad las otras manchas de los pies de la cama y del tapiz. La sangre venosa es mas abundante que la arterial. La muerte es-

taba muy próxima, cuando esta dama ha caído sobre el pavimento.

Los médicos hicieron el exámen á que L'Archiduc les provocaba, y tuvieron que reconocer que todas las observaciones de aquel hombre extraordinario eran exactas.

—Sí, no cabe duda, dijo el Dr. Carhué, la cabeza ha estado aquí cuando recibió la herida.

—Por mi parte, yo tambien me inclino á creerlo, agregó el Dr. Boumont.

—Ah! sí! ello es bien claro. La posicion en que Madama Latouret se hallaba al recibir el golpe, ha sido esta.

Y L'Archiduc, pasando al dormitorio, se tendió de espaldas, atravesado sobre el lecho, de manera que su cabeza viniera á quedar sobre la mancha de sangre, junto á la puerta del comedor, dejando que las piernas colgasen al lado opuesto.

—Es en esta actitud, agregó, que el asesino la ha herido, colocándose él donde estais vosotros.

—Pero esta puerta estaba cerrada, y no

cabe una persona entre la cama y la puerta, dijo el juez.

—Sí, señor, estaba cerrada cuando nosotros entramos, pero ella ha sido abierta con la misma facilidad con que yo lo he hecho ahora. Reparad sino en la colocacion y en la direccion de la herida, y comprendereis que es imposible que, estando Madama Latouret acostada como yo lo estoy, es imposible, repito, que pueda herirla una persona que esté á su frente.

—Efectivamente, dijo el Dr. Boumont La herida es á la derecha, y la parte desgarrada queda en el borde anterior, lo que prueba que ella ha debido ser hecha de este modo.

Y el médico, acompañando la accion á la palabra, tomó con la mano izquierda la frente de L'Archiduc, que permanecia acostado, é hizo con el brazo derecho el ademan de darle una puñalada sobre el cuello.

—Eso no, dijo el Dr. Carhué. El matador ha podido estar en el dormitorio, y de frente herir á su víctima. La herida, á pesar

de su direccion, puede haberse hecho por la persona que acompañaba á Elena.

—Como? preguntó L'Archiduc sorprendido.

—Espera! No te muevas, y voy á demostrártelo practicamente.

Y el Doctor Carhué pasó por encima de la cama al dormitorio.

—Yo creo como vosotros, dijo, que Madama Latouret ha estado acostada de espaldas, atravesada en el lecho, sin almohadas, así como L'Archiduc está ahora. El asesino se ha parado donde yo me encuentro de pié, junto á las piernas colgantes de la dama. Su bata desprendida y las demas evidencias que tenemos, nos autorizan á creer que el hombre que la acompañaba, podia acariciar libremente á esa muger.

—En cuanto á eso. . . . .

—Sabeis que no hay una sola equimosis que justifique la sospecha de actos violentos. Todo ha sido voluntario y. . . . . quien puede lo mas, puede lo menos.

—Bien! sigue, dijo L'Archiduc. Supon-

gamos que el hombre iba á acariciar á la dama. . . .

—Bien, pues. Al abrazarla ha podido . . . . Espera, voy á buscar algo que reemplace al puñal, y á hacer yo como si fuera el matador.

El Doctor Carhué se volvió y, buscando, encontró un lapicero del largo de veinticinco centímetros, próximamente.

—Ya lo tengo! dijo. Este lapicero es el puñal; tu, L'Archiduc, eres Madama Latouret; yo el hombre que la acompañaba. Mirad, pues, cómo él ha podido matarla, en esa posicion, y con esa misma herida.

Y el jóven médico escondió el lapicero dentro de la manga de la levita, reteniendo uno de los extremos entre su mano derecha. Luego se acostó junto á L'Archiduc, como si fuese á besarlo. Pasó el brazo derecho por debajo de la cabeza de aquel, de manera que la mano podia acariciar el cuello, exactamente en la misma parte donde Elena tenía colocada su herida.

Entónces sacó, con la misma mano, el la-

picero que tenia entre la manga, y punzando con él el cuello de L'Archiduc, sobre la carótida derecha, le dijo:

—Ahí tienes cómo ha podido ser herida esa dama.

La mano izquierda del Dr. Carhué, apoyada sobre el pecho de L'Archiduc, le impedía hacer movimiento alguno.

—Es claro! Eso sí que lo entiendo, dijo el Juez.

—Ya decia yó! agregó Mr. Boumont. No es tan fácil andar abriendo puertas sin hacer ruido.

Cuando Carhué y L'Archiduc estuvieron de pié, pudo verse la distinta emocion que experimentaban aquellos dos hombres.

El uno, el médico, estaba satisfecho de su perspicacia.

El otro, el agente de policía, estaba anadado por el desencanto.

La demostracion práctica del Dr. Carhué habia producido un efecto terrible.

Todo el simpático plan de investigaciones

á lo desconocido, que L'Archiduc se habia formado, desaparecía violentamente.

El agente de policia parecia desesperado.

De pronto, se notó en él una reaccion. Pasó al comedor, tomó la luz, se acercó á la puerta abierta, y luego examinó el pavimento inmediato á ella.

—Ah! estás muy equivocado, Carhué, le dijo levantándose. Las cosas no han pasado así.

—¿Cómo que no?

—Te lo voy á probar. Tú me has enseñado á ser observador, y á no despreciar los detalles. Si acierto, tuyo será el triunfo, pues soy tu discípulo.

—Veamos, veamos cómo....., dijo impaciente el Juez.

L'Archiduc miró á todos con aire satisfecho, y luego dijo:

—Vosotros sabeis que la medicina ha establecido como axioma que, cuando hay una preocupacion que absorbe el espíritu del hombre, el organismo se niega á desempeñar ciertos actos.

—Es indudable, dijo el Dr. Boumont.

—Bien, pues. Si el asesinato se hubiese producido como Carhué lo pretende, tendria que reconocerse que existió premeditacion. Sin ella, el puñal no habria podido ser ocultado dentro de la manga, para ser empleado en un momento tan supremo.

—Quizá teneis razon. . . . .

—Luego, si los actos del hombre que acompañaba á Madama Latouret, *prueban* que no estaba preocupado de un crimen, él no es el asesino.

—Eso no basta. . . . .

—Espera, Carhué. No es eso todo.

—¿Que mas, pues?

—Si esta puerta estaba cerrada cuando se cometió el asesinato, la sangre que ha saltado de la arteria cortada ha debido mancharla. Vosotros sabeis que la sangre arterial, y, sobre todo, tratándose de una seccion completa de la carótida, sale á chorros, que alcanzan á alguna distancia.

—Es verdad.

—Estando tan cerca la puerta del sitio

que ocupaba la cabeza de Madama Latouret, pues que apenas habrian veinte centímetros entre una y otra, la sangre de la herida ha debido manchar la puerta. Examinada. No está manchada.

Los médicos y el Juez se aproximaron á buscar en la puerta, las huellas de sangre que debia haber. No las hallaron.

—Buscadlas, en cambio, aquí, en el pavimento del comedor, dijo L'Archiduc, doblando la rodilla sobre el suelo.

Los demas le imitaron, acercando la luz.

—Mirad! Mirad! aquí una mancha. Ved otra, otra, tres, cuatro, cinco. . . . .

—Hay muchas gotas, mas ó menos grandes, perfectamente señaladas en el piso, dijo el juez. La tabla del pavimento ha absorbido la sangre, pero la mancha conserva aún su color rojo subido.

—Y bien? . . .

—Esto prueba que la puerta estaba abierta cuando se cometió el crimen. La sangre salida de la carótida cortada, ha manchado el piso, pasando por entre el marco.

La demostracion de L'Archiduc no admittia réplica.

Todo cuanto habia dicho era perfectamente exacto.

—Pero, aún no es eso todo; agregó L'Archiduc. Reparad en esos ojos del cadáver. La última mirada que los debió animar en la vida, está vuelta hácia arriba. La dama estaba acostada, segun mi opinion. Luego ella ha procurado ver á su asesino, que la atacaba por la espalda. Ahí teneis esplicada la espresion del rostro. Ahí teneis esplicada esa mezcla de sorpresa y de terror que está impresa en la fisonomía.

El majistrado estaba sorprendido ante la perspicacia de L'Archiduc, á quien los médicos felicitaron por la exactitud de sus observaciones.

## IX

Mr. Emilio Comin, el dependiente de la casa de Mr. Sure, á quien Latouret acusaba del asesinato de su esposa, era un hombre bellísimo.

La imaginación fantástica de las mugeres soñadoras, tenía que ser herida por el hermoso contraste que presentaba en su fisonomía, aquel jóven extraordinario.

En su rostro, animado por toda la lozana juventud de sus veintidos años, dos grandes y rasgados ojos azules, plácidos como el cielo americano, brillaban como estrellas bajo la eterna noche de su cabellera negra y ondulada.

De su frente, pálida y angosta, como la de las antiguas estátuas griegas, nacia una nariz borbónica, que venia á limitarse en el negro y sedoso bigote, que, adornando su labio superior, sombreaba una linda boca, nido voluptuoso de una dentadura blanquísima.

Esta hermosa cabeza, era complemento de un cuerpo gallardo y elegantemente modelado.

Su talento no estaba en relacion con su figura.

Sin embargo, para una muger como Elena

Latouret, que solo amaba la belleza física, Comin era admirable.

Para tal muger, tal hombre.

Dependiente de la casa de Mr. Sure, compañero de trabajo del marido de Elena, y capaz de todas las traiciones, Emilio Comin no fué leal á la franca amistad que Latouret le brindaba.

Quizá habia una causa para que Comin tratase de justificar su conducta desordenada.

Desde muy niño, Emilio habia amado á Sofía Comin, su prima, hija de un hermano de su padre, muerto el 2 de Diciembre, cuando la metralla barria las calles, para amontonar los escombros sobre los cuales se alzó el Imperio de Napoleon III.

Sofía amaba tambien á su primo. Educados y criados juntos, sus esperanzas y sus aspiraciones se confundieron.

No obstante sus proyectos fracasaron, ante una de esas frecuentes combinaciones que, en Europa, forman las convenciones matrimoniales.

Sofía Comin fué unida á Mr. Eugenio Ludes, tio de Emilio, pues era hermano de su madre.

Este casamiento desesperó al jóven. Comenzó por abandonar sus estudios, para terminar por ser un calavera.

Su carácter feroz, dominado hasta entonces por su pasion por Sofía, se manifestó desde ese momento en todos los actos de su vida.

—Ah! me la han quitado! decia llorando. Sofía no es mia yá! Otro hombre es su dueño?... Pues bien! Yo me vengaré.

Y Comin, buscando esta venganza, habia lanzado esta terrible amenaza, que fué el programa de su existencia:

—Un marido me ha arrebatado á Sofía? Guerra á los maridos!

Emilio, desde entonces, fué un asíduo perseguidor de todas las mugeres casadas, jóvenes y bellas, que encontró en su camino.

Mas de un lance sangriento, y mas de una estocada, le costó su conducta. Sin embargo, el peligro no le detenia.

—Mi vida no tiene mas mision que vengarme, solia decir. El dia en que Sofía haya sido mia, estaré satisfecho, porque estaré vengado.

Comin no tenia afecciones, sino por su única hermana, Luisa, viuda de un rico fabricante de hules, que la dejó al morir una gran fortuna.

Luisa no tuvo hijos, de manera que, sin mas compañía que su hermano, habia encerrado en él, su prima Sofía, y su exelente tio Ludes, todo su cariño.

Solo ella era capaz de contener á Comin en sus desbordes; y, mas de una vez, con su fortuna particular, pudo evitar grandes disgustos á aquel jóven atolondrado.

La noche en que Elena Latouret habia sido asesinada, él estaba en la habitacion en que fué muerta, y, á pesar de las deducciones de Mr. L'Archiduc, fué él quien dejó allí olvidado el paletó.

Enrique habia dicho la verdad, cuando aseguraba haber visto y reconocido á Comin en el momento en que huia.

La direccion que este había tomado, era la misma indicada por Latouret. Siguió por la calle de Visconti en direccion al Luxemburgo, y, poco ántes de llegar á este, entró en una casa, situada frente al Odeon.

Era la de su tio Mr. Eugenio Ludes, el dichoso marido de la hermosa Sofía.

Cuando Comin entró en el pequeño salon, la familia, sentada al rededor del hogar, escuchaba la lectura de una mística página de Fenelon, que Luisa, la viuda hermana de Emilio, leía en voz alta.

Si un observador hubiera mirado á Sofía, habria notado que su rostro cambió de color, sus ojos se animaron, y un ligero estremecimiento convulsionó su cuerpo.

Aunque el andar de Comin fuese natural, y nada hubiese en sus ademanes que revelase preocupacion, la buena Luisa adivinó que algo extraordinario pasaba en el espíritu de su hermano.

—Que tienes, Emilio? Estás pálido! fueron las palabras con que Luisa saludó á Comin.

—Pálido? Será talvez el frio, pues no siento nada.

— Acércate al fuego, hijo mio, dijo el anciano tio, separando su silla como para dejar un sitio donde se colocase otra.

—Sí, lo haré, contestó Comin, y puso una butaca entre las de su hermana y su prima.

Desde el momento en que Emilio habia entrado, la jóven Sofía no habia alzado los ojos de su bordado sino una vez, al llegar su primo.

Sus lábios no dijeron una palabra, y su rostro, pálido unas veces, encendido otras, revelaba la lucha interna que le dominaba.

Comin estaba aparentemente alegre.

Su carácter atolondrado le hacia audaz y chistoso.

Comenzó á decir gracias, y muy pronto desapareció de entre aquellas gentes, esa pequeña nube de terror que se produjo al entrar Emilio.

—Temí que estuvieras enfermo, dijo la exelente Luisa.

—No, estoy sano, y soy feliz, contestó Emi-

lio con una voz que hizo estremecer á la bella Sofía.

Las miradas de los dos jóvenes se encontraron, y dos emociones distintas se produjeron á su contacto.

Comin sintió que la irradiacion de la dicha iluminaba su rostro. Sofía se cubrió de la pavorosa palidez de la muerte.

Luisa lo observó, y queriendo abreviar aquella situacion difícil dijo:

—Voy á seguir leyendo. Oye tú, Emilio, lo que dice Fenelon, que te conviene tener sentimientos cristianos.

La suspendida lectura de Fenelon continuó, y Mr. Ludes reanudó su interrumpido sueño, arrellanándose en el sillón que ocupaba.

Mientras Luisa leía, Comin hablaba en voz baja á Sofía, que no le contestaba.

Mas de una vez, con el pretesto de examinar el bordado que su prima hacia, procuró tomarle una mano, que la joven retiró prudentemente.

Aquellas escenas mudas no tenian testi-

gos, á pesar de la presencia de Mr. Ludes y de Luisa. Esta, con los ojos fijos en el libro, y aquel entregado al sueño, no podían ver la insistencia amorosa de Comin y la pudorosa esquivez de Sofía.

Por fin sonaron las once y media en la campana del reloj vecino.

Luisa seguía leyendo.

—Basta de silencio, Sofía, dijo Comin á esta en voz baja. Irás ó nó? Exijo una palabra de respuesta.

Sofía no contestó. Comin continuó.

—Bien: no necesito saber mas. Lo que te decia en mi carta esta mañana, no era una amenaza para hacerte ceder. Mañana todo habrá concluido.

—No, por Dios! Tu no lo harás! dijo por fin la asustada niña.

—Te lo juro por la memoria de mi madre!

—Emilio! exclamó Sofía con voz suplicante.

—Si no vas esta noche. . . .

—Basta! Iré!

Sofía se transformó completamente al pronunciar este monosílabo.

Una lágrima traidora se atrevió á revelar la emocion de su alma, viniendo á apagar el brillo de sus hermosos ojos.

Comin, por el contrario, estaba radiante. Su espléndida belleza habia sido ataviada con todas las galas que las pasiones encendidas prestan al rostro.

Nunca luces mejor combinadas han iluminado una fisonomía.

Misterioso poder del amor y del deseo, que reanima y ennoblece á la materia misma!

Cuando Comin hubo obtenido aquella promesa, no quiso permanecer mas allí.

— « Iré ! » habia dicho Sofía.

Él estaba demas en aquella casa.

En otra parte debia esperar.

Comin se levantó, y anunció su marcha.

— Sí, contestó su hermana. Ya es hora de retirarnos.

— ¿ Tan pronto? la preguntó cariñosamente Sofía.

— Es cerca de media noche.

—Eugenio! Eugenio! dijo la jóven esposa, moviendo suave y amorosamente el brazo de su anciano marido. Despierta, Eugenio, despierta! Luisa ya se vé.

—Pues es cierto! exclamó sonriendo, y restregándose los ojos, Mr. Ludes. Pues es cierto! me habia dormido.

El buen hombre, no tenia la mas leve sospecha de los propósitos de Comin respecto de su muger.

Jamás la duda habia podido nacer en su alma, pues él, que habia servido de padre á ese jóven, no podia suponerle capaz de una infamia semejante.

Ludes sabia que su muger habia tenido amores inocentes con su primo, pero él consideraba, todo concluido desde que Sofía se habia casado.

Y Ludes tenia razon en cuanto á su esposa.

La niña, virtuosa, y llena de abnegacion, amando á su primo con locura, le habia dicho la misma noche de la boda:

—Emilio, te he amado y te amo todavia,

pero jamás seré adúltera. Quiero y respeto al hombre que mis padres me han dado por esposo. Seamos capaces de la virtud, respetando ámbos á mi marido, tú, como al que fué tu único padre, yó, como á mi único señor!

Comin habia llorado, y, ese dia, sus lágrimas fueron sinceras y puras.

Sin embargo, Sofía habia mantenido inquebrantablemente su propósito.

Todo fué inútil. Los ruegos del amante se estrellaron contra la virtud de la esposa. Las amenazas de Comin, se quebraron en la abnegacion de Sofía.

—¿Que me importa la muerte, decía, si he cumplido con mi deber? La muerte es un momento, y la tranquilidad del alma es eterna!

Durante el año que llevaba de casada, Comin no habia perdido ocasion de volver á la carga. Siempre se estrelló contra la indiferente frialdad de Sofía,

Aquella noche fué una de tantas.

Pero, aquella noche Comin estaba satisfecho. Sofía le había prometido ir.

¿ A donde ?

Cuando el viejo marido se despertó, entre las sinceras caricias de su jóven esposa, Comin se puso pálido.

La ira, mal comprimida; el amor, no estinguído; los celos provocados, comovieron toda su naturaleza.

Sofía estaba preocupada, y no reparó, ó fingió no reparar, en la emocion de su primo.

Quizá aquella muger amaba á Emilio, pero amaba mas su deber. Su cariño filial, para con aquel noble anciano, la fortalecia.

Cuando los hermanos Comin salieron, en la calle yá, Emilio dijo á Luisa:

—Vamos á tomar un carruage, pues no debemos ir á casa ahora.

—Porqué? preguntó la viuda sorprendida.

—Porque necesito hablarte. Yo no puedo ir á dormir en casa sin peligro.

—Que quieres decir? espícate por Dios!

—Ah! es largo de esplicar, y lo haremos mejor en un coche.

En ese momento cruzaba un carruaje por delante de ellos.

Emilio le llamó. Subieron, y Comin dió al cochero la direccion del Palacio Real, que está al otro lado del Sena.

—Por-Dios! Emilio que has hecho? dijo Luisa llena de terror.

—Necesito huir esta noche. He perdido mi empleo y cuanto tenia.

—Como? Has jugado?

—No, insensata! He hecho una nueva calaverada, y puedo ser víctima de ella.

—Otra calaverada? Que....

—Es inútil. No puedo decirlo. No me preguntes, pues.

—Ni á mí?....

—Ni á tí, porque me condenarias con razon. Necesito dinero, y quiere que me lo des. Mañana saldré de Paris, y todo se arreglará en breve.

—Dinero?... Yo no tengo dinero conmigo. En casa....

—Bien.... Bien yo quedaré en la Plaza

del Palacio Real. Tú iras á casa, allí tomarás el dinero y vendrás á buscarme.

—Pero en casa.....

—Qué?.....

—Te buscarán talvez.....

—Ah! sí, quizá me busque Mr. Latouret..... Sabes? El otro dependiente de Mr. Sure?... El marido de Elena....

—Sí, sí, sé quien es.

—Si fuera él á buscarme, dile que no estoy en casa. Que he salido temprano de Paris y no he vuelto.

El carruage estaba cerca del Palacio Real, y Luisa suplicaba á su hermano que la dijese lo que habia pasado. Comin resistencia.

Llegaron y ámbos descendieron.

Cambiaron dos palabras, dándole Emilio las señas exactas de donde debía esperarla, y ella, subiendo á su carruage, dió la direccion de su casa.

Sin embargo, á mitad de camino, cambió de resolucion, y ordenó al cochero que volviese á casa de Mr. Ludes.

—Mi tío tendrá dinero disponible, pensó ella, y él mismo se lo llevará á Emilio.

Ah! cuán distante estaba Luisa de la escena que la esperaba en casa de su tío.

Cuando ella llegó, la puerta de calle estaba cerrada.

Llamó, é, inmediatamente, le abrieron.

—Está levantado mi tío? preguntó.

—Ah! sí, señora, contestó el sirviente. Cuando el señor la mandó llamar....

—Me mandó llamar?...

—Como? No han dicho á la señora que Mr. Ludes necesitaba verla....

—No. Pero veamos.

Y Luisa subió rápidamente la escalera, entrando en el saloncito.

Su tío se paseaba lentamente, envuelto su rostro en el velo de la mas sombría melancolía.

La dulce Sofía, lloraba medio ocostada en un sofá.

Ni una palabra interrumpía aquel silencio, que solo turbaban los sollozos de la jóven.

—Que hay? preguntó Luisa conmovida.

Mr. Ludes no contestó.

Se acercó á una mesa, y tomó de sobre ella un papel desplegado que allí habia, en tanto que Sofía se abrazaba del cuello de su prima, diciendo:

—Soy muy desgraciada, Luisa!

—¿Pero que pasa por Dios? insistió la viuda.

—Toma. Leé. . . . y compréndelo todo!

Luisa tomó desesperada el papel que su tío la entregaba, y al colocarle bajo sus ojos exclamó:

—Es la letra de Emilio!

—Sí, . . . . de Emilio! dijo el marido de Sofía, de una manera terrible.

Luisa leyó en voz alta.

La carta decia así:

Sofía:

La lucha no puede ser eterna. Al fin es necesario vencer ó ser vencido.

Yo no puedo continuar un combate, en que consumo mi vida y martirizo mi espíritu.

No has querido escucharme, hasta ahora,

y, sin embargo, sé que me amas. Acabemos, pues!

La desesperacion de perderte, ha arrebatado á mi alma todas sus virtudes. Réstame solo una:—la esperanza.

Sobre sus álas me elevo, cuando me acerco á tí.

Basta de lucha, Sofía! Necesito, exijo, que esta noche vayas al baile de máscaras del teatro de la Grande Ópera.

No digas que es imposible. Mi tío te lo ha propuesto ayer delante de mí, y tú no dijiste que no irias.

A la una de la mañana yo estaré en el palco número 23. Es menester que vayas allí.

Si no lo haces, si te niegas á oirme, no quiero continuar una vida imposible.

A las seis de la mañana estaré muerto, y.... que Dios perdone tu alma en el dia del eterno juicio.

Piensa y siente. Si la razon puede mas que el amor, cumple tu deber junto al marido, y deja que el amante desaparezca.

Hasta luego, en la Opera, ó hasta la eternidad desconocida.

*E.*

Cuando Luisa hubo concluido esta carta, el papel temblaba en sus manos como en las de un azogado, y lágrimas abundantes corrían de sus ojos.

—Que dices ahora? preguntó Mr. Ludes con severa tranquilidad.

—Que es muy desgraciado, tío! Ah! ahora comprendo todo! Ahora sé porque me ha dicho que mañana. . . .

—Qué? Se matará? dijo Sofía ajitada.

—No sé. Me ha pedido dinero esta noche, porque mañana dice que debe salir de Paris. Se vá á matar, sin duda! dijo la viuda llorando.

—Es lo mejor que puede hacer! agregó tranquilamente Mr. Ludes.

—¿Que decis, tío?

—Que esa es la única solución honorable de este asunto. Él amenaza á Sofía con su muerte si no vá esta noche á la Ópera. Sofía no irá. . . y que él cumpla su promesa.

—Tío!

—Si no, le mataré yó.

—Por Dios! tío! dijo Luisa.

—Eugénio! exclamó cariñosamente Sofía.

—No hay otro camino posible. El ingrato me ha querido deshonar. No ha respetado la castidad de esta niña, y seguirá infamándome.

—Pero ¿ esa carta? preguntó Luisa.

—Me la ha dado él esta mañana, diciéndome que la leyese y que le contestase esta noche.

—Y tú?....

—Yo.... le he dicho que iría, pero después he tenido temor y remordimiento, y le he dado la carta á Eugenio, confesándole todo.

—Ah! y vos sabeis, tío, cuál es el carácter de Emilio. Se matará! no lo dudeis, se matará.

—Mejor! contestó con indiferencia Mr. Ludes.

—Oh! yo quiero salvarle. Necesito verle ahora mismo. Mirad, tío, mirad. Va á ser

la una. . . . la hora de la cita, . . . y es menester hablarle ántes de que vaya al teatro. Tío ¿teneis dinero ?

—¿ Que piensas hacer, Luisa ?

—Darle cuanto me pida, cuanto quiera, y obligarle á que salga mañana de Paris. Decirle que vos conoceis el secreto de sus amores, y confiar á Dios, que todo lo puede, el éxito de mis esfuerzos.

—Y si no cede ? . . . .

—Si no cede . . . .

Luisa no pudo continuar. Las lágrimas ahogaron su voz. La idea del suicidio posible de su hermano la aterraba.

Sofía estaba en una situación de espíritu angustiada.

La mas terrible de las luchas internas, iba enflaqueciendo sus fuerzas.

Jamás su amor por Emilio se habia revelado en su alma con mas intensidad.

¡Quizá la niña estaba arrepentida de no haber cedido!

Oh! El deber! el deber! tirano de los

sentimientos, que aleja á los seres creados del amor infinito!

La situacion no podía prolongarse:

—Ah! dadme dinero, todo el dinero que tengais, tio. Mañana os lo devuelvo.

—Tómalo, y haz lo que quieras.

Mr. Ludes fué á una de las habitaciones interiores, y volvió trayendo en la mano veinte billetes de mil francos.

—Veinte mil francos, dijo, dándolos á la viuda.

—Si no le bastan, mañana yo le enviaré mas. Ahora, tio, acompañadme

—A donde?

—Hasta el Palacio Real. Allí está Emilio esperando este dinero.

—Que yo te acompañe? Yo .. estás loca, Luisa.

—Sí, tio. Acompañad, y prometedme no decirle nada de lo que sabeis. Yo os juro que Emilio saldrá de Paris mañana, y despues . . . despues nos iremos juntos á América.

—Házlo, Eugenio! hazlo! dijo Sofia su-

plicante. Pongamos de nuestra parte todos los medios para que no suceda una desgracia.

Mr. Ludes pareció reflexionar. Después de un momento, fué á su escritorio, tomó de un cajon un pequeño revolver, que guardó en uno de sus bolsillos, y dijo á Luisa:

—Vamos!

Ambos salieron, dejando á Sofía inconsolable. La niña lloraba por temor de lo desconocido.

Mr. Ludes y Sofía tomaron el carruaje que esperaba á la puerta, y fueron hasta el Palacio Real.

La viuda indicó á su tío la conveniencia de que él no fuese al parage donde Emilio debía esperar, y Luisa se encaminó sola.

Comin no estaba allí. Un hombre que vió llegar á Luisa se acercó á ella y la dijo:

—Buscáis á Mr. Emilio Comin?

—Sí, caballero.

—Me ha dejado encargado de prevenir á la persona que le buscase, que estaría aquí mañana á las seis de la mañana.

—Se ha ido ya?

—Sí; dijo que debía estar en otra parte á la una, y como á esa hora no habiais venido. . . . .

—Basta, caballero. Ya sé donde llamarle.

Luisa volvió al lado de su tío.

—Emilio ya no está aquí. Ha ido al teatro de la Opera, sin duda. Voy á buscarle allí.

—Tú?

—Sí, tío. Tomaré un disfraz cualquiera, en una de estas casas donde los alquilan, y le hablaré.

—¿Pero no piensas, Luisa, que Emilio es capaz de producir allí un escándalo?

—Creeis? . . . .

—Ah! lo temo todo de él.

—Pues bien. Nó le hablaré en el teatro.

—Sí, pero cuando él vea que tu, y no Sofía vá á la cita, comprenderá que sabemos todo. . . .

La viuda permaneció un momento silenciosa, y luego dijo:

—Ah! ya tengo el medio de sacarle sin que sospeche. Mi figura y mi voz se parecen á las de Sofía. Yo entraré al palco, haciéndole creer que soy Sofía. La caréta me amparará. Manifestaré miedo de ser descubierta por vos, y así le obligaré á salir del teatro, y luego....

—Me parece bien ese plan, pero temo que ese muchacho violento, vaya á hacerte mal....

—Ah! no es capaz.

—Bien. Yo estaré cerca de tí.

Luisa y su tio subieron de nuevo al carruage, y tomaron la direccion de una de las tiendas de disfraces, inmediatas al teatro de la Grande Opera.

## X

Luisa Comin, la viuda, hermana de Emilio, era una muger modelo.

Jóven, llena de belleza, capaz de las mas vehementes pasiones, habia conservado en

su alma el culto que su marido la inspiró, en la tierra.

Ella comprendía que el amor es lo que mas acerca al infinito, y amaba despues de la muerte al que habia amado durante la vida.

Las horas de su dia, las empleaba en hacer el bien. La caridad, convertida en virtud cristiana, era dulce ocupacion de sus mañanas.

La lectura de libros místicos fortalecía sus creencias, robusteciendo su fé católica, y por la tarde, cuando la iglesia constante á la hora del *Angelus*, invitaba á los mortales á orar, ella doblaba silenciosa la rodilla para elevar hasta el cielo una plegaria purísima.

El ángel de la esperanza llevaba entónces sobre sus alas, el ruego que Luisa dirigia al Dios único, pidiéndole por el bien de los suyos.

Aquella interesante muger no era una fanática.

Tenia la infinita ventura de creer, y quien crée. . . . espera.

Ella esperaba que Emilio abandonaria un dia su camino extraviado, y la esperanza, ese faro que nos alumbraba el último tramo de la vida, alimentaba sus fuerzas.

Cuando, esa noche, iba á buscar á su hermano al teatro de la Grande Opera, mientras caminaba al lado de su tio, cubierto el rostro con una careta de seda, y envuelto su cuerpo en un ancho dominó rosado, la buena Luisa lloraba y rezaba.

Sarcasmo horrible que producen los misterios de la vida!

Una muger que vá á un baile de máscaras, lleva el llanto en los ojos y la plegaria en los lábios!

—No sé si deberiais entrar vos, tio? dijo Luisa en voz baja á Mr. Ludes al llegar al vestíbulo del teatro.

—Y cómo no he de entrar! Emilio no creeria que Sofía está aquí, si no me viera.

—Ah! es verdad. Pienso que seria bueno, no solo que entraseis conmigo, sino que, án-

tes de que yo vaya al palco, paseáramos juntos para que él nos vea.

—Eso es. Hagamos bien esta infame comedia!

Y aquella pareja penetró en el inmenso salon de la Grande Opera, á confundirse entre los millares de hombres y mujeres que allí pululaban.

La careta ocultaba mal la emocion de la casta Luisa.

Mil sentimientos encontrados ajitaban su seno.

El temor del porvenir, tan preñado de desgracias desconocidas; la repulsion que le inspiraba el recinto y las gentes que la rodeaban; la austeridad de sus costumbres, ofendida por los espéctaculos indecentes que se veia obligada á contemplar,—todo se reunia y confundia en su cerebro, próximo á desvanecerse.

—Ah! tio, no puedo mas! dijo, por fin la infeliz viuda.

—Que sientes?

—Estoy mal, muy mal. Llevadme cerca

de donde Emilio esté. Concluyamos de una vez.

—Míralo! Allí está, en aquel palco de enfrente. Debe ser el que indicó en su carta. Pasemos por aquella portada del extremo derecho, y luego tú sigues sola por la galería.

—El número es 23, si mal no recuerdo. Aquí tengo la carta, dijo Luisa.

—No no, guárdala, pues podría verte. Estoy seguro de que el número indicado es el 23.

Mr. Ludes acompañó á Luisa hasta la galería que conducía á los palcos.

Allí se separó de la viuda, ocultándose de manera que pudiera ver la puerta del palco 23.

Luisa llegó á ella y llamó.

Comin abrió inmediatamente.

—Sofía! dijo este al entrar.

—Emilio, no puedo mas dijo Luisa, y cayó desmayada entre los brazos de su hermano.

La fuerza misma de la lucha moral que

aquella muger sublime venia manteniendo, la habia producido el vahido que la postró.

Emilio no sabia que hacerse.

¿Como llamar en su auxilio, sin comprometer á Sofía, puesto que su marido estaba allí?

El tenia la seguridad de que aquella muger, que estrechaba con voluptuosidad entre sus brazos, era su hermosa prima.

¿Como consentir que una mirada imprudente llegase á ver aquel rostro divino?

La naturaleza robusta de Luisa vino en su auxilio.

La viuda volvió rápidamente en sí, é inmediatamente de poder hablar, dijo á su hermano:

—Sácame, sacame de aquí! me ahogo! necesito aire!

—Sí, si, vamos. Aquí, muy cerca, en la calle Neuve des Mathurins tengo tomado un pequeño departamento en el piso bajo de una casa. Iremos allí.

—Oh! llévame donde quieras, pero necesito salir de aquí! agregó Luisa.

La semejanza de voces que habia entre Sofía y Luisa, engañó completamente á Emilio, que creyó que esta era aquella.

Por otra parte, él no tenia la mas leve sospecha de cuanto pasaba. Se creía correspondido por su prima, y, teniéndola á su lado, consideraba que aquellos sufrimientos eran los últimos espasmos de la víctima en frente del altar del sacrificio.

Ambos querian, *necesitaban*, salir del teatro.

Salieron. En la calle yá, Luisa se sentia tan débil que comprendió, iba á desmayarse de nuevo.

—Quisiera tomar un poco de agua, dijo la viuda.

—Sí, sí, entremos en este café. Tomarás agua azucarada, con algunas gotas de vino de Oporto.

—Prefiero no entrar. Esperaré aquí afuera, entra tu y haz que me sirvan.

Estaban sobre el Boulevard, y todos los cafés permanecian abiertos.

Luisa quedó en la puerta de uno de ellos y Emilio entró solo.

Poco despues, este salia trayendo en un plato un vaso de agua azucarada con algunas gotas de vino.

Si algun L'Archiduc hubiera seguido á Comin en el corto trayecto que recorrió, desde el mostrador del café hasta la puerta, habria podido observar en él una emocion, mal encubierta por su mirada ansiosa.

Ah! tenia razon para ello.

Despues de recibir el vaso, negándose á que un mozo del café lo llevase, Emilio Comin sacó del bolsillo de su chaleco un pomo pequenísimó.

Hizo un movimiento como para revolver el contenido del vaso, y vació en él algunas gotas del licor narcótico que el pomo contenia.

La inocente Luisa bebió con deleite aquel brebaje. Necesitaba reparar las fuerzas que la emocion la habia quitado, y ella confiaba en que aquella bebida se las devolveria.

— Ahora vámonos. A pocos pasos de

aquí tengo un apartamento preparado, dijo Comin.

—Sí, sí, llévame; allí hablaremos. . . . murmuró Luisa.

Ambos siguieron el Boulevard, hasta llegar á la calle Neuve des Mathurins. Allí doblaron á la derecha caminando muy lentamente, pues la viuda podia apenas andar.

De pronto Emilio volvió la cabeza, y notó que, á poca distancia de ellos, caminaba un hombre, que parecia medir su marcha por la de la pareja.

Comin reconoció en él á su tio Mr. Eugenio Ludes.

—El marido nos sigue! pensó Emilio, y oprimiendo dulcemente contra su pecho, el brazo de su compañera, la dijo:

—Sofía, apresura tu paso. Un hombre nos sigue, y no quiero que nos reconozcan.

Luisa se estremeció al oirse llamar Sofía. Sin embargo, hizo lo que Emilio la indicaba.

Cinco minutos despues llegaron á un an-

cho portal, abierto en el centro de un espléndido edificio de tres pisos.

Comin llamó. Abrieron, y la pareja atravesó un zaguan, iluminado apenas por la débil luz de un quinqué.

Siguieron hasta el fondo, á cuyo costado derecho estaba una pequeña puerta.

Emilio la abrió. En ese momento la silueta de un hombre, de pié, pudo verse dibujada en el gran portal de la calle.

—Entra, Sofía, y espérame. Tu marido nos ha seguido!

Comin dijo esto, impeliendo á Luisa suavemente, hasta obligarla á entrar en la habitación que acababa de abrir, cuya puerta cerró inmediatamente, sin oír una queja que la viuda iniciaba diciendo:

—Emilio, óyeme. . . .

La oscuridad envolvió á Luisa.

Estaba encerrada sola, dentro de una pieza que no conocía.

Tuvo miedo de la sombra y del paraje.

Ella, pura y cristiana, amaba la luz. La luz, creacion divina, con que Dios ha queri-

do inundar la naturaleza para revelar al hombre todos sus actos, invitándole á que destruya el secreto!

Y esa luz no existia sino en el alma irradiada de Luisa.

La tiniebla, que el hombre ha inventado para ocultar sus crímenes, envolvía á aquella muger purísima.

Andando con pié tímido, buscando amparo en las sombras, Luisa avanzó, á tientas hasta un canapé, donde se dejó caer, postrada por la desesperacion y el miedo.

Emilio, en tanto, habia salido á la calle.

Su tio estaba inmediato al portal, y finjió no reconocerle.

—Como ? sois vos, tio ? le preguntó Comin, dirigiéndose á él.

—Sí, sí, soy yo. Te he visto salir de la Grande Ópera, acompañando á una muger, y te he seguido.

—Ah! es cierto. Una amiga estaba allí. Se ha sentido mal, y la he acompañado hasta su casa.

—Y . . . vive aquí ? . . .

—Sí, aquí vive. Si nos habeis seguido, habreis visto que nos hemos detenido sobre el Boulevard, para hacer que mi compañera tomara un poco de agua azucarada. Estaba tan mal....

—Y vos os vais?....

—Sí, yo vuelvo al baile.

—Entonces iremos juntos. Yo tambien voy allá. Sofía debe encontrarse en algun palco, porque no la he visto.

Los dos hombres se encaminaron á la Grande Ópera.

Cada uno desempeñaba el papel que habia adoptado en aquella sombría tragedia.

Comin fingía creer que Sofía estaba aún en el baile, cuando él creia estar seguro de tenerla encerrada en su apartamento de la calle Neuve des Mathurins.

Mr. Ludes, fingia ignorar quien era la muger que Emilio habia sacado del teatro.

Inmediatamente de entrar, Comin llamó á uno de sus amigos, y le dijo:

—Entreten á mi tio. Tengo una *bolada* que no quiero perder y mi tio me espía.

El calavera comprendió lo que Emilio necesitaba.

Se acercó á Mr. Ludes, y, despues de saludarle cariñosamente, y hablar de cosas oportunas, le invitó á ir al café.

Mr. Ludes hombre de mundo, se dió cuenta de todo, pero él tambien deseaba dejarse entretener, para que Emilio volviese á reunirse con Luisa.

Cuando este vió que su tio se alejaba, salió del teatro y corrió el departamento de la calle Neuve des Mathurins.

Abrió la puerta de la pieza donde estaba Luisa, y llamó en voz baja.

—Sofía! Sofía!—

El silencio, repitiendo suavemente el eco de la voz de Comin, fué la única respuesta.

Emilio penetró. Cerró tras de sí la puerta, y luego:

—Donde estará? se preguntó.

Encendió un fósforo, y á su lumbre pudo verse el cuerpo de Luisa, acostado sobre un sofá, vuelto el rostro, cubierto con la careta, hacia la pared.

—Duerme, dijo Comin. El narcótico ha hecho su efecto. Aprovechemos el tiempo, y evitemos resistencias.

Se acercó resuelto á la muger dormida, y, con salvaje pasion dijo:

—Mi venganza se cumple!

.....

El fósforo se apagó.

La negra oscuridad, más profunda aún que la tiniebla misma, envolvió con su manto terrible aquella habitacion.

¡Era menester tanta sombra, para velar tanto crimen!

Cuando Luisa volvió en sí, se escuchó un grito angustioso:

—Infame! dijo la voz ahogada de Luisa.

—Ya es tarde! contestó Comin con sarcasmo.

—¿Que has hecho, insensato?

—Me he vengado....

Los sollozos ahogaron la palabra en la garganta de la mas infeliz de las mugeres castas.

—Abre esa puerta y déjame partir, dijo despues de un momento.

—Te acompañaré al teatro.....

—Nó, sola! sola! dijo suplicante Luisa.

Comin encendió otro cerillo. El foco de la luz se redujo al estrecho espacio ocupado por aquel hombre infame y aquella muger purísima.

Las sombras, rodeando la pieza, hacía mas tétrica y visible la oscuridad.

Emilio estaba radiante de alegría y de belleza.

Los rayos de la luz reflejaban brillantes sobre sus ojos húmedos

Luisa habia envuelto su cara en la capucha de su dominó rosado.

La infeliz muger temía que la careta no bastase para ocultar su rostro y su vergüenza!

Comin quizo abrazarla, y ella, como la leona matada, saltó para alejarse.

—No me toques! Abre esa puerta!

Emilio sintió miedo.

¿Era, acaso, la voz de la conciencia?

Fué silencioso hasta la puerta, y abrió.  
Luisa salió sola.

## XI

Emilio Comin quedó como petrificado.

El acento con que Luisa le mandó abrir la puerta, y el ademan de dignísima ofensa con que le impidió que la tocase, habian producido en Comin gran impresion.

Luisa tuvo tiempo de salir de la casa calle Neuve des Mathurins, reunirse á su tio, y echar á andar, ántes de que Emilio hubiese vuelto de su paroxismo.

Poco á poco fué serenándose.

—Pobre Sofía! dijo por fin. Eh! ella se tienela culpa. Si no se hubiera casado.....

Y luego calló de nuevo.

Encendió otro fósforo, buscó su sombrero, cerró la puerta del teatro de aquel crimen, y salió á la calle.

—Si mi tio sospechára.....dijo y una carcajada completó la frase con que el mal

sujeto se burlaba del marido de la mujer que creía su víctima.

Luisa, en tanto, habia envejecido quince años en una hora.

La primera cana debió aparecer esa noche en su cabello!

Si el dolor tuviese poder para matar, la pobre Luisa estaria muerta!

Al salir de la calle Neuve des Mathurins, habia tropezado con su tio que la esperaba.

¡Cuan léjos estaba Mr. Ludes de sospechar la escena tremenda, en que Luisa acababa de ser actora!

El marido de Sofía habia ido allí por motivos completamente distintos.

El buen hombre conocia el carácter violento é irascible de su sobrino.

Muchas veces habia sido testigo ó actor en cuestiones de familia, donde Emilio habia producido grandes escándalos.

Ciego de enojo, habia amenazado de muerte á los que le contrariaban, al extremo de ser menester sujetarle como á un loco furioso.

Diríase que era en efecto demente.

En los muchos lanceos personales que habia tenido, jamás quiso ceder á las indicaciones de sus amigos para evitarlos ó arreglarlos, sin batirse.

—El duelo y el suicidio entran en mi programa de vida! solia decir con frecuencia.

Y ese dicho lo habia probado.

Se habia batido cinco veces y una vez intentó suicidarse.

El puñal penetró en su pecho, pero la vida encontró pequeña la herida para escapar por ella, y continuó animando aquel hermoso cuerpo.

Emilio habia hecho gala de cumplir siempre lo que prometia hacer.

Cierto dia se hallaba en una reunion de amigos, y les apostó á que probaba un revolver en sí mismo.

—A que no lo haces, dijo uno de sus camaradas.

Una detonacion fué la respuesta.

La bala penetró en el muslo derecho, un poco arriba de la rodilla, y atravesó la carne, sin herir, felizmente, el hueso.

El profundo desprecio que Emilio Comin tenía por su vida, inutilizada por el casamiento de Sofía, le hacían despreciarla y esponerla.

El no quería vivir, pero el destino se empeñaba en no matarle.

Los que le conocían, sabían, sin embargo, que él era capaz de suprimirla en el momento en que se hallase fatigado.

De ahí nacía el miedo de Luisa. Ella comprendía que su hermano cumpliría la amenaza hecha en la carta á Sofía.

Pero, el fatal engaño de Comin, le hacía, en ese momento, amar la vida.

Él estaba persuadido de que la muger que había sido suya, en medio de las sombras del cuarto de la calle Neuve des Mathurins, era Sofía.

¿Como no amar la vida despues de la victoria?

El triunfo no inspira jamás el suicidio!

Luisa se había reunido á su tío, que la esperaba anhelante:

—Y bien? la preguntó al ofrecerla el bra-

zo, en que la infeliz muger se apoyó con fuerza.

—Mañana saldrá de Paris.— Os lo juro por mi vida! habia contestado la pobre viuda.

El esposo ultrajado estaba satisfecho. Tenia la prueba de la leal honradez de su muger. El alejamiento de Emilio le aseguraba su tranquilidad futura.

¿Que mas podia desear?

Cuando llegaron al teatro de la Grande Ópera, tomaron un carruage y dieron al cochero la direccion de la casa de Mr. Ludes.

Ah! ya era tiempo de que volvieran!

La infeliz Sofia yacía presa de la mas horrible desesperacion.

Al bajar del carruage, el sirviente que vino á abrir la puerta, les dijo lo que sucedia.

Ludes y Luisa subieron y, efectivamente, hallaron grave á la hermosa niña.

La fiebre devoraba su cabeza, y el delirio se manifestaba en su palabra y en sus ojos.

—Verdad que no se ha muerto por mí? preguntaba ansiosa.

—No, no, hija mia. Está vivo, está sano! contestaba el noble anciano, procurando calmar á Sofía.

—Ah! pero . . . tus manos están manchadas con sangre! Que es eso! Eugenio . . .

Y esa locura transitoria que producen las fiebres nerviosas, seguia ajitando el cerebro y el alma de la tierna Sofía.

Todos los cuidados que el amor y el cariño pueden prodigar al desgraciado, los recibió la niña querida.

Mr. Ludes iba y venia, con una actividad agena á sus años. Luisa habia olvidado sus propios males, en frente de los de aquella desgraciada inocente.

Pero . . . el tiempo, ese insaciable devorador de cuanto vive, corre tambien para los desgraciados.

Un péndulo sonó las tres de la mañana.

Sofía mejoraba, al dulce influjo de los cuidados que la prodigaban.

El timbre del reloj estremeció á la viuda, que, solo entonces, pensó en ella.

—Las tres! Ah!... y á las seis me esperará Emilio en la Plaza del Palacio Real... Es mejor que me vaya á mi casa...

La viuda se despidió de su tío y de su prima, y tomó el carruaje que la esperaba á la puerta, sin consentir que Mr Ludes la acompañase.

Dió al cochero su direccion, y el coche partió á gran trote.

Cuando llegó, la encontró custodiada por la policía.

Los guardianes del orden se precipitaron sobre la portezuela del carruaje, al verle detenerse frente á la puerta de la casa de Comin.

—No es él! dijo el primero que vió que era una dama.

—Quien? preguntó esta sorprendida.

—Buscamos á Mr. Emilio Comin, dijo el agente.

—¿ A mi hermano?

—Su hermano! dijeron á un tiempo ámbos polizontes.

Luisa descendió del coche, y subió á su domicilio.

Los agentes subieron tras de ella. Llevaban la órden para allanar el domicilio.

La viuda estaba consternada.

—Que hay?... Porqué perseguis á mi hermano?... preguntó llorando.

—Ah! no es por nada bueno.

—Qué? Ha hecho algo?....

—Friolera! La pobre Madama Latouret, ya no podrá contarlo.

—Madama Latouret?.... Que tiene que ver ella?....

—Que la han muerto.

—Muerto! Que decis?....

—Fingid no saberlo!.... Ah! ya veremos. Si no decis donde está vuestro hermano, os prenderemos á vos.

—A mí?... á mí? porqué?...

Y Luisa desesperada, combatida por tantas emociones, comenzó á llorar amargamente.

Los agentes hablaron entre sí, y resolvieron que uno de ellos fuese á consultar sobre la conducta que debían seguir.

El otro guardaba, en tanto, la puerta de la calle.

La infeliz viuda no podia ya resistir tanto conflicto.

Su espíritu noble, siempre cerca del cielo por la pureza de sus costumbres y la castidad de sus pensamientos, estaba atribulado.

Las palabras del Rey Salmista brotaban de sus labios, para pedir á Dios consuelo para su alma desesperada.

Entró en su habitacion, cёрrose por dentro, y quiso, en vano, pedir reposo al sueño.

Desnudóse y se puso en cama. La razon, rebelde á la voluntad, velaba, y los ojos no pudieron cerrarse

Abatida por la tristeza y la fatiga, quiso buscar un refugio en la oracion, . . . en la oracion, recinto sagrado que abroquela á las almas puras contra todos los ataques del infortunio!

Saltó del lecho, desnuda como estaba, y dobló las rodillas desesperada, frente de la única imagen que habia en la pieza.

¡Tétrico espectáculo el que aquella situación ofrecia!

Luisa, vestida apenas con su blanca bata; suelto el cabello, desnudos los hombros y los piés; postrada de hinojos frente de la imagen de la madre de Dios, parecia la estatua de la desesperacion implorando al génio de la tranquilidad!

El altar en que Luisa oraba, era una amenaza cruel á su alma doliente.

Una concha marina, colmada de agua bendita, servia de base á una copia de la Concepcion de Murillo, pintada sobre porcelana.

La hermana de Comin se habia arrodillado frente de ella, y, poniendo la cabeza entre las manos, para soportar su peso, aumentado por la fiebre y el martirio, lloraba en silencio.

De pronto, alzó la vista, como para pedir

inspiracion y fuerza á la muger divina que concibió sin mancha al hijo de un Dios.

Sus ojos se encontraron con la mirada sonriente de la Virgen purísima.

—La Concepcion! gritó Luisa. La Concepcion!

Y su rostro tomó la espresion mas sombría que jamás haya pintado el dolor en una fisonomía humana.

—La Concepcion! volvió á murmurar en voz baja, y luego, con palabra apenas articulada, con medroso pensamiento y vergonzoso terror, se atrevió á temer, mas que á decir:

—Si yo hubiese tambien concebido!.....

Toda su horrible situacion se presentó entonces ante sus ojos!

Saltó convulsiva, y, de pié, oprimiendo la cabeza entre las manos, exclamó desesperada:

—No, no!... madre del hijo de mi hermano!.... Ah! no, no! Seria espantoso!

Y Luisa, desfallecida por la fuerza del sufrimiento, cayó desplomada sobre el lecho.

Las lágrimas no consuelan, pero desahogan.

El peso del dolor disminuye, cuando se puede llorar.

La razón de Luisa fué serenándose por grados.

—Ah! yo necesito reposar mi cerebro! dijo; y luego, volviéndose hácia la imagen de la pura madre del Cristo, sin fuerzas para arrodillarse, la dijo:

—Reina de los cielos, ayúdame! Vuestro hijo anunció á la Samaritana que no era menester adorarle en el templo ni en la montaña. Basta que la plegaria se alce del fondo del alma, para que, en álas del rayo de luz, se eleve hasta El que todo lo irradia con su lumbré! . . . Ah! yo le adoro, madre divina! Vos lo sabeis, vos lo sabeis, señora! . . . Yo he conservado plegadas, en el hogar de mis recuerdos, las álas inmortales de mi espíritu, en tanto que las mugeres que me rodean las tendian abiertas por los espacios vacíos. . . . Mi mundo lo ha llenado mi vir-

tud cristiana. . . . Ah! ¿porqué Dios ha consentido que tanta infamia me avasalle?!

La oracion es el tributo que el hombre debe al Creador, . . . ah! pero la oracion es tambien la esperanza!

La queja de Luisa llegó al cielo. Los ángeles la llevaron junto al trono del Eterno, y un suspiro del aire que aquella muger aspiraba, la inundó de consuelo.

La tranquilidad la permitió pensar, y el pensamiento la aconsejó una conducta á seguir.

—Nadie conoce mi secreto, dijo. Emilio crée que ha abusado de la pureza de Sofía. . . . Oh! jamás creerá que he sido yo. . . . Mi tio piensa que solo he hablado con mi hermano. . . . Sofía está pura, inocente y no sospecha nada. . . . Porqué decir á Emilio su error? . . . Oh! eso, . . . eso si seria matarle!

Y Luisa callaba desesperada, y sus ojos miraban los de la imágen pintada sobre la pila de agua bendita.

—Sí, sí, . . . pero le buscan para prender-

le. . . . Madama Latouret ha sido muerta! . . .  
Ah! ahora lo recuerdo! . . . Emilio me dijo  
que necesitaba salir de Francia porque habia  
hecho una calaverada! . . . Será quizá él? . . .  
Ah! no! . . . Emilio asesino? . . . Es imposi-  
ble!! . . . .

La infeliz viuda se deshacia. Las ideas  
se atropellaban en su cerebro, y ella no al-  
canzaba á dar forma precisa á los deseos  
de su alma.

—Le escribiré que le persiguen, decia. A  
las seis él me espera en la Plaza del Palacio  
Real. . . Sí, sí, le escribiré!

Luisa se levantó, y abriendo un elegante  
*secretaire*, colocado frente al lecho, se sentó,  
poniendo bajo sus ojos una hoja de papel  
blanco.

Tomó la pluma, y se dispuso á escribir.

Dos gruesas lágrimas brotaron de sus pár-  
pados, contemplando la página en blanco,  
iluminada por la suave luz de una bujía.

—Ah! dijo enternecida, ayer, . . . yo era  
tan pura coma esta hoja blanca de papel. . . .  
Ni una mancha! ni una sombra! . . . Hoy . . .

hoy algo mas negro que esa tinta empaña mi pureza!!

Y el llantó inundaba su seno desnudo, cuando inclinando la cabeza sobre el pecho, procuraba esconderse de sí misma, para que la vergüenza propia ¡no la persiguiera.

—No, no soy culpable! exclamó de repente, con el acento de la protesta convencida. No hay delito sin voluntad, y, vos lo sabeis, Dios mio! yo estaba narcotizada! . . . Le escribiré tranquila. Le diré que mi tio lo sabe todo. Que ha leído la carta, y que sabe. . . . NÓ! nó! si yo le dijese eso, se dejaría prender, se acusaria del asesinato de Madama Latouret, y. . . . Voy á escribirle. . . . Le mandaré dinero, y no le hablaré nada de la noche pasada. Que huya! que se vaya! que no volvamos á vernos nunca, y quede sepultado en el misterio eterno el mas nefando de los crímenes.

Se diria que Luisa estaba tranquila al adoptar esta resolucion.

Habia orado, y la religion y la plegaria prestan siempre consejo y dan consuelo.

Con mano febril trazó algunas líneas en el blanco papel, que esperaba su suplicio, con la misma inconsciencia con que, Luisa dormida en el sofá de la casa de la calle Neuve des Mathurins, esperó inocente su terrible profanacion.

Puso en el mismo sobre los veinte mil francos, que tomó de uno de los cajones de su *secretaire*.

Luego se levantó, y comenzó á vestirse, con la calma de la muger que ha resuelto ocultar al mundo vulgar, los martirios de su alma privilegiada.

## XII

Serian como las seis de la mañana siguiente á la noche en que Elena Latouret habia sido asesinada, cuando una muger jóven salió de la casa de Luisa Comin.

A juzgar por su traje era una sirviente. Llevaba una cesta al brazo, y, al verla, se diria que iba á hacer las compras para ese dia.

L'Archiduc, que habia hecho inútiles esfuerzos por saber donde podia encontrarse Emilio Comin, se ocultaba en la acera de enfrente, desde donde veía las puertas de la casa de Luisa.

—Ah! si yo lograra sorprender á este Mr. Emilio Comin! se decia. Si yo consiguiera hablar con él ántes que otros lo hicieran! . . . .

Y se paseaba de nuevo, fija la vista en las piedras del pavimento, y ámbas manos en los bolsillos del pantalon.

Cuando L'Archiduc vió la sirvienta salir de la casa, su rostro se iluminó.

—Si ésta supiese! . . . pensó, y se encaminó á su encuentro.

La niña no reparó en él, pero L'Archiduc la detuvo, diciéndola:

—Necesito hablaros, señorita!

—A mí? . . . Yo no os conozco, caballero.

—Soy un amigo de Mr. Emilio Comin, que tiene noticias. . .

—Un amigo? . . . preguntó la doncella, fijando sus grandes ojos pardos en los de L'Archiduc.

—Sí, un amigo íntimo, que desea salvarle. Decidme donde está? agregó el agente, fijando á su vez su vista en la sirviente.

Esta no pudo resistir la intensidad de la mirada de L'Archiduc. Instintiva é inconscientemente llevó la mano al seno, como si tratase de comprimirlo.

Un ruido casi imperceptible se dejó oír, ruido parecido al que produce un papel al arrugarse.

—Es una carta, pensó L'Archiduc.

—Yo....yo no sé donde está Mr. Emilio, dijo la sirviente. Anoche no ha dormido en casa. Pero,.... si sois su amigo, subid, hablad con Madama Luisa, y ella.... ella quizá os lo diga.

L'Archiduc sonrió de una manera imperceptible.

—Bien; seguid vuestro camino, dijo. Voy á subir á ver á Madama Luisa.

Se separó de la jóven, que apuró el paso como si huyese, y.... no subió.

—Ah! Madama Luisa sabe donde está su hermano! dijo cuando la doncella se alejaba.

Claro está, desde que esta me manda á que se lo pregunte á ella! . . . . Pero, esta muchacha tambien debe saberlo. . . . . Sí. . . . Sí. . . . eso es! Ahora lo comprendo todo. Madama Luisa ha escrito á su hermano la carta que esta chica lleva en el seno. Para enviársela ha necesitado decirla donde puede hallarle. . . . . He ahí como la sirvienta sabe que su ama conoce el paradero de Mr. Comin. Sigamos á la doncella y. . . . .

Y L'Archiduc, apresurando el paso, se puso á seguir á la sirvienta.

Esta llegó á la plaza del Palacio Real, y nada halló.

Mr. Comin no estaba allí. L'Archiduc la vió recorrer de un lado al otro todas las galerías que rodean los jardines.

Nada le llamó la atencion, sino la mal disimulada contrariedad que la niña experimentaba.

De pronto, un hombre salió de uno de los Cafés situados en aquel parage.

—Es mi hombre! exclamó L'Archiduc lleno de júbilo.

Era, en efecto, Emilio Comin.

La sirvienta, detenida por él, acaba de sacar del seno una carta, que le entregó.

L'Archiduc, llegando por la espalda de Comin, hizo sonar el silvato de un pito de plata, diciendo á Emilio:

—Estais preso! Es inútil resistir.

—Preso?... Resistir?... Porque? preguntó Comin, mas sorprendido que asustado.

—Despues lo sabreis. Seguidme.

Comin se sorprendió al ser arrestado, pero no opuso resistencia alguna.

—Debeis padecer algun error, caballero, le dijo atentamente á L'Archiduc.

—Oh! imposible! Imposible! Conozco vuestro retrato, y sé vuestro nombre.

—Mi retrato....

—Sí, Mr. Emilio Comin, vuestro retrato. Ah! no habeis sido prudente.... Pero, no perdamos tiempo. Seguidme.

—Sin inconveniente alguno.

El Juez de instruccion habia ordenado que, si Mr. Comin era preso, se le condujera á una de las celdas de la Prefectura, sin interro-

garle, ni hacerle conocer la causa de su prision.

Quizá Mr. Chaval temia alguna indiscrecion por parte de L'Archiduc, que tan empeñado se habia mostrado en considerar inocente á Emilio.

El honrado agente de policia cumplió fielmente su consigna. Sin hablar á Comin ni consentirle que hablase con nadie, le condujo á la Prefectura, é, inmediatamente de recomendar se le retuviese incomunicado, fuese en busca del Juez de Instruccion.

Cuando Mr. Chaval supo que Comin habia sido preso, exclamó:

— Gracias á Dios! Al fin! . . . Pero ¿ como habeis hecho para encontrarle?

— Ah! en cuanto á eso ha sido bien fácil, dijo L'Archiduc. Mr. Comin no se ha ocultado.

— ¿ Como? . . .

— Oh! no, señor. Le he tomado en el corazon de Paris; en la mayor reunion posible de gente.

— ¿ Donde?

—En el Palacio Real, Galería de Orleans. . . . .

—Tanta audacia me asombró exclamó el Juez.

—O tanta inocencia, dijo L'Archiduc humildemente.

—Luego insistís? . . . .

—En que Comin es inocente? . . . Hoy mas que ayer. Hoy me animaria á jurarlo.

—Teneis pruebas?

—Solo una. Su mirada tranquila en el momento en que fué sorprendido.

—Su mirada? . . . .

—Sí, señor. Vos sabeis que el arte puede finjir lo todo, todo, ménos la tranquilidad de la mirada ansiosa. Ah! vuestra esperiencia os lo habrá probado. Los músculos y las facciones del rostro, obedecen sumisas á la voluntad, cuando quiere imprimirse la expresion de la ira, del dolor, de la imbecilidad misma. Lo único que no puede fingirse es la tranquilidad. La emocion es un déspota que todo lo avasalla y sus ojos son sus verdugos.

—Y bien? . . .

—Y bien! Comin estaba tranquilo, reposado, sin ningun género de exitacion.

—Fingimiento, L'Archiduc, fingimiento!

—Imposible, señor. Su voz, sus ojos, su rostro, todo se armonizaba perfectamente con su actitud. Comin, estoy seguro de ello, no sabe siquiera lo que ha pasado en casa de Mr. Sure.

El Juez no podia comprender lo que L'Archiduc le aseguraba.

Tuvo deseos de interrogar á Comin inmediatamente, y se trasladó á la Prefectura de Policía.

Allí hizo comparecer al detenido, y, persuadido de que tenia que habérselas con un hombre intelijente, se preparó á sorprenderle en algun renuncio.

Mr. Chaval habia envegecido siendo Juez de Instruccion. Muchas veces, su práctica habia adivinado un criminal tras del mas impasible de los rostros. Muchas otras, su esperiencia le habia hecho encontrar un inocente, allí donde todo se reunia para condenar á un hombre.

El hábil Juez de Instrucción se disponía, en este caso, á reunir todos sus elementos de investigación, á fin de obligar á Comin á confesar su crimen.

Cuando el detenido compareció ante él, su rostro estaba pálido. Diríase que una agitación estraña se manifestaba en toda su fisonomía. Aquella tranquilidad en la mirada, de que L'Archiduc había hablado, no brillaba en los ojos de Comin.

El Juez lo notó. Una sonrisa de satisfacción se atrevió á dibujarse en sus labios, que la desterraron apenas iniciada, para restablecer la severa austeridad del rostro del magistrado.

—Sois?

—Emilio Comin, francés, soltero, de veintidos años, dependiente de la casa de Mr. Charles Sure, calle de Visconti, número 186 *bis*.

La precipitación con que Comin contestó, dando todos los detalles de su estado civil, sorprendió al Juez, que se apresuró á preguntar:

—Hasta que hora habeis estado anoche en casa de Mr. Sure?

—Como? Luego no hay error? Se trata efectivamente de mí? preguntó á su vez Comin sorprendido.

—No os entiendo. . . dijo el Juez procurando averiguar lo que el preso queria decir.

—Me he apresurado á daros mi nombre, mi edad, mi estado y mi profesion, porque estaba persuadido de que un fatal error habria producido mi prision. Sin embargo, ahora comprendo que no hay error en cuanto al individuo, sino en cuanto al hecho. ¿Querriais decirme, señor, de que se me acusa?

—¿ Vos lo ignorais? Eh! haceis mal vuestro papel de inocente!

El Juez dijo estas palabras con un desdenal, que aumentó la sorpresa de Comin.

—No sé si soy inocente, puesto que no sé de que se me acusa, contestó este algo repuesto. Tened la bondad de esplicaros, y despues me esplicaré yo.

Mr. Chaval miró á Comin de una manera

especial. Fijó sus ojos en los del detenido, y permaneció largo tiempo contemplándole.

Aquella tranquilidad en la mirada de que L'Archiduc habia hablado, brillaba ahora en los hermosos ojos del dependiente de Mr. Sure.

De pronto, el Juez de Instruccion bajó la cabeza, abrió rápidamente un cajon de su escritorio, y sacando de él varios papeles y un puñal, puso todo ello delante de los ojos de Comin, preguntándole:

—¿Conoceis estos papeles y esta arma?

El detenido se acercó á la mesa, tomó el puñal y dijo:

—Conozco esta arma. Es de Mr. Sure.

—¿De Mr. Sure? . . .

—Sí. La he visto varias veces sobre la gran caja que está en el despacho principal.

—¿Cuándo la habeis visto por última vez?

—No podria decirlo fijamente, pero hace cinco dias por lo ménos.

El Juez sonrió maliciosamente, y, luego, agregó:

—Y los papeles ¿ los reconocéis ?

Comin tomó el primero que cayó bajo su mano, y le desdobló rápidamente.

—Esta carta es para mí! exclamó sorprendido, cubriéndose su rostro de una palidez mortal.

—Reconocéis?... .

—Sí, señor Juez. Esta carta, estos papeles, esos retratos, todo, en fin, estaba en el bolsillo de un paletó que he dejado anoche en casa de Mr. Sure.

—Sin duda será este el paletó, agregó el Juez, sacando de un armario el que se había hallado en la habitación de Elena Latouret.

—El mismo! El mismo! dijo Comin, demostrando en la expresión de su fisonomía una sorpresa cada vez mayor.

—La vaina de ese puñal estaba también en el bolsillo de ese paletó.

—La vaina de ese puñal? No os entiendo, señor Juez.... .

Había algo tan persuasivo en el lenguaje de Comin, y en la entonación de su voz, que

el Juez quedó de nuevo contemplándole por largo rato.

—¿Si efectivamente tendrá razon L'Archiduc? dijo el magistrado en voz baja, y luego volviéndose á Mr. Comin agregó:

—Puesto que decis ignorarlo, os lo diré todo. Este puñal ha servido de instrumento á un crimen atroz....

—Un crimen?... ah! ya comprendo; Mr. Latouret acaso?....

—No; Madama Elena Latouret ha sido asesinada anoche....

—Elena!...

—Y se os acusa....

—A mi?... Oh! es falso. Yo su asesino?....

—Vuestro paletó.....

—Sí; sí; mi paletó quedó allí, en su pieza, es verdad. Yo he huido, pero yo no he muerto á Elena.

—Entónces.....

—Ah! Señor Juez! Señor Juez! Es horrible? Yo os lo diré todo, y que la justicia se cumpla.

La vivísima ajitacion de Comin no era finida. La noticia que se le acababa de dar era inesperada para él.

Al dolor manifestado en el primer momento, siguió esa calma aparente que, por lo general, dominaba en su fisonomía.

### XIII

El Juez de Instruccion pareció convencerse de que era verdad cuanto Comin le habia referido.

Hizo venir á su presencia á Mr. Sure, para que reconociera el puñal, que Comin habia dicho pertenecerle, y el propietario de la libreria de la calle de Visconti estaba allí.

Tenia en su mano el cuchillo que se le habia entregado, y, examinándolo, decia al magistrado:

— No podria afirmar, señor, que este sea el mio. Es igual al que dejé yo sobre la gran caja de fierro, pero aquel no era el único en su clase.

El Juez hizo sonar un timbre, y apareció una ordenanza del juzgado.

— Mr. L'Archiduc ha vuelto ?

— No sé, señor.

Preguntad en la Prefectura, y, si allí estuviera, hacedle comparecer.

El ordenanza se retiró.

— En cuanto á vos, Mr. Sure, me hareis el favor de esperar un momento. Podeis sentaros, en tanto que el escribano estiende vuestra declaracion.

Poca importancia tenia, para nosotros, lo que Mr. Charles Sure habia dicho al Juez. Era solo un requisito legal oír al dueño de la casa donde el crimen se habia cometido, y el magistrado llenaba esa fórmula.

Lo único interesante por el momento, era averiguar si aquel puñal, instrumento del crimen, habia sido ó no tomado de sobre la gran caja de fierro de Mr. Sure.

L'Archiduc entró poco despues al despacho del Juez. Su rostro demostraba la mas plácida satisfaccion. Algo agradable para el agente debia tener que decir al majistrado,

porque la seguridad del deber cumplido, era lo único que prestaba esa luz extraordinaria á su rostro.

—Ah! sois vos? preguntó el Juez al verle salvar el dintel de la puerta. ¿Y bien?

—Está preso, contestó L'Archiduc.

—Preso?... Le encontrasteis?

—Sí. No ha opuesto resistencia alguna. Cuando le dije que vos le llamabais, me dijo que vendría. Como yo insistiese en que era menester que me siguiera, pretendió necesitar algo ántes de marchar.

—Y vos?...

—Yo comprendí que el hombre tenia sobre sí alguna cosa que le comprometiese, y no quise abandonarle un momento. Le he traído, y ha sido encerrado en una de las células de comunicacion.

—Bien, Mr. L'Archiduc, muy bien. En tanto que yo le interrogo, hacedme el favor de acompañar á Mr. Sure hasta su despacho, y ver si allí está el puñal que él dejó sobre la mesa.

L'Archiduc y el editor Mr. Sure salieron, y

el Juez dió orden para que fué debate introducido el preso que acababa de presentar el Inspector de policía.

Cinco minutos despues, Enrique Latouret, pálido, ojeroso y con ademan impávido, comparecia ante Mr. Chaval.

—Me han arrestado sin. . . . dijo el detenido al entrar, pero el Juez le interrumpió diciéndole:

—Soy yo quien debo interrogar. Limitaos á contestarme.

Latouret se estremeció. La manera como Mr. Chaval le recibia, le hizo comprender que sus circunstancias habian cambiado mucho en el ánimo del magistrado.

Aquel hombre recto, que ahora le trataba con tanta dureza, era el mismo que, la noche anterior, junto al cadáver de Elena, le habia tratado de consolar.

Latouret se repuso inmediatamente, y procuró darse cuenta de lo que le pasaba.

—Yo creí que tenia derecho de hablar, dijo.

—Solo cuando se os pregunte, replicó el Juez.

Y luego, dirigiéndose al escribano agregó:

—Leed á Enrique Latouret su declaracion indagatoria.

El marido de Elena se estremeció. El Juez de Instruccion al nombrarle, habia suprimido el tratamiento de *Señor*, con que hasta ese momento le habia llamado.

Leyó el escribano, y el magistrado, dirigiéndose á Latouret, le preguntó:

—¿Os ratificais en lo que habeis dicho ?

—Sí; en todo. Me ratifico, porque es la verdad.

—Os prevengo que debeis pensar en lo que decis. Podeis complicar vuestra situacion, agravándola con el odioso delito de falsa denuncia y de calumnia.

—No os entiendo, señor.

—Bien, bien. Yo no os incito á declararos culpable. . . . .

—Yo culpable ? . . .

Latouret palideció, y sus ojos tomaron el brillo que produce la fiebre intensa.

—Culpable?... culpable de que? repitió.

Mr. Chaval se puso á mirar fijamente á Latouret, como quien quiere leer el pensamiento, cuando la mente lo concibe, y ántes de que el lábio le dé forma.

—Mas es lo que se piensa, que lo que se dice! se dijo á sí mismo el Juez, y procuró sorprender á Latouret, sin preparacion.

—Se os acusa, le dijo el Juez, de haber dado muerte á vuestra esposa!

—Yo?... yo!... Mentira, mentira infame! Comin....

—Comin está preso.

—Ah! y él ha declarado?....

—Sí; el ha declarado que, en momentos en que él estaba con vuestra esposa, vos abristeis la puerta que comunica del dormitorio al comedor.

—¿Eso ha dicho? Pues miente. Llamadle, llamadle.

—Eso voy á hacer. Un careo será muy conveniente.

El Juez de Instruccion dió orden para que

Comin fuese traído, y pocos minutos despues el detenido compareció.

Al verle, pudo notarse en Latouret un estremecimiento nervioso que, reflejándose en los músculos de la cara, imprimió al rostro una de las espresiones mas siniestras.

Comin miró con semblante irritado al marido de Elena, y avanzó resueltamente hacia donde el Juez estaba.

—Ah! le habeis preso? preguntó.

—El detenido Latouret niega haber tenido participacion en la muerte de su esposa, dijo Mr. Chaval, sin contestar directamente á la pregunta de Comin.

—Niega? dijo sonriendo Comin. Ah! no lo estraño. La cobardía siempre vá unida á la infamia.

Latouret hizo un movimiento como para lanzarse sobre Comin.

—Quieto! gritó el Juez. ¿Que es eso?... Y vos, Mr. Comin, guardad en el lenguaje el comedimiento debido.

—Lo haré, señor. Quiero confundir á este hombre.

—A mí? preguntó iritado Latouret.

—Callad! dijo enérgicamente Mr. Chaval.  
Contestad solo cuando se os pregunte.

Y luego, dirigiéndose á Emilio agregó:

—El detenido pretende que habeis mentido al acusarle como presunto matador de su esposa. Repetid lo que habeis declarado.

—Sí, sí, quiero oírle! exclamó Latouret anhelante.

—Yo no he afirmado que Latouret haya asesinado á Elena, Señor Juez. Lo que he dicho, es que, dados los antecedentes, lo suponía.

—Antecedentes? Cuales? Decid cuales? gritaba el marido.

—Ah! vos los conocéis tan bien como yo. Yo estaba en la habitacion de madama Latouret. Era su amante....

—Mentís! infame!

—Os mando que calleis, Mr. Latouret! gritó el Juez.

—Haced, entónces, que se me respete,

contestó este. Ese hombre es un miserable, que miente cobardemente.

—No sé si Latouret conocía mis relaciones con su muger, dijo Comin tranquilamente. Sin embargo, el suceso de anoche me lo ha hecho creer así.

—El suceso de anoche? Qué suceso?

—Cuando yo me hallaba en la habitación de vuestra esposa, Elena se había acostado atravesada en el lecho. Yo estaba de pié junto á ella, y en ese momento, la puerta del comedor, que quedaba á espaldas de la cabeza de Elena, se abrió de pronto, y vos aparecisteis.

—Yo? mentís, Comin! Mentís como un villano.

—Oh!.. Vos sabeis que no miento. Erais vos; confesadlo. La luz os daba en el rostro, y un amante no confunde jamás la cara del marido de su querida con la de otro hombre.

—Os repito que estais mintiendo, agregó Latouret.

—Yo, cuando os ví, comprendí que estaba

descubierto, y huí. En la sala tomé, al pasar, mi sombrero. Sin embargo, había dejado en el dormitorio mi paletó, que me quité al entrar allí. En la calle yá, reaccioné, y hube de volverme temiendo que fuerais á hacer mal á Elena. Esperé un instante; no oí gritos ni lamentos, y entónces me fuí corriendo, pues temí que ibais á perseguirme.

Latouret iba perdiendo su serenidad por grados.

La calma con que Comin hablaba; le hacia mal.

El Juez, en tanto, observaba. Estaba leyendo las emociones de Latouret, por las rápidas y variadas alteraciones de su semblante.

—Vos sabeis, Señor Juez, que cuando he sido preso, yo ignoraba que Madama Latouret hubiese sido asesinada. Cuando me habeis mostrado el puñal, instrumento del crimen, os he manifestado reconocerle. Cuando me habeis hablado de la muerte de Ele-

na, entónces he sospechado que su marido era el matador.

—Es verdad. Fuí yo quien os dije que Madama Latouret había sido muerta, y entónces vos me habeis dado los detalles de ese crimen.

—Probadme! probadme, que yo soy el asesino, dijo Latouret. La ley me ampara, y no necesito demostrar mi inocencia. Es tan imposible que probeis que soy culpable, que no intento siquiera defenderme.

—Oh! no os equivoqueis, Latouret, dijo el Juez. Puede ser mas fácil de lo que vos pensais.

—Qué?

—Probaros la posibilidad de que vos seais el matador.

—Hacedlo! Hacedlo si podeis.

—Vais á quedarsatisfecho.

El Juez mandó que volvieran á conducir á Comin á su prision, y, cuando hubo quedado solo con Latouret y el escribano, dijo á aquel:

—El exámen médico-legal del cadáver

de vuestra esposa, ha probado que la herida ha sido hecha por la espalda.

—Y bien?

—Abierta la puerta que comunica del dormitorio con el comedor, y acostada Madama Latouret de espaldas sobre el lecho. . . .

—Pero ¿como sabéis que se hallaba en esa actitud?

—Ah! porque los médicos han reconocido, que la sangre arterial que mancha la colcha, en la parte que queda frente de la puerta del comedor, es la primera que ha escapado por la herida.

—Y aún suponiendo que así fuera. . . . .

—Las otras manchas encontradas en el pavimento de tabla del comedor, indican que esa puerta estaba abierta, y el asesino se hallaba allí de pié cuando cometió el crimen.

—Y bien? admitiendo cuanto vos decís, ¿porque no seria Comin y no yó el matador?

—Porque vos os habeis encargado de defender á Mr. Comin.

—Yo? Como?

—Con la *novela* del paletó y de la vaina del puñal. Vos mismo habeis reconocido que Comin estaba en el dormitorio, puesto que allí se encontró su paletó. El ha dicho que eso es verdad. . . . .

Un golpecito dado á la puerta, interrumpió al Juez.

—Ved quien llama, dijo este al escribano.

—Es Mr. L'Archiduc, dijo el empleado despues de haber abierto y visto quien era.

—Mr. L'Archiduc? . . . Bien. Que espere.

—Dice que tiene urgencia en hablaros.

—Ah! en ese caso, hacedle entrar, Mr. Albret.

#### XIV

L'Archiduc entró, trayendo debajo del brazo un voluminoso paquete.

Al mirarle, Latouret se estremeció, y el agente de policia dejó ver sus dientes, tras de la mas significativa de las sonrisas.

—Que hay, Mr. L'Archiduc? preguntó el Juez impaciente.

—Hay una evidencia mas, Mr. Chaval, contra este hombre.

—Como?

—Que decis? dijo Latouret.

—El puñal que ha servido para el crimen, agregó L'Archiduc tranquilamente, es el de Mr. Sure.

—¿ Como sabeis? . . . .

—Ah! no está sobre la caja, pero, en cambio, han quedado sobre ella las huellas del que le ha tomado.

—No os entiendo. . . .

— Yo os lo explicaré, señor Juez.

Y L'Archiduc, deshaciendo el paquete que traia bajo su brazo, dejó ver una levita de paño de color oscuro, en la que se notaban algunas manchas de sangre oreada.

—Esta levita es vuestra? dijo L'Archiduc á Latouret.

El marido de Elena se acercó para tomar aquella pieza de ropa y, examinarla.

No contestó durante algunos momentos, y como el agente de policía temiere que negase, él mismo agregó:

—Es la misma que teniais anoche cuando nosotros entramos, y que habeis dejado en casa de Jouvert.

Latouret, que no podia comprender á donde iba L'Archiduc, contestó:

—Sí, efectivamente, es la mía. Anoche despues del asesinato, cuando dejé mis hijos en casa de mi suegro, me cambié allí la ropa manchada con sangre por otra limpia....

—Bien, basta. Habeis reconocido como vuestra la levita, y esto es lo importante.

—¿Que quereis decir, Mr. L'Archiduc? preguntó el magistrado.

—Voy á decíroslo. Cuando me mandasteis para averiguar si el puñal de Mr. Sure, estaba sobre la gran caja de fierro, pude encontrar allí un rastro que he seguido con éxito.

—Un rastro?....

—Sí. La caja está en un ángulo del despacho, colocada sobre un pedestal de madera. Tiene, proximamente, dos metros de altura; encima de ella estaba el puñal, segun Mr. Sure había afirmado. Para poder ver

mejor, subíme sobre una silla, y... el puñal no se hallaba allí.

—Y bien?

—En cambio, trazados sobre el polvo sutil depositado encima de la caja, estaban perfectamente marcados los dedos y la manga del brazo que lo había tomado.

—Creeis?...

—Estoy seguro de ello. Aquellas huellas eran recientes. El polvo, levantado al barrer otras veces el despacho, no las había borrado, y, por tanto, yo estaba autorizado á creer que esas huellas habían sido dejadas anoche al tomar el puñal.

—Anoche? Comin ha dicho que...

—No sé lo que ha dicho Mr. Comin, pero yo tengo la prueba de lo que os digo.

—La prueba?... Veamos! gritó Latouret.

—Mr. Comin es mas alto que yó, y, por tanto, mucho más que Mr. Latouret, que no alcanza á tener mi estatura.

—Y?...

—Para tomar el puñal de sobre la caja, él no habría necesitado dejar los dedos mar-

cados en el polvo al arrastrarlos, tanteando, ni habría necesitado levantar con la manga de su levita la tierra depositada al borde de la caja.

—¿Habeis medido?

—Oh! lo he hecho yo mismo, delante de Mr. Sure. Puse un cuchillo de cortar papel en el lugar que se conocía había ocupado el puñal, y lo tomé sin ningun género de dificultad, y sin señalar huella alguna. Tenia, pues, la seguridad de que había sido un hombre mas bajo que yó, el que había tomado el puñal, y, uniendo esta á las muchas sospechas que tenia de Mr. Latouret, he pensado en él.

—En mí? gritó el marido de Elena.

—Sí, en vos. Recordé entónces que al volver de casa de Mr. Jouvvert, habiais cambiado de levita, y mis sospechas se aumentaron.

—Cambié la levita porque estaba manchado con sangre. . . .

—Os creo. No habeis pensado mas que en la sangre, y, sin embargo, otra es la mancha que mas os acusa

—Otra mancha? Que decis?

—Sí, sí; reparad, señor Juez, en toda la parte inferior de esta manga derecha. ¿No veis claramente estampado en ella el polvo de la caja?

—Efectivamente, dijo el magistrado, aquí se vé una gran mancha parduzca, como la que produce el polvo sutil.

—Y no es esa sola, agregó L'Archiduc. Mirad, aquí sobre el pecho, á la derecha, la mancha, está reproducida, con ménos claridad, pero con la bastante para hacernos comprender, que Mr. Latouret, despues de omar el puñal, lo ha escondido en el bolsillo interior de la levita, sobre el pecho izquierdo.

—Ah! eso no es verdad. Ese hombre está inventando una novela ridícula, dijo Latouret indignado.

—Oh! y todavía esto no es todo. Hay muchas otras cosas mas graves.

—Otras cosas?

—Sí, señor Juez. Las llaves de la caja han parecido.

—Como? Donde? preguntó el magistrado.

—Las llaves! . . . dijo Latouret cubriéndose de mortal palidez.

—Sí, las llaves! Contais demasiado con la fortuna, Mr. Latouret.

—No os entiendo. . . .

—Ah! me entendeis demasiado. Los perros no hablan, pero denuncian. . . .

—Los perros? . . . Querreis acabar de hablar, Mr. L'Archiduc? dijo el Juez impaciente.

—Un perro ha denunciado el lugar donde estas llaves se ocultaban, agregó el agente de policia, poniendo sobre la mesa del Juez un manajo de llaves pequeñas y de distintas formas.

Al verlas, hubiérase dicho que Latouret iba á desmayarse. Aún estaban llenas de tierra húmeda, como para probar que acababan de ser desenterradas.

—La presencia de estas llaves, dijo el Juez, prueba cuanto vos dijisteis, Mr. L'Archiduc, respecto á la manera como habia sido roto el bolsillo del vestido de Madama Latouret.

—Ah! es verdad! No habia pensado en ello. Solo habia visto desaparecer el móvil atribuido al pretendido delito de Mr. Comin, contestó el agente.

—Oh! . . . le defendeis demasiado! dijo Latouret.

—No soy yo. Vos le defendeis al acusaros.

—Quien podrá probarme que esas llaves. . .

—Las habeis enterrado vos? . . . . Os lo prueba este pedazo de la tela de vuestro pantalon, dijo L'Archiduc, sacando de su bolsillo una tela á cuadros, igual en el color y la clase al pantalon que Latouret vestia.

—Ah! el perro! gritó el marido de Elena.

—Sí; el perro de la casa de Mr. Jouvert, os desconoció anoche cuando fuisteis á esconder las llaves. Os atacó, y os arrancó este pedazo del pantalon, que ha quedado allí, en la huerta, como para indicar donde habiais removido la tierra.

El Juez tomó de manos de L'Archiduc la pequeña tela que le entregaba. Hizo que Latouret se aproximára, y pudo observar que, efectivamente, en la pierna izquiérda del tra-

je de Latouret, faltaba aquel pedazo de género.

—Y vos como lo supisteis? preguntó el magistrado á L'Archiduc.

—Casualmente, señor, casualmente. Mr. Jouvert me dijo que su yerno estaba desolado, que allí habia entrado presa de la mas viva agitacion, y aún agregó que se habia enfermádo. Yo quise que me mostrase lo que Latouret hubiese dejado allí, y Mr. Jouvert, inocentemente, me dijo que Latouret no habia dejado sino la levita, agregando que no creia que en la huerta, donde habia estado, hubiese otra cosa.

—Ah! ha estado en la huerta? pregunté yo.

—Sí, me contestó Mr. Jouvert.

Yo temí que pudiera haber escondido algo, y, entonces, revolviendo hallé las llaves.

Latouret estaba abatido. A medida que L'Archiduc mas hablaba, él mas desfallecia. Diríase que era un fuerte próximo á rendirse, y cuyos fuegos han cesado casi por completo.

Y L'Archiduc aún no lo habia dicho todo.

—Reparad en el interior de este bolsillo del pecho del levita, dijo al Juez.

—Sí, ya veo. Hay manchas de sangre oreada.

—Pues bien. Deben haber sido hechas al guardar las llaves en ese bolsillo, pues aún se nota sangre en estas, lo que prueba que la mano ensangrentada del matador las ha tomado.

El Juez examinó las llaves y el bolsillo, y dijo:

—Bien puede ser eso. Que decís, Latouret? confesais?

Latouret no hablaba. Las fuerzas y la audacia iban abandonándole, cuando L'Archiduc quiso todavía darle el último golpe.

—Pedid, Mr. Chaval, pedid á Mr. Latouret que os explique estas pequeñas manchas de sangre, inmediatas al cuello derecho de la levita.

Y el agente de policía señalaba, efectivamente, algunas manchitas de color oscuro, que se avivaban cuando se las raspaba con

la uña, y que estaban colocadas en la parte superior del pecho, y aún en la manga derecha de la levita.

Latouret hizo un esfuerzo y dijo:

—Esa sangre es la que ha caído sobre mi ropa, cuando sostuve el cadáver de Elena.

—No es verdad! no es verdad! contestó L'Archiduc. Los muertos no arrojan gotas de sangre, hácia arriba. Esas manchas, son de la herida, que, al abrirla vos con el puñal, os han salpicado el rostro, la camisa, y el cuello.

—No, no es cierto.

—Oh! estoy seguro de ello, así como de que habéis lavado el pasador de la puerta que comunica con el comedor, y que vos cerrasteis después del asesinato.

—Sabeis?

—He examinado ahora mismo ese detalle, señor Juez, y os bastará verle para persuadirlos.

Latouret no podía luchar más. Aquel agente de policía extraordinario, le había tomado entre las redes de su perspicacia.

—Basta! dijo por fin. Y bien! Sí, yo he muerto á Elena!

## XV

La tragedia habia concluido. Todo el interes dramático perdia, al parecer, su importancia.

L'Archiduc habia llegado á la meta. El velo de lo desconocido se habia rasgado ante sus ojos, y las sombras se habian desvanecido ante un destello de la luz de su génio.

Ahora solo quedaba lo que él llamaba *la prosa*. Ya estaba resuelto el problema. Todos los términos eran conocidos, y la incógnita habia sido despejada.

L'Archiduc estaba demás allí.

Pidió, pues, permiso al Juez para retirarse, y volvió á la Prefectura de Policia á buscar un nuevo misterio que fuese necesario descubrir, un nuevo crimen que fuese preciso esclarecer, una nueva tiniebla que fuese menester disipar.

En tanto, Mr. Chaval iba á tomar su pri-

mera, su mas importante declaracion al marido de Elena.

Latouret acababa de declararse el matador de su muger. Comprendia toda la gravedad de su situacion, y, sin embargo, estaba tranquilo.

Su rostro pálido, parecia iluminado por un destello de la luz divina. Diríase que los colores de las tardes de luna, se habian prestado á poetizarlo.

Habia dignidad, nobleza, hidalguía, en la actitud y en el rostro de aquel hombre, que acababa de acusarse de asesinato.

El mismo Juez de Instruccion, que tanta severidad habia usado para con él, se encontró dominado, enfrente de Mr. Latouret.

—¿Confesais que vos habeis muerto á vuestra esposa Elena Jouvert, en la noche anterior? le preguntó con voz dulce.

—Sí, lo confieso, y agrego que volveria á hacerlo si viviera, contestó tranquilamente Latouret.

—Que decis?

—Solo que, esta vez, tomaria mejor mis

precauciones, á fin de que mi plan tuviera completo éxito.

—Vuestro plan? Explicaos!

—Sí, sí, eso quiero hacer. No me tomeis, señor Juez, por un asesino vulgar. Todo lo contrario. Soy solo una víctima....

—Una víctima?....

—Sí, una víctima de la ley escrita y de la preocupacion social; un desgraciado que vá á purgar un delito que no ha cometido; un infeliz que no tiene siquiera el derecho de ser honrado!

El rostro de Latouret se encendió vivamente. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y la luz pareció quebrarse sobre el opaco cristal que cubrió sus pupilas.

Mr. Chaval arrugó el entrecejo, y presintió que, si la tragedia policial habia terminado para L'Archiduc, comenzaba ahora para él la tragedia jurídica.

Era menester establecer bien todos los accesorios de aquel crimen, para que el Jurado pudiese apreciar debidamente la responsabilidad criminal del actor.

—¿ Vos sois el matador, y os declarais la víctima? dijo sorprendido el Juez á Latouret.

—Y lo soy, señor Juez. La ley me ha colocado en una situacion tan desesperada, que cualquier camino que hubiese tomado, me habria conducido á la dehonra ó al crimen.

—Esplicaos, detenido! Pensad que de vuestras palabras, puede depender vuestro fallo.

—¿ Mi fallo? Y ¿ que me importa mi fallo? ¿ Creis que temo el castigo? . . . Os engaÑais, señor Juez. Lo que siento es no haberme vengado!

—Basta de frases incompletas, Mr. Latouret. ¿ Quereis ó no hablar?

—Sí. Oidme. Yo he muerto á . . . mi mujer. La he muerto con la mas detenida premeditacion. He preparado mi crimen durante cinco meses; he espiado el momento propicio, y he dado el golpe cuando creía seguro el éxito. . . . Sin embargo, me habia equivocado!

—En qué?

—Ah! mi golpe debia herir á dos simultáneamente, y no ha herido sino á uno.

—A dos?

—Es una historia espantosa! Oidme y juzgadme.

Mr. Latouret sacó su pañuelo del bolsillo, se enjugó el rostro, arregló su bigote, y, con la calma de un narrador habituado, comenzó su terrible relato:

—Hace cinco meses, una noche del último verano, yo trabajaba en el despacho de Mr. Sure. Preparábamos el balance, y era menester emplear horas de tareas extraordinarias. La ventana que dá al patio estaba abierta, procurando que la brisa fresca de la noche, disminuyera los rigores de la estacion, aumentados por la fatiga del trabajo. Desde allí yo veia las habitaciones de mi mujer.

—Eran las mismas que ocupabais hasta ayer?

—Sí, las mismas; solo que, en esa época, ocupaba tambien las dos del fondo, que hoy

están empleadas con los fardos de las obras impresas por cuenta de la casa.

—Seguid.

—La noche á que me refiero, Elena me había dicho que se hallaba indispuesta. A eso de las nueve se recojió, y se puso á leer despues de acostada. Recuerdo que leía la *Matilde* de Eugenio Sue. Parece que el tipo de Ursula la enamoraba.

—Ursula? preguntó sorprendido el Juez.

—Ursula, sí! Aquella muger perversa, contestó Latouret. Ah! vos no sabeis, señor, quien era Elena!. . . . Para leer, tenia una bujía sobre su velador. Yo veía la luz, á traves de las cortinas de la puerta, cuyos postigos estaban abiertos. A eso de las diez, Emilio Comin se marchó.

—Comin estaba con ella? dijo el juez.

—No. Comin estaba trabajando conmigo. A las diez se retiraba todas las noches, y, esa, como los demas, se fué á la misma hora. Haría veinte minutos que Comin se había ido, cuando yo, fatigado de calor y de

cansancio, fuí á asomarme un momento en la ventana.

La voz de Latouret cambiaba de timbre á medida que avanzaba en su relato. La emoci3n que le dominaba, se traducí3a fielmente en las modulaciones que sufrían sus palabras al salir de la garganta.

—Ah! lo que ví, lo que ví al apoyarme sobre aquella ventana abierta! agreg3, cubriéndose el rostro con las manos.

—Que visteis? pregunt3 el juez.

Latouret permaneci3 callado por un instante, y, luego, dijo con voz muy lenta.

—Elena me engañaba. En la cortina ví dibujarse la silueta de mi muger y de un hombre, que estaban abrazados, y sus cabezas unidas por un beso que parecí3 eterno.

—Visteis eso?

—Oh! no podia engañarme. Su impresion les perdia. Los postigos de la puerta estaban abiertos. La luz, colocada á su espalda, les hací3 traicion, proyectando las sombras de sus cuerpos sobre la blanca cortina. La oscuridad de la noche limitaba el

dominio de la lumbre. Yo estaba enfrente, en la ventana. Era el único espectador de aquella infamia tremenda!

Latouret y el Juez callaron, agobiados el uno bajo el peso de su relato, el otro bajo el peso de lo que oía.

El escribano mismo suspendió su vertiginosa escritura.

Diríase que había querido respetar el dolor, no interrumpiendo el silencio, con el ruido que su pluma hacía al deslizarse sobre el papel.

—Que hicisteis? preguntó el Juez después de un momento.

—Corrí á mi escritorio, tomé un revolver, y descendí la escalera. Iba á matar á la adúltera, y á su cómplice. Sin embargo, no lo hice, porque la reflexion invadió mi cerebro en el trayecto.

—Que pensasteis?

—Pensé en mi situacion. Nadie era testigo de mi deshonra. Nadie la conocia. . . . Nadie la sospechaba siquiera! Matarles,

era revelarla al mundo, . . . y . . . yo tenía dos hijos!

—Es verdad!

—Ah! para ellos, . . . por ellos, necesitaba guardar el honor de su madre. Comprimi mi ira dentro del seno, y el revolver dentro de mi mano. La muerte, que dormía en el fondo del cañon de aquella arma, pugnaba por escaparse por entre mis dedos crispados. Me agazapé en la escalera, oscura como la noche de mi alma. El amante cruzó. . . . . El beso eterno había concluido! . . . . Era el de la despedida. . . .

—Le visteis?

—Sí, le ví, le ví muy claramente. Con la tranquilidad de un inocente, encendió un fósforo para abrir el pestillo de la puerta. Dentro del círculo de aquella débil luz, quedó iluminado el rostro de Emilio Comin!

—Emilio Comin! dijo el Juez.

—¿Comprendeis ahora mi venganza, verdad?

—No; no os entiendo.

—Es bien sencillo. La ley no me daba

medio alguno para salvar mi afrenta. Yo estaba deshonrado. Mi hogar, mis amores, mi familia,.... todo estaba destruido por aquel golpe. ¿Cómo tener fé en nada de lo pasado, ante la tremenda evidencia del presente? ¿Quien puede asegurar que los hijos de mi muger son mis hijos? ¿Desde cuando era Elena adúltera?.... Y, sin embargo, la ley me prohíbe desconocerlos ahora!... Ya es demasiado tarde!.... ¿Porque no descubrí *todo* á tiempo?... ¿Acaso basta que Dios haya negado al hombre el don de adivinar, para que la ley humana se lo niegue tambien?

—Que quereis decir, Mr. Latouret?

—La verdad, señor Juez, la verdad. Mi mujer ha tenido dos hijos.

¿Quién es su padre?.... La ley dice, inflexiblemente, que *el padre es el marido de la madre*. Si esta es adúltera, y concibe sus hijos en el crimen ¿qué le importa á la sociedad? Ella se contenta con darle al marido los sesenta dias que siguen al nacimiento, para que, dentro de ellos, desconozca al hijo

nacido. Si en ese término fatal no ha sospechado siquiera el adulterio de la esposa, entónces. . . . entónces la ley lejitíma el fruto del crimen, y el hijo es lejítimo, aunque el escándalo sea público y el crimen se publique!

—Sin esa base, no habria familia posible, dijo el Juez.

—Yo no os digo que reformeis vuestras leyes. Os pinto solo mi situacion. Yo tenia esa noche la evidencia del delito. Yo sabia que Elena me engañaba. ¿Desde cuando? . . . No lo sé. . . . Pero, lo sabia yo solo. . . . yo solo! . . . ¿lo entendeis, señor Juez? ¿De que me valia, pues, saberlo, si á la sociedad no le bastaba mi denuncia, ni mi evidencia para vengarme?

—No habia prueba. . . .

—Sí, no habia prueba ante la justicia de los hombres. Pero ante mi conciencia ¿habia ó nó prueba plena?

—No bastaba. . . .

—Para imponer penas á la adúltera, podria no bastar; pero para librarme de ella

¿debia ó nó ser suficiente? ¿Puede acaso la sociedad humana pretender, que el marido que descubre el adulterio de su esposa se encuentre todavia ligado á ella? ¿Porqué, si la sociedad no me daba los medios de vengarme de la muger infiel, no me daba, al ménos, el medio de separarme para siempre de ella?

--Porque el divorcio arruinaria á la sociedad.

—Mentira! El divorcio garantiza la felicidad doméstica, estableciendo la moralidad en la familia.

Pero... yo no podia abandonar á Elena. Yo no podia acusarla por su crimen. La ley no ha establecido el divorcio, y la ley me exige una prueba que no tengo. ¿Qué debia pues, hacer? Entónces pensé en vengarme, burlando la ley.

—Que hicisteis?

—Ya lo habeis visto. Comin ha declarado cínicamente ante vos mismo;... ante vos que sois un magistrado!... que era el amante de mi esposa. Pues bien... ¿Qué pena

le impone la ley al seductor infame de una mujer casada? Ninguna, absolutamente ninguna. Si un marido le acusa, y con la prueba de aquel crimen, demuestra su deshonor, la ley condena al seductor, por un delito contra las buenas costumbres, á trescientos francos de multa. Ah! que barato han tasado los legisladores franceses el honor de los maridos ofendidos!

—Quizá teneis razon.

—Comprended bien mi situacion, señor Juez. Yo sabia que Elena me era infiel, y que Comin era su amante. Yo no tenia *pruebas legales*, ni contra la una ní contra el otro. La ley me abandonaba á la desesperacion producida por la evidencia de mi deshonor... ¿Qué hacer? No habia sino un remedio... Vengarme de ambos, salvando á mis hijos, y sin perderme yo,... yó, que era la víctima y que era el inocente.

—Y ¿cómo conseguir todo eso?

—Matando á Elena, y haciendo que todas las sospechas recayesen sobre Comin....

—Ah! ya comprendo!

—Eso es lo que he procurado. Meditando, con estudiada calma, sin hacer jamás que Elena ó Comin sospechasen, les he espiado día á día y hora á hora. Para poder colocar el lecho delante de la puerta del comedor, yo hice que Mr. Sure nos redujese á tres las cinco habitaciones que teníamos al principio. Yo preparé con todo cálculo mi teatro, para que la escena no fracasase. He esperado todo el verano! He esperado todo el otoño! He necesitado que llegara el invierno para realizar mi plan! . . .

—Porqué?

—Porque yo buscaba el momento en que Comin, quitándose una pieza de su ropa en la habitación de Elena, huyese dejándola allí!

—Ah! sí! el paletó, dijo el Juez, comprendiendo todo el plan de Latouret.

—Sí, el paletó. Anoche, cuando ví que él se lo habia quitado, subí sin ruido al despacho. Tomé de sobre la caja el puñal de Mr. Sure, que yó habia ya destinado á ese objeto y bajé con él. . . .El revólver, hubiera hecho

mucho ruido, y habria atraído gente. . . . Espié desde la puerta del comedor, cuyo encajado pasador hice correr sin ruido, y, cuando ví á Elena, tendida de espaldas sobre el lecho, abrí de golpe, puse la mano izquierda sobre su frente, y herí con la derecha sobre el cuello. Comin huyó. . . .

—Y vos, ¿entonces fué que pusisteis la vaina del puñal en su paletó? preguntó el magistrado.

—Ah! pero fuí poco hábil. No pensé en la sangre que manchaba mis manos, y que tenía tambien la vaina. Esto me ha perdido!

—Vuestro plan era maquiavélico.

—Mi plan era nobilísimo. Yo castigaba á la adúltera con la muerte y concitaba á la justicia contra su cómplice, á quien hacia pasar por su asesino. En cambio, yo presentaba á Elena como inocente, como víctima quizá de su misma virtud, pues que mi intencion fué la de hacer creer que habia sido asesinada por no ceder á los deseos brutales de Comin.

El Juez estaba aterrada ante la tremenda narracion que acababa de escuchar.

Toda ella debia ser cierta, por otra parte.

¿Qué mas prueba que la misma declaracion de Comin, que aseguraba haber sido el amante de Madama Latouret, cuyo marido la habia muerto por celos?

Mr. Chaval, hombre de mundo, y digno apreciador de las pasiones, comprendió que tenia una alta mision que llenar en este caso.

De su proceso verbal dependia, en gran parte, el fallo del Jurado. Las causas atenuantes debian resaltar de sus pájinas, como las montañas se destacan en las llanuras.

El honrado magistrado se ponía en las condiciones de Latouret, y se preguntaba taciturno:

—¿Qué medios legales de reparacion tiene un marido, que descubre la infidelidad de su esposa, cuando no hay mas testigo del hecho que él mismo?

Y envuelto en las reflexiones que Latou-

ret le habia hecho, se resolvió á preparar el proceso de la manera mas favorable al detenido.

## XVI

Emilio Comin fué puesto en libertad, inmediatamente despues de probarse su inocencia en el asesinato que se le habia atribuido.

Al salir de la prision, un carruage le esperaba á la puerta.

La misma sirvienta á quien L'Archiduc habia seguido, cuando prendió á Comin, estaba allí.

—Mr. Emilio, le dijo, la señora me ha entregado esta carta para vos.

Comin saludó á la muchacha con una caricia picaresca; y, luego, leyó el papel que se le habia entregado.

Decia así:

«Emilio:

«Antes de hablar con nadie, ven á verme.

«Tengo algo grave que decirte.

LUISA.»

Emilio subió sorprendido, al carruage y voló al lado de su hermana, sin comprender lo que aquellas palabras podian significar.

Salia de una prision, y, apenas respirando la libertad, ya sentia otro nuevo tormento.

Cuando llegó, encontró á Luisa, sentada en un canapé.

Esa luz blanca, pálida, tristísima de algunos dias de invierno, luz impotente para vencer la oscuridad, pero suficiente para llenar de melancolía cuanto baña, penetraba por los postigos entreabiertos de la salita ocupada por Luisa.

Aquella mujer no era la hermosa viuda de otros tiempos!

En pocos dias, habian corrido muchos años para ella.

La cabeza destrenzada; envuelta en ropas negras, que la hacian mas sombría; los ojos hundidos, rodeados de una sombra amoratada; afilada la nariz; pálido el rostro,—diríase que era su cadáver, que esperaba de la piedad cristiana, un palmo de tierra donde

reposara la materia, destruida por los dolores morales.

La espléndida belleza, que tanto animó su cuerpo, había huido.

Parece que la hermosura no habita en la mansion del dolor.

Algo, sin embargo, infundía confianza al acercarse á Luisa.

En su semblante se leía la mas sublime resignacion. Todas las virtudes de su alma católica, estaban reflejadas en aquella fisonomía pálida y simpática.

La madre de Jesus, al pié del Gólghota, fué su modelo suavísimo.

Cuando Emilio entró, su hermana hizo un movimiento cómo para incorporarse, pero, apenas quiso ponerse de pié, cayó desplomada.

Sus ojos se cerraron, y su rostro nacarado pareció cubrirse de rubor.

Al verla, se hubiera creído que las luces rosadas del crepúsculo, teñían suavemente una azucena pálida!

Comin se precipitó hacia ella, y quiso abrazarla.

—Ah! Déjame! Déjame! gritó Luisa con voz suplicante y herida, al mismo tiempo.

—Luisa! Luisa! Que es esto?... Me rechazas? preguntó el hermano sorprendido.

—Emilio... óyeme!... Es necesario que hablemos, pero... es necesario abreviar también esta entrevista.

La voz de la infeliz Luisa estaba llena de emociones encontradas. Unas veces la dominaba el cariño, otras el terror; otras la vergüenza,.... casi siempre el sufrimiento!

Comin tembló de espanto y de sorpresa.

—¿Que es esto, Luisa?... ¿Que ha sucedido durante mi prision? preguntó.

—Ah! Emilio! Emilio! pudo decir la viuda, y rompió á llorar desesperadamente.

—Porque es este cambio? Que transformación es esta? insistió en preguntar su hermano, cada vez mas emocionado.

—Oyeme, Emilio, óyeme... y juzga tú si hay razon para ello!

Comin tomó un asiento al lado de su her-

mana, que se alejó de él cuanto se lo permitió la estension del sofá.

—La noche en que asesinaron á Madama Latouret, dijo la viuda con voz trémula, marcará siempre una época terrible en nuestra vida.

—Porqué? Tú sabes que soy inocente!

—Del asesinato, sí, eres inocente, pero no de la infamia cometida con Sofia!

—Cómo! Sabes. . . .

Luisa calló un momento. La emocion la ahogaba, y las lágrimas se agolpaban á sus párpados.

Ah! no se evocan impunemente los recuerdos terribles! La memoria es el tirano que Dios ha encerrado en nuestro cerebro, para que nos despotice.

La muerte seria un bien, si muriendo, pudiera olvidarse. Hamlet tenia razon!

Buscando como dar forma á sus ideas, revueltas en confuso torbellino en su cabeza, Luisa sacó del bolsillo un papel, que entregó silenciosa á su hermano.

Comin lo tomó con mano febril, lo desplegó

anhelante, y, al ver su contenido, su rostro se trasformó de una manera horrible.

La ira, el terror y la vergüenza, se atropellaron sucesivamente imprimiendo sus rasgos en aquella fisonomía viril.

—Mi carta! dijo. Mi carta á Sofia!

—Si; contestó la viuda. Tu carta, que mi tío me ha entregado, el mismo dia en que tú fuiste preso.

—Mi tío conoce esta carta? dijo Emilio sorprendido.

—Ah! conoce algõ mas. Lo sabe todo!

—Sabe? . . . .

—Sí; sabe que Sofia estuvo en el baile de máscaras, donde tu la esperabas en el palco número 23. Sabe que de allí tu la sacaste, y la llevaste contigo á un café del Boulevard, dondè, con el pretexto de reanimar sus fuerzas, la hiciste beber un brebaje que tenia un narcótico. Sabe, en fin, que la obligaste á ir á una casa en la calle Neuve des Mathurins, y que allí. . . . .

Las palabras faltaron á los labios de aquella infeliz muger. Los sollozos ahogaron la

voz en su garganta, y lágrimas abundantes resbalaron por sus mejillas.

Comin estaba aterrado. El creía su secreto velado en el mas profundo misterio, y, apenas salido de la prision, su propia hermana, su mejor amiga, se lo revelaba con todos sus terribles detalles.

Ah! Cual no habria sido su desesperacion, si Luisa le hubiese dicho que la máscara de la calle Neuve des Mathurins era ella, y no Sofía! . . . .

Hubo un momento de pausa, durante el cual la viuda lloraba, ocultando el rostro entre los pliegues de su blanco pañuelo de batista, y Emilio, inclinada la cabeza sobre el pecho, parecia concentrar todas sus fuerzas, para buscar en su cerebro una idea.

—Luisa, dijo por fin, tu sabes que Sofía era mi amada. Su amor ha sido el único culto de mi vida.

—Sí, pero nuestro tío Eugenio nos ha servido de padre, contestó la viuda, y tu debiste respetarle.

—Tienes razon. He obrado mal, pero,

¿ que quieres que haga? . . . ya no tieme remedio!

—Sí, hay uno.

—Cuál? Dilo. Estoy dispuesto á todo.

—Evitemos nuevos males, Emilio. Mi tio está furioso. Quiere matarte.

—Pues bien! que venga, que me mate, y así habremos concluido. . . .

—No, no! eso seria peor. Mi tio no culpa á Sofía. Él comprende que ella está inocente. Si tu no la hubieses dado el narcótico, ella no habria cedido.

—Ah! quien sabe!

—Calla! calla! No aumentes tu infamia, calumniando á la virtud. Es menester que mi tio no te vea; que salgas de Francia ántes de que se produzca un nuevo escándalo.

—Salir de Francia!

—Sí, mas todavia; salir de Europa, . . . irte á América, y dejar al tiempo y á la distancia el encargo de hacer olvidar tu crimen.

Comin oponia todavia resistencias, pero la desesperacion de su hermana, á quien se ha-

bia acostumbrado á amar como á una madre, le contrariaba y le afligia.

—Hazlo por mi, Emilio! decia la infeliz viuda, casi arrodillada á los pies de aquel hombre, que habia sembrado la desgracia eterna en su hogar.

Comin levantó suavemente á Luisa, y sellando su frente con un beso, que hizo estremecer convulsiva á la viuda, la dijo.

—Bien! Basta! partiré! . . . partiré hoy mismo.

—Ah! sí, sí, por favor. Hoy! antes de que nadie te vea, sin hablar con nadie. . . . Piensa, Emilio, que es el honor de nuestra familia, el que está vinculado á este secreto terrible. Que jamás nadie lo sospeche!

—Dentro de una hora saldré para Burdeos. Pasado mañana sale un buque para América. Me iré al Nuevo Mundo. Allí trabajaré, y pediré á la vida honrada la tranquilidad que no me ha dado el eterno torbellino en que he vivido.

Aquella misma tarde, Emilio Comin salia de Paris en direccion á Burdeos, desde donde dos dias despues partió para América.

Cuando la infeliz Luisa recibió la carta, en que su hermano la comunicaba su partida, cayó de rodillas, desfallecida, delante de la copia de la Concepcion de Murillo, que colgaba á la cabecera de su cama, y entre lágrimas de desesperacion exclamó:

—Perdonadme, madre mia, perdonadme! He mentido, . . . he calumniado á Sofía! he cometido una infamia! pero, vos sabeis, Señora, que yo no soy la culpable! . . . Mi conducta tiene un propósito noble! . . . Yo necesito dar á mi tío la tranquilidad de espíritu que le falta al mio! Para esto, era menester que Emilio partiese. . . Ah! se lo habia prometido al dejar el teatro en la noche tremenda!

—«Mañana saldrá de Paris!» le dije, y era solo á ese precio que mi tío consintió en no dar un escándalo.

Luisa estaba agobiada por el remordimiento y por la desgracia.

Suponia un nuevo crimen el haber hecho creer á Comin, que era Sofía su compañera de las máscaras, y se arrepentía de ello.

Recordaba su tremendo infortunio, y entonces la reaccion se operaba.

—No, nó. Si yo hubiera dicho á Emilio la verdad, él se habria suicidado, y mi vergüenza y mi deshonra se habrian hecho públicas, sin objeto alguno. Nadie conoce este secreto terrible sino yo ! . . . yo, que sabré ocultarle hasta en el fondo mismo de la tumba. Emilio yá está léjos. Si algun dia vuelve, su engaño me asegura el reposo. Yo le haré comprender que no debe volver á ver á Sofía, que ella le odia, que tiene horror hasta de oirle nombrar.

Y cuando nuevas cónvulsiones la atacaban, la viuda imploraba de nuevo el auxilio del cielo.

Ah! la plegaria envuelve al pensamiento en la atmósfera tibia, del fuego místico que irradia la religion.

A ella se refugió llorosa la hermana de

Comin. . . . y en ella logró encontrar consuelo para su alma atribulada.

## XVII

Algunos meses despues de los sucesos que acabamos de narrar, varias personas de la relacion de Mr. Eugenio Ludes, estaban reunidas en su casa, para celebrar el cumpleaños de este.

Se hablaba de las noticias recibidas de Emilio Comin, que anunciaba su resolucion de quedarse en América, hasta tanto hubiese realizado la fortuna que aquel continente vírgen le ofrecia.

Con este motivo, se recordó tambien la reciente condenacion de Mr. Latouret, á quien los Tribunales tuvieron en cuenta las circunstancias atenuantes, condenándole solo á diez años de presidio.

Luisa trataba de separar la conversacion de ese terreno, cuando un sirviente se presentó en el salon, y entregó al dueño de casa una carta dirigida á su nombre.

Mr. Ludes pidió permiso para leerla, se acercó á la luz, rompió la neta, y cuando hubo recorrido algunas líneas de la carta, se volvió rápidamente al criado para preguntarle:

—¿ Quien te ha entregado esta carta ?

—Una muger que tiene una criatura en los brazos.

—Es raro! Quien podrá ser? dijo Mr. Ludes sorprendido.

—¿ Que es ello? preguntó la suave Sofía, con mas temor que curiosidad, al ver el rostro alterado de su marido.

Mr. Ludes pareció dudar antes de contestar á su muger. Calló un momento, y, luego, dirijiéndose á los que componian la reunion, les dijo:

—Ved que cosa estraña la que me pasa. Se me envía un regalo completamente inesperado.

—Un regalo! dijeron varias voces á la vez.

—Sí; pero el regalo es muy pocò frecuente. Oid lo que dice esta carta y comprendereis toda la causa de mi sorpresa.

Mr. Ludes leyó en voz alta el contenido del papel que le había entregado el criado.

Decia así:

« Señor:

« Vos no teneis hijos, y á vuestra edad es permitido suponer que no los tendreis.

« Hay una niña que no tiene padre, ni tiene nombre.

« Conociendo vuestro noble corazon, y la cariñosa afeccion de vuestra esposa por los niños, una persona á quien vos no conoceis, os manda esa niña, pidiéndoos que la adopteis como hija vuestra, que la ameis, y que veis por ella. No está bautizada, ni tiene señal alguna por la cual pueda jamás ser reconocida.

« Nadie conoce el secreto de este envío, sino la persona que os escribe, que muy pronto estará léjos de Francia.

« Es inútil que rehuseis aceptarla, pues la muger que conduce la niña no sabe la comision que se la ha confiado, ni encontrará á quien devolvérsela.

«Si, contra lo que creo, vos no aceptareis este medio que el cielo os proporciona para ejercer noblemente vuestra caridad, haced depositar la niña en *Les Enfants trouvés*.»

El efecto que esta carta produjo en todos los asistentes á esta escena inesperada, fué tan diverso como los caracteres de las personas allí reunidas.

—Que escándalo! exclamó una muger gorda, de fisonomía repugnante, pómulos salientes y de un color rojo subido.

—Pobrecilla! dijo tristemente Luisa.

—Donde está la niña? preguntó Sofía, corriendo agil hacia la puerta por donde el sirviente había entrado.

—Supongo que la enviareis á la casa de Espositos? dijo, dirijiéndose á Mr. Ludes, un viejo usurero, que á fin de no poder ser sorprendido jamás, ocultaba sus ojos grises tras de los vidrios verdes de unos grandes anteojos.

—Oigamos á la muger que la trae; dijo una jóven madre que en ese momento daba á su hijo el dulce néctar de su blanco seno.

—Sí; sí; oigámosla! dijeron á la vez varias personas, al ver entrar en ese momento á Sofía, trayendo en brazos una niña, y seguida de una muger del pueblo.

—Mirad, mirad que hermosa es! decia la esposa de Mr. Ludes, cubriendo de caricias el rostro angelical de la criatura.

Sofía tenia razon. La niña era hermosa, robusta y sana.

Podía tener dos meses, y estaba vestida con un rico ajuar blanco, cubierto de finísimos encajes.

La muger que la traía, llevaba impresa en su rostro esa inmovilidad de las facciones que acusa ciertas perturbaciones cerebrales.

—Quien os ha entregado esta carta y esa niña? la preguntó Mr. Ludes, en tanto que las demas personas rodeaban á la pequenuela.

La muger miró impasible al dueño de casa y no le dió respuesta alguna.

—Como! No quereis contestar? volvió á decir el marido de Sofía, con alguna indignacion.

La interpelada hizo entonces un gesto significativo. Se llevó el dedo índice de la mano derecha á los lábios, y movió despues simultaneamente la cabeza y la mano á uno y otro lado.

—Ah! es muda! dijo Mr. Ludes.

Efectivamente: aquella muger era muda.

—Muy bien se han tomado las precauciones, dijo el usurero. Y, sin embargo, los padres de esta niña deben ser personas ricas, si hemos de juzgar por sus ropas.

—Si, es verdad, los encajes son finísimos, dijo la vieja gorda.

Luisa y Sofia permanecían estasiadas contemplando la pequeñuela, que no se daba cuenta de lo que á su alrededor pasaba.

Mr. Ludes trataba, inútilmente, de obtener, por señas, algunas noticias, que la muda no sabia darle.

— Es menester resolver algo, dijo por fin el dueño de casa, dirijiéndose á su jóven esposa.

-- Como resolver? Eujenio: ya está resuelto.

—La enviais á la Inclusa? preguntó el usurero.

—No; la adoptamos por nuestra hija, contestó Sofia resueltamente. Verdad, Eugenio?

—Oh! sí por supuesto! dijo con júbilo aquel hombre bueno. Yo! que tantas veces he pedido á Dios un hijo! . . . Pues ya le tengo! Él me le envia.

La escena que siguió á esta noble resolución, renunciamos á describirla.

La ternura de las almas grandes, se traduce siempre en lágrimas, tributo delicado con que el sentimiento responde desde el fondo del espíritu, á la llamada que Dios hace á la conciencia.

Allí, bajo el techo del hogar de Mr. Ludes, lloraron los buenos, y fué tan íntima la alegría, tan leal la acogida, tan noble la esperanza que agitaba todos los senos, que hasta el mismo usurero y la vieja severa, se sintieron conmovidos.

Mr. Ludes dió un billete de cien francos á la muda, y la hizo comprender que se retirase.

Despues, envió en busca de una nodriza, y mandó hacer los preparativos de una fiesta, con la cual, dijo, que queria celebrar aquel marcado favor de la Providencia.

—Sí, decia la dulce Sofia, bendigamos á Dios en las alturas, que ha querido elejirnos para tan noble mision.

—Justifiquemos esta fiesta, dijo Luisa. La niña está sin bautizar. Hagámosla cristiana!

—Es verdad! Que se bautice la niña! dijeron varias voces.

—Sí! tú serás la madrina, Luisa! agregó la esposa de Mr. Ludes.

—No; no; eso te corresponde á tí, se apresuró á decir la hermana de Comin. La madrina reemplaza á la madre, segun lo ha establecido la Iglesia, y esta niña no tendrá mas madre que tú.

—Tiene razon Luisa, dijo Mr. Ludes. Los padrinos de esta niña debemos ser nosotros, puesto que reemplazaremos á sus padres.

Así se resolvió, con grande aplauso de las

demas personas, dispuestas á seguir indifere-  
rentemente una ú otra opinion.

—Y que nombre le pondreis? preguntó el  
usurero.

—Sofia, contestó Mr. Ludes.

—Ese es el nombre que le corresponde, di-  
jo la vieja.

—No; no. Pongámosle Luisa, dijo Sofia.

Luisa habia permanecido callada, medi-  
tabunda, como si ella tambien buscara un  
nombre digno de la espórita.

Cuando su prima, dirijiéndose á ella, in-  
dicó el suyo como el mas apropósito para la  
huérfana, la hermana de Emilio Comin, be-  
só con efusion la frente de aquella criatura  
preciosa, que se habia dormido entre sus  
brazos, y dijo:

—Esta niña no puede tener sino el mismo  
nombre que ella ha pronunciado, invocando  
á Dios, al entrar en esta casa.

—Que nombre?

—Ella llega hasta vosotros abandonada,  
y tendiéndoos cariñosa sus manecitas, im-  
plora vuestra proteccion y vuestro amparo.

Dádselo, y para no olvidarlo jamás. . . . llamada Clemencia!

.....

Esa tarde era anotada en el registro del estado civil del distrito, como hija adoptiva de Mr. Eugenio Ludes y su esposa Sofia Comin, una niña, que acababa de ser bautizada en la Parroquia vecina con el nombre de *Clemencia*.

---

La continuacion de esta novela es la del mismo autor, titulada:

HERENCIA FATAL

